

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE PSICOLOGIA

Parcial.
Año 75
005
2

“LA CONSTRUCCIÓN DE LA VOCACIÓN”

**Revisión de la idea tradicional de elección vocacional desde una
perspectiva psicoanalítica y social.**

Memoria para optar al Título de Psicólogo

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CS. SOCIALES
BIBLIOTECA

Autor:
Rubén Araya Krstulovic

Profesor Patrocinante:
Ps. Dr. Horacio Foladori

Santiago, Octubre del 2003

Dedicada

*A Marisol Hernández Rojas.
Por el amor que ha traído de regreso a la esperanza....
Luna perdida entre las tristezas de niño.
Por los sueños y el futuro que nos espera.*

*A Mis padres por haberme permitido explorar y dudar,
crecer y errar, sosteniéndome con cariño, con esfuerzo y con fe,
en la búsqueda y el descubrimiento de mi vocación.*

*A mi hermana por su compañía constante y su sincera amistad;
y a David quien con su alegría y sus juegos ha llegado a llenar
un vacío que para todos ha resultado fundamental.*

*Y a Doña Lidia Luisa Tejeda Tonaca,
...en la memoria.*

Agradecimientos

Al presentar este trabajo que constituye el símbolo del cierre de una etapa, quiero agradecer a aquellos que de una u otra manera han contribuido a que haya sido posible llegar hasta acá.

A mis amigos los Afeitados Amarillos: Francisco Gutierrez, José Miguel Burmeister, Juan Díaz s.j., Marcelo Camus, Ricardo Gomez, y Sebastián Errazuiz. La amistad y el cariño, que han sabido mantener más allá de mis lejanías, han sido un soporte fundamental durante estos años, que siempre me ha permitido recordar que en esta vida,... lo fundamental es gratis..

A mi amiga Catalina Burmeister, de algún modo, para mi, otro miembro más de *la comunidad*. Y a mis compañeros y amigos de universidad. Arturo, Carla, Francesca, Isidora, Jorge, Karla, Leonardo S., Marisol M. y Sebastián. Su amistosa acogida y las largas horas de reflexión han contribuido radicalmente a mi formación como psicólogo y como ser humano.

A Luis Alvaro y Jorge Fernández Darras. Saber que en algún momento consideraron que mi trabajo podía constituir un aporte para alguno de sus proyectos, constituyó para mi una motivación fundamental para seguir adelante con la tarea. A Hugo Rojas por abrir nuevas perspectivas de desarrollo para mi formación dentro del psicoanálisis. Y también a los profesores Victor Molina y Ronald Betancourt por haberme permitido trabajar con ellos, en mis primeros años de universidad.

A Fermín Pereira, por su cariño, su confianza y su ejemplo de virtud, libertad de espíritu y compromiso social. Por haberme respaldado siempre, motivándome a tener en cuenta aquello que puede nombrarse de diferentes forma y que a mi me gusta llamar *lo uno primordial*.

A Horacio Foladori, por haber aceptado patrocinar este apurado proyecto. Y por haber mostrado desde los primeros tiempos, los del grupo operativo, la posibilidad de pensar *más allá* de los marcos institucionales, aportando sentido a la tarea de pensar los problemas que nos plantea lo vocacional.

Al considerar estos agradecimientos, tengan en cuenta el valor simbólico de este trabajo, y no su calidad. Ya que no es posible retribuir con palabras o pensamientos lo que he recibido.

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	1
Primera Parte, Marco Teórico-Methodológico	10
Teoría	14
1) Algunos elementos acerca de la historia de la orientación vocacional <i>tradicional</i>	16
1.1) <i>Primer momento. De fines del siglo XIX a la segunda guerra mundial</i>	19
1.2) <i>Segundo momento. Desde el periodo de postguerra a la década del setenta</i>	23
1.3) <i>Tercer momento. Desde los años ochenta hasta nuestros días</i>	27
2) Las teorías tradicionales de la elección vocacional	31
2.1) <i>Teorías no psicológicas</i>	31
2.2) <i>Teorías psicológicas</i>	35
2.3) <i>Teorías generales de la elección</i>	40
3) La idea de <i>vocación</i> como un determinante de la elección	46
4) Algunas razones que permiten justificar la necesidad de reformular el concepto de elección vocacional tradicional	52
4.1) Razones prácticas consideradas a partir de la actualidad nacional	52
4.2) Razones teórico ideológicas	57
Metodología	65
1. Objetivos	65
2. El plan de trabajo	65

Segunda parte	67
A) La elección vocacional y la determinación social	67
1) Una perspectiva distinta para leer el desarrollo histórico de la distribución ocupacional	67
1.i) <i>Los primitivos</i>	72
1.ii) <i>La india y el sistema de castas</i>	74
1.iii) <i>La edad media</i>	76
2) El problema de la vocación y su relación con el llamado de la sociedad	81
3) Las determinantes de la elección vocacional y la psicologización de los problemas sociales	87
B) La perspectiva psicoanalítica y el problema de la elección vocacional	92
1) Antecedentes	92
2) Cómo se elige	97
3) Consideraciones generales para un teoría de la elección vocacional desde un punto de vista psicoanalítico	105
a) <i>La elección vocacional y su relación con la historia de vida de los sujetos</i>	106
b) <i>El papel de la identificación en la elección vocacional</i>	111
c) <i>El ideal vocacional y su relación con las expectativas de los padres</i>	115
d) <i>Elección vocacional y crisis de identidad</i>	122
e) <i>Vocación y reparación</i>	128
f) <i>Algunas consideraciones en torno al problema de la sublimación</i>	131
4) En resumen...	134

Tercera parte

A) La construcción de la vocación	140
1) Las insuficiencias del concepto tradicional de elección. Resumen	142
a) <i>La falta de perspectiva histórica y el ocultamiento de la influencia de la división social del trabajo en la distribución profesional</i>	142
b) <i>El descuido de las determinantes inconscientes y afectivas en la determinación de los intereses vocacionales</i>	144
c) <i>Libertad y determinismo en el problema de la elección vocacional. La vocación y el objeto vocacional</i>	146
d) <i>La visión paternalista del rol del orientador y la enajenación de los sujetos</i>	149
2) El concepto de construcción de la vocación	151
a) <i>La vocación</i>	151
b) <i>La construcción</i>	152
B) Algunas consideraciones generales sobre la formulación de programas de orientación vocacional.	154
1. La construcción de cursos o programas generales	154
2. La consideración de los factores afectivos y la historia de vida	155
3. Sobre las metas que pueden plantearse a un programa de orientación	157
BIBLIOGRAFÍA	158

INTRODUCCIÓN

Habitualmente se suele considerar que la elección de una profesión o de un trabajo, constituye una de las decisiones más trascendentales para la vida de todo ser humano. Continuamente, los alumnos que están terminando su educación escolar, escuchan decir a sus profesores y orientadores que al finalizar el año, deberán tomar una decisión que marcará su futuro, para el resto de sus vidas. Bajo esta perspectiva, desde hace muchos años en muchas partes del mundo se vienen desarrollando un sin número de técnicas y programas con el propósito de ayudar a los adolescentes a *elegir* una carrera profesional. Paradojálmente, durante la última década la orientación vocacional ha sido excluida de los programas curriculares en la educación chilena, quedando relegada a ese oscuro ámbito de la enseñanza que la reforma educativa ha denominado: los objetivos fundamentales transversales. Para complicar aún más las cosas, prácticamente no existen servicios o programas de orientación vocacional o profesional, que funcionen fuera del ámbito escolar. Con lo cual, podemos decir que en Chile, la preocupación por ayudar a los individuos a incorporarse a una modalidad productiva, con todas las implicancias que esto conlleva, ha quedado postergada tras un sin número de problemáticas que suelen ser consideradas prioritarias.

Se suele pensar que todo individuo que ha cursado los 12 años de educación escolar tendrá al finalizar este período de su vida, la capacidad para escoger de manera adecuada el camino que desea recorrer en su futuro. Pensamiento bastante complejo, si consideramos que según el informe del PNUD de mayo del 2002 (Ethos, 2003), la gran mayoría de los adolescentes de nuestro país, suelen decir que se encuentran profundamente desencantados con la sociedad en que les a tocado vivir y que en general no tienen muchas esperanzas respecto al futuro. Peor aún, grande fue nuestra sorpresa cuando hace algunos meses tuvimos la posibilidad de compartir con un grupo de alumnos de cuarto año medio que en el marco de la asignatura "Pensamiento contemporáneo", debatían acerca de la modernidad, el presente en que viven y el futuro. Nos llamó la atención que la palabra que más usaron para describir su situación durante toda la discusión fue **sobrevivir**. Cuando hablaban del presente hablaban de sobrevivir. Cuando hablaban del futuro pensaban en como lo harían para sobrevivir. Y, tengamos en cuenta que no estamos hablando de un grupo de alumnos de escasos recursos o de gente que no tenga una posibilidad concreta de ingresar a la universidad. Al contrario, estos alumnos, eran miembros de uno de los colegios privados con más tradición del país, hijo de familias acomodadas y poseedores de un nivel académico que les aseguraba la posibilidad de estudiar cualquiera de las carreras que se ofrecen en el sistema universitario. Demás está decir que

ninguno de ellos tendría, en el mediano plazo, la necesidad de trabajar. ¿Será posible que bajo esa visión del mundo, dichos adolescentes, puedan *elegir* lo que desean para su futuro, más allá de *sobrevivir*?

Desde el primer momento en que comenzamos a interesarnos por la práctica de la orientación vocacional, tuvimos acceso a los trabajos de diversos autores que habían planteado una crítica a las formas tradicionales de practicar la orientación vocacional. Y en aquel momento, en que escuchábamos al grupo de alumnos que debatían acerca del tipo de vida que les toca vivir como hombres del siglo XXI, nos pareció que los postulados del Modelo Morelos de Orientación Vocacional adquirirían todo su sentido, más allá de la reflexión teórica, y se hacían carne en las palabras de aquellos muchachos que sin haber estudiado a Freud, ni a Marx, tenían absolutamente claro que en la sociedad en que viven, de *elegir* lo que a ellos más les gusta... "*ni hablar*". ¿Qué sentido tendría entonces ayudarlos en su elección vocacional?. Fue una pregunta que en aquel momento nos generó una gran cantidad de cuestionamientos y que, por qué no decirlo, nos hizo dudar de la utilidad que podría tener nuestra presencia, como orientadores, en dicho lugar. Panorama que se complicaba aún más, cuando más tarde, meditando con más calma, nos dimos cuenta que seguramente en otros lugares y para otros jóvenes, la situación podía ser más desalentadora. Los jóvenes de hoy en día no tienen visión de futuro, pensamos, refugiándonos en los habituales discursos castigadores y descomprometidos de los más adultos. Pero en el fondo, y apoyándonos en la bibliografía antes revisada, sabíamos que gran parte de la falta de sentido que podíamos estar encontrando en la labor de orientación, no tenía su origen en el descontento y el desinterés de los alumnos, sino que seguramente derivaba de la manera en que habitualmente se suelen abordar los problemas vocacionales. Por esto, hemos considerado fundamental, en el momento en que iniciamos nuestro trabajo dentro del ámbito de la orientación vocacional, detenemos un momento para revisar los fundamentos teóricos que sustentan dicha práctica profesional.

Ahora bien, aunque este trabajo tiene su origen en una inquietud personal, no deja de estar vinculado con una problemática más general y de mayor relevancia para la orientación vocacional en nuestro país. Durante el último año, Chile ha firmado una serie de tratados internacionales, acuerdos de libre mercado, que sin ninguna duda generarán importantes transformaciones en el mercado laboral. Hemos realizado acuerdos con las potencias económicas más importantes del planeta, Estados Unidos y la Comunidad Europea, así como también con países como Corea del Sur y los Países Bajos. La integración de Chile al Mercosur, data de algunos años atrás y sin duda que constituye otro foco de integración muy relevante. Todos estos tratados, han sido celebrados con

mucho entusiasmo por el Gobierno y por algunos otros estamentos de la sociedad, pero también han sido recibidos con muchas críticas y escepticismo por otra parte de la ciudadanía. Muy fresco tenemos el ejemplo de los remolacheros, quienes, el último tiempo, han realizado importantes movilizaciones para que se les mantenga la banda de precios que protege dicha área de la agricultura. Qué puede tener que ver esto con la orientación profesional. Mucho, ya que el orientador vocacional, no podrá dejar de considerar los efectos que puede tener en el surgimiento de los intereses vocacionales consigas como las del movimiento remolachero y del sector agricultor en general quienes denuncian que los nuevos acuerdos: “están matando la agricultura”. No olvidemos que ha principios de los años noventa, ingeniería forestal y agronomía, eran dos de las carreras más requeridas por los jóvenes de ese entonces. Y tampoco, que muchos de ellos, se encuentran hoy en día trabajando en instituciones bancarias como ejecutivos de cuentas corrientes o en alguna otra área que en principio nada tiene que ver con lo que ellos estudiaron. Imaginemos entonces lo que puede ocurrir en los años venideros, donde producto de los TLCs, el mercado de trabajo interno vaya sufriendo cambios, que a pesar de ser esperados, nadie puede predecir la dirección que pueden tomar; generando así una situación muy compleja para aquellos que pasan a formar parte de la fuerza productiva. Situación que ya han vivido, y están viviendo Europa y México (Rodríguez, 1998), donde el desempleo juvenil se a transformado en uno de los más desagradables e inesperados productos de la integración económica.

Por otra parte, han surgido una gran cantidad de discursos que insisten en la falta de preparación que tiene nuestro país para integrarse a la economía global. Muchos de ellos, como por ejemplo los informes Brunner, del PNUD o del BID, que durante la última década han pasado a convertirse en los referentes para el diseño de políticas de desarrollo, insisten en que Chile tiene una muy mala distribución y una muy mala diversificación de su mano de obra especializada (Brunner y Elacqua, 2003). Situación que deberá ser, urgentemente superada, si el país desea obtener buenos resultados en su integración a los mercados globales. Las cifras muestran que existe una sobreabundancia de profesionales en áreas como el periodismo y la psicología, mientras que por lo general el país carece de profesionales técnicos, bien capacitados, que puedan asumir de manera adecuada los desafíos tecnológicos que presentan los nuevos modos de producción. Este problema, no sólo se ve reflejado en la cantidad de profesionales disponibles, sino que también en la oferta de estudios superiores, que al parecer es bastante menos amplia de lo que parece. Resulta, muchas veces ridículo, el que la gran mayoría de los profesionales que van a los colegios a dar charlas vocacionales, insisten en que el campo laboral de sus profesiones se encuentra saturado, y que por lo tanto *ni*

piensen los alumnos estudiar esas carreras. Mientras que por otro lado, las universidades chilenas han comenzado a desarrollar inmensas campañas publicitarias donde ofrecen todo tipo de beneficios y perspectivas de futuro, que nadie entiende que relación tienen con la visión que suelen presentar los profesionales jóvenes de nuestro país. Por ejemplo aquella enorme cantidad de deudores del crédito fiscal universitario (por supuesto aquellos que realmente no pueden pagar) que se endeudaron estudiando la profesión que más concordaba con sus intereses y aptitudes, y que hoy en día están apunto de ver aparecer sus nombres en las listas de morosos que publicaran las universidades chilenas, en su intento por solucionar el déficit de financiamiento que, ya crónicamente, sufre el sistema público de educación universitaria. “*Aquí hay alguien que miente*”, dicen los alumnos de cuarto medio. Pero ¿quién?, si el ministerio insiste que el problema lo generan aquellos *irresponsables* que no han pagado, que por lo demás están atentando contra las nuevas generaciones que *si quieren* aportar al crecimiento del país. Además, estos alumnos suelen, escuchar constantemente, que si bien la situación del país no es la más adecuada, los acuerdos que hoy firmamos (porque se resalta que dichas firmas constituyen el deseo de todos los chilenos) mejorarán de manera radical la situación económica y laboral de todos los ciudadanos. Difícil situación la que les toca vivir a los adolescentes, y sin duda a todos los trabajadores, ya que al parecer no tienen ningún punto de referencia sólido a partir del cual pensar en su futuro, menos aún para pensar en la *elección* de una profesión. De más está referirse a la absoluta irracionalidad que impera en el sistema de educación superior (que de superior tiene cada día menos), el cual inspirado en una lógica de libre mercado, ofrece y ofrece posibilidades de estudio que finalmente sólo permiten aumentar el capital de las fundaciones que son dueñas de las universidades, en tanto que generan profesionales que a pesar de tener distintos títulos están preparados para cumplir las mismas funciones.

El panorama es altamente complejo, y dentro de él se le plantean innumerables desafíos a la educación y dentro de ella a la orientación vocacional, por mucho que la reforma educacional considere que está práctica no merece un lugar determinado dentro de los programas curriculares. Situación que muchos colegios intentan revertir, pero sin una política general clara, lo cual deja el problema a la suerte de la buena voluntad de algunos, los cuales no reciben ningún apoyo para la realización de su labor. Prueba de ello es la prácticamente nula existencia de publicaciones sobre el tema durante los últimos diez o veinte años, y la escasa disponibilidad de bibliografía actualizada que está disponible en nuestro país. Situación que contrasta con países como España o Francia. De hecho un estudio realizado por la OIT, en 1982 mostraba que en América Latina y especialmente en Chile, existen profundas carencias en esta área. Concluyendo que: “Al contrario de lo que sucede en

los países industrializados, donde se le confiere la importancia debida, en la mayoría de los países en desarrollo se considera que la orientación profesional desempeña un papel secundario en la formación de recursos humanos (Mejía, 2002. Pág. 164). Las causas de este injustificado relegamiento a un segundo o tercer plano, de la orientación vocacional, son materia de un profundo estudio sociopolítico, que sin duda aportará importantes referencias para pensar los distintos problemas que se presentan a la labor del orientador. Pero por el momento, habrá que seguir avanzando en otros ámbitos, como una manera de no ser absorbidos por la visión general que hoy en día impera en nuestro país. Ya que como hemos venido mostrando, el estado actual en que viven en nuestro país, los jóvenes y no tan jóvenes, junto a los desafíos que les plantea el futuro, hacen absolutamente necesario el posicionamiento de una práctica sistemática y bien fundamentada de la orientación vocacional.

Según Horacio Foladori (Foladori, 1991), definir los lineamientos necesarios para construir los fundamentos teóricos de programas de orientación constituye una tarea sin paralelos. Si somos rigurosos, no podrán estar ausentes los aportes de campos científicos tan diversos como la filosofía, la economía política, la psicología, la sociología, la antropología, y en fin todos aquellos saberes que de una u otra manera nos permitan comprender al ser humano en relación con la sociedad y sus sistemas de producción. Por lo tanto, y aplicando un mínimo de *principio de realidad*, hemos decidido comenzar por alguna parte, esperando que el desarrollo de nuestra formación teórica y de nuestra experiencia práctica nos permita ir ampliando los conocimientos e ir creando un marco teórico de referencia que por una parte, otorgue sentido a nuestro trabajo, pero por sobre todo mejore la calidad de nuestro modo de trabajar.

Por donde partir entonces. Bueno, por el mismo problema que en un primer momento nos llamó tanto la atención: la posibilidad de la *elección vocacional*. Desde los orígenes de la orientación, como una práctica científica e institucionalizada, es decir a principios del siglo XX, los distintos autores consideraron que la misión del orientador consistía en ayudar a cada sujeto a elegir la profesión u oficio más adecuado. Algo así como encontrar la actividad profesional que más se adecuara a las aptitudes e intereses de los sujetos. De antaño, se solía pensar que cada ser humano tiene en su vida un destino, un futuro más o menos programado y que bastaba con descubrir cuál era, para dedicarse a realizarlo. La influencia del mundo griego, a través de sus tragedias, nos había mostrado que cada hombre tiene un destino, que por mucho que intente eludirlo, deberá cumplirse por sobre todas las cosas. Más tarde, pensándonos hijos de un dios bondadoso, este destino se

transformó en un llamado, *vocati*, mediante el cual este señor revelaba a cada uno de sus siervos la misión que había establecido para él. En los tiempos antiguos, tenían vocación aquellos que habían sido llamados por Dios a servir en su ministerio; concepción que todavía rescata el diccionario que considerada en su primera acepción que vocación significa: "Inspiración con que Dios llama a algún estado, especialmente al de religión." (RAE, 1991). En estos casos, no existe *elección* posible, ya que son los dioses o Dios quien determina el futuro o especifica la manera en que cada hombre debe realizarse a sí mismo y aportar a la sociedad. Con la llegada de la modernidad, y su característico proceso de secularización estas concepciones se fueron transformando, aunque nunca constituyeron un verdadero cambio en la forma de concebir la distribución de los hombres en las distintas modalidades de trabajo. Pero tal vez, el elemento central de esta transformación estuvo centrado en la emergencia de un nuevo ente, el individuo (Moscovici, 1985). Este individuo, fue equiparado a la idea de sujeto, y se entendió que en tanto esta provisto de razón y voluntad, era capaz de guiar libremente su transitar por la vida. La libertad y la razón, y gracias a ellas, la posibilidad de elección, pasaron a jugar un rol fundamental en la concepción de hombre que hoy en día utilizamos. Y según esto, se originó todo un complejo conjunto de teorías que pretendían explicar la manera en que los individuos elegían su profesión u oficio. Modelos que fueron postulados como ideales de acción para todos aquellos que en un momento se veían enfrentados a la necesidad de trabajar. Y que fueron difundidos con la intención de asegurar a cada individuo la posibilidad de *escoger libremente* su trabajo.

Pero tras estas teorías, democráticas y bien intencionadas, pareció ocultarse toda una compleja gama de relaciones sociales, políticas y económicas, que hoy en día nos permiten pensar que en sus primeros años, el orientador vocacional, solía estar ligado a tareas de selección de personal, más que a las de orientación. En aquellos primeros años de la modernidad, el paso de los trabajadores, del campo a la ciudad, no se produjo sin la intervención de algunos agentes externos, que en definitiva, nada tenían que ver con la libertad, ni mucho menos con lo vocacional. Como nos cuenta Darío Melossi (Melossi y Pavarini, 1987) en su estudio sobre el origen del sistema carcelario, en los comienzos de la modernidad el nuevo sistema de producción capitalista requirió transformar las enormes masas de campesinos en obreros calificados, proceso que en gran medida, se realizó con la ayuda de la creación de un nuevo sistema penitenciario. Sistema que estaba destinado a amedrentar o recluir a todos aquellos *vagabundos* que se resistieran a incorporarse al trabajo en las fábricas. Basta deleitarse con las películas de Chaplin, donde destaca por supuesto "Tiempos Modernos", o con novelas como "Las uvas de la ira" de Steinback, para constatar la manera en que los seres humanos

debieron incorporarse a los modos productivos introducidos por la economía capitalista, y descubrir ahí que de la libre elección de un oficio o profesión... *ni hablar*.

Más tarde, las distintas guerras y las crisis económicas que cada cierto períodos (diez años suelen decir los economistas que es el ciclo *natural*), azotan a la sociedad capitalista, obligaron a desviar a grandes masas de trabajadores a las modalidades productivas más adecuadas para mantener el funcionamiento del país. O que por lo menos no acumularan *vagos* en las plazas. Ejemplo lamentablemente cercanos tenemos en programas laborales como el PEN y el POJ, aplicados en Chile para paliar los efectos de la crisis de año 82; y los cursos de peluquería que se han ofrecido a los extrabajadores de las minas de carbón de la octava región, que quién sabe que relación pueden guardar con la vocación de esos mineros.

Y entonces, ¿cuándo fue que elegimos el tipo de trabajo a que queríamos dedicarnos en nuestras vidas?, porque, según nos mostraban los alumnos de un cuarto año medio, aún no ha llegado el momento en que libremente podamos *elegir* nuestra vocación. Tal vez, valga la pena seguir esperando hasta que algún tratado nos regale esa entrañable posibilidad. O más bien, es el momento de comenzar a poner en duda aquel *viejo y querido* concepto de elección que tantos dolores de cabeza nos causa cuando queremos dedicarnos a la tarea de ayudar a otros a incorporarse a la vida laboral.

No somos pioneros en este problema, ni tampoco esperamos serlo. Distintos autores, desde los más variados espectros teóricos, han destacado la necesidad de repensar la idea de elección. Por lo mismo, no podemos partir nuestro trabajo sin tener en cuenta este problema que en nuestros días se está haciendo insoslayable. El mismo hecho de ser muy variadas las posiciones desde las cuales surge la pregunta por la elección, nos obliga a situarnos dentro de una perspectiva determinada, ya que sin duda existirán algunas que se adecuen mejor a la comprensión del problema. En este sentido, sólo podemos decir acá, que nuestro trabajo se enmarca dentro de las teorías que han propuesto una concepción distinta a la que habitualmente se utiliza en orientación vocacional. Son los trabajos del grupo que creó el Modelo Morelos de Orientación Vocacional, quienes han inspirado nuestra reflexión. A partir de estos pudimos reconocer la importancia capital que tienen los factores socioeconómicos y políticos como determinantes de la elección vocacional. Su perspectiva intenta realizar una articulación muy sugerente entre dos marcos referenciales que no habían sido puestos en relación dentro del campo de la orientación vocacional. Por una parte el materialismo histórico, les permitió develar la forma en que la estructura social determina la distribución de los hombres en los mercados de trabajo, poniendo en jaque la idea de una libre elección profesional. Pero por otra, la inclusión de la teoría psicoanalítica, les permitió superar los aportes que autores como Pierre Naville

habían hecho en el mismo sentido, pero que por mantenerse dentro de un ámbito que no consideraba la perspectiva de lo inconsciente, no lograban dar cuenta de la altísima complejidad del problema. Porque incluir las determinantes sociales de la elección vocacional, no implica dejar a un lado la consideración por el individuo. Donde a la manera del Emilio rousseano se pudiera pensar que todos los problemas provienen de la introducción del individuo en la sociedad. Aunque no pensamos que la perspectiva de Naville sea así de ingenua. Creemos que sólo la articulación de la perspectiva socioeconómica, con la teoría psicoanalítica, permite conformar una teoría consistente para abordar el problema de lo que hasta hoy suele llamarse *elección vocacional*.

Si todo el conflicto se centrara en las diferencias de clase y las perspectivas de desarrollo que estas ofrecen a los sujetos, no tendríamos como explicar algunos de los fenómenos con que nos encontramos cotidianamente. Por ejemplo, la constante insatisfacción que presentan muchas personas pertenecientes a las clases acomodadas y que teniendo muy buenos trabajos, según la valoración cultural, no logran sentirse cómodas y encontrar sentido a su vida profesional. O aún más, aquellos ya clásicos casos en que muchos individuos, se deprimen al momento de obtener el cargo que siempre habían deseado, a los que Freud dedica un interesante estudio: "Los que fracasan cuando triunfan" (Freud, 1916). Cómo comprender estos problemas sin tener en cuenta lo particular. O dicho de otro modo, sin tener en cuenta la manera en que se fueron conformando los intereses profesionales de cada individuo. En este sentido, pensamos que la teoría freudiana nos ofrece un marco de pensamiento propicio para reflexionar en torno al problema de la elección vocacional. Por una parte nos entrega la que, sin duda, ha sido la teorización más profunda acerca de la manera en que los seres humanos se relacionan con sus deseos y buscan su satisfacción. Pero además, la suya es una teoría que en ningún momento nos exige perder de vista la relación del individuo con lo social. Ya que basta leer con cuidado a Freud para darse cuenta como la cultura y la relación de los individuos con la familia, determinan de manera radical los deseos y las elecciones, incluso aquellas que podemos llamar las más profundas e íntimas de cada ser humano. Cuando hablemos en este trabajo de una perspectiva psicológica de la elección, debe tenerse en cuenta que no estamos poniéndonos del lado de aquellos orientadores que pretenden explicar los acontecimientos en términos biologizantes o individualistas. Por el contrario, intentamos ponernos en una perspectiva distinta que justifique la necesidad de incluir en los procesos de orientación, elementos que van más allá de la aplicación de baterías de tests de intereses y aptitudes. Siguiendo a Freud, tomamos como principio la idea de que: "En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la

psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo.” (Freud, 1921. Pág. 67).

Teniendo en cuenta esta mirada. Intentaremos introducirnos en los problemas de la distribución profesional para lograr extraer de ello los elementos que nos permitan formarnos una idea acerca del problema de la elección vocacional. A partir de ello y siguiendo la propuesta de otros autores, intentaremos defender la sustitución del concepto de elección por el de construcción de la vocación, en tanto consideramos que nos pone en una perspectiva distinta frente al problema e implica asumir con otra mirada el trabajo del orientador y el diseño de programas de asesoramiento vocacional. Teniendo presente que los factores socioeconómicos y políticos tienen tanto o más valor en el momento en que un sujeto se ve enfrentado a incorporarse a una modalidad de trabajo, o a comenzar los estudios que lo capacitaran en términos profesionales. El análisis, profundo, de dichos factores requiere de un estudio particular que por el momento escapa a nuestras posibilidades. La situación económica mundial es altamente compleja y adquiere distintas formas de manifestarse día a día. Por lo cual, tenemos en cuenta que este ámbito de estudio constituirá la parte más débil de nuestra trabajo, dado que no tenemos la formación suficiente, y que no se encuentran muchos estudios actualizados sobre dichos temas, que aborden críticamente la realidad de nuestro país. En términos generales, en este aspecto sólo podemos sumarnos a las conclusiones que se han obtenido acerca del funcionamiento del sistema capitalista a través de la historia, y que han servido de base para la reflexión y la práctica de otros orientadores; con las cuales concordamos.

Primera parte

Marco Teórico-Methodológico

El desafío de construir un marco teórico para la orientación vocacional constituye una tarea sin paralelo, que requiere de la integración de los conocimientos que puedan aportar las distintas ciencias que toman como objeto al ser humano y su relación con la sociedad. Al mismo tiempo, constituye un desafío fundamental para la práctica de la orientación, ya que ésta ha carecido históricamente de un marco referencial adecuado para el abordaje de los problemas que la realidad le plantea (Rodríguez, 1998). Durante las últimas décadas alrededor de todo el mundo se han venido produciendo una multitud de transformaciones económicas que han generado una compleja situación en los mercados laborales. La llamada 'nueva economía', fundamentalmente ligada a la introducción de complejas tecnologías de producción y comercialización, junto a la 'globalización de los mercados' han producido una apertura de los mercados laborales y una constante transformación en las modalidades de trabajo. Frente a esta situación, una autora como María Luisa Rodríguez piensa que la tarea de los teóricos de la orientación consiste en "iniciarse en los planteamientos pasados para poder reconstruir la orientación profesional que la juventud del futuro va a precisar, teniendo en cuenta que la juventud es cada vez más larga, que la industria y el mundo laboral cambian a ritmo galopante y abren fisuras en los modelos establecidos y que la facilidad de las comunicaciones y la tecnología están internacionalizando los modelos y las intervenciones psicopedagógicas." (Rodríguez, 1998. Pág. 11).

En nuestro país, a pesar que desde hace algunos años se ha producido un estancamiento en los ritmos de crecimiento económico, que ha generado un aumento en los niveles de desempleo, se esperan importantes modificaciones en los mercados de trabajo producto de los tratados de libre comercio que durante el último año se han firmado y que implicarían la entrada del país en la economía global. Ante esta situación, la opinión de muchos sectores converge en un punto central: Chile no cuenta con la preparación adecuada para hacer frente a los desafíos que le presenta el nuevo siglo. Nuestro capital humano (término que en su momento habrá que considerar a la luz de sus raíces economisistas), no se encuentra preparado para llevar adelante el desarrollo tecnológico y productivo que se requiere. Nuestra mano de obra está muy mal distribuida y existen importantes

carencias de profesionales y técnicos capacitados (Brunner y Elacqua, 2003). Por otra parte, a pesar que en los últimos años se ha ampliado de manera considerable la oferta en educación superior, no es posible esperar un cambio en la distribución de la mano de obra, al menos en el corto plazo, ya que la mayoría de los estudiantes se concentran en sólo 4 o 5 carreras profesionales (Gemines, 2003). A esta pobre diversificación en la formación de los futuros profesionales, se suma un alto nivel de deserción de los estudios universitarios por parte de los adolescentes, así como una crisis en el sistema de financiamiento del sistema de educación superior en su conjunto. Más adelante pondremos atención a otros elementos que reflejan la necesidad de nuestro país de desarrollar programas adecuados de orientación vocacional.

Según la opinión de una buena cantidad de autores resulta imprescindible revisar los antiguos conceptos en que se funda la práctica de la orientación y generar otros que resulten más adecuados a la situación actual. Dentro de los conceptos que los autores destacan, el de elección vocacional parece ser uno de los más importantes. Pero debemos tener cuidado. Normalmente, las instituciones suelen retardar mucho la revisión de sus fundamentos y muchas veces las dificultades que no son capaces de abordar, y que se supone son el resultado de cambios drásticos en el medio circundante, no son más que la evidencia de un sistema estructuralmente inadecuado, que la transformación de la realidad sólo viene a poner en evidencia. Y el caso de la orientación vocacional, y de su institucionalizada idea de elección vocacional, parece ser uno de estos. Prueba de ello es que, desde antes que pudieran observarse las transformaciones económicas que estamos mencionando, y desde perspectivas teóricas e ideológicas distintas a las que tradicionalmente imperan en la orientación, la noción de elección vocacional ya había sido puesta en tela de juicio, al punto que algunos autores, (Neville, 1972; Foladori, 1991; Carreño y Vázquez, 1984; entre otros), plantearon la necesidad de reemplazarla por otras ideas que respondieran de manera adecuada a la realidad del fenómeno. Los aportes realizados por el materialismo histórico y el psicoanálisis permitieron poner bajo una óptica diferente los viejos conceptos y junto a ello, la práctica de la orientación vocacional misma. Demostrando que la incapacidad para reformular los cimientos de esta ciencia no responde a un problema teórico o metodológico, sino que a la posición que ésta ocupa dentro del marco ideológico que ordena las instituciones sociales (Neville, 1972. Mora y Vázquez, 1987).

La necesidad de reformular la ya anquilosada idea de elección vocacional, no responde únicamente a las condiciones del momento, aunque no olvidamos la angustia que observamos en los adolescentes de nuestros días respecto al incierto futuro que les tocará enfrentar. Si no que está profundamente ligada a la necesidad de situar el problema dentro de un marco referencial más

adecuado, que devuelva a los sujetos la posibilidad de apropiarse del proceso de inserción al mundo laboral que cada uno debe realizar. Apropiarse, no en el sentido de elegir *libremente* su vocación, promesa que como veremos más adelante constituye una quimera que en nada ayuda a quienes se supone necesitan orientación. Si no que como una manera de permitirles conocer las condiciones históricas y las coyunturas concretas en las cuales se da su proceso de incorporación al mundo del trabajo, promoviendo la conciencia de realidad, imprescindible para que los sujetos puedan operar en sí mismos y en el mundo, más aún en este mundo globalizado, una acción transformadora (Foladori, 1981).

Esta tarea nos exige, para plantear el problema, revisar, aunque sea esquemáticamente, las teorías y el desarrollo histórico que ha tenido el pensamiento tradicional de la orientación vocacional, para luego investigar en otras teorías la posibilidad de sustituir dicho pensamiento por uno que parezca más *verdadero*, o que al menos nos permita proyectar una práctica diferente, que sólo el tiempo y la investigación constante nos confirmará si resulta adecuado. En este sentido, la primera parte de este trabajo, **Teoría**, estará dedicada a revisar 1) la historia de la orientación vocacional, tal como los autores tradicionales suelen concebirla. Para en un segundo momento detenernos a profundizar en dos conceptos que resultan fundamentales para nuestro estudio: el de 2) elección y el de 3) vocación. En ambos casos, nos limitaremos, en esta primera parte, a considerar los postulados que tradicionalmente se han sostenido en torno al tema, marcando algunos puntos de entrada que más adelante (en la segunda parte) nos permitirán realizar una crítica a la validez y utilidad de dichas nociones. Luego de haber examinado estos conceptos intentaremos 4) delinear algunas de las razones por las cuales pensamos que resulta necesario reformularlos y sustituirlos por otros, por ejemplo el de: construcción. La mayoría de los autores suele proponer el reemplazo de la idea de vocación por la de ocupación o profesión o carrera, pero creemos que una adecuada formulación del concepto de vocación, liberándolo de su ideología metafísica, puede ser más adecuada que la eliminación de dicho concepto. Mientras que por otra parte, la idea de construcción nos parece que se ajusta más a la realidad de aquel fenómeno que solemos denominar elección, en tanto es el resultado de un proceso en que el sujeto va configurando a partir de diversos elementos el llamado vocacional. Dividiremos estas razones en dos: 4.1) Razones prácticas, teniendo en cuenta algunos datos de la realidad actual de nuestro país y 4.2) Razones ideológicas donde pondremos atención a la necesidad de proponer un teoría distinta, que a diferencia de los modelos tradicionales de orientación, que suelen colocar a los individuos en el lugar del objeto dentro del proceso, enajenándolos en su saber, se ajuste más a las necesidades y a los problemas de los sujetos con lo cuales se trabaja.

Al finalizar, en el apartado que hemos denominado **Metodología**, especificaremos los 5) objetivos de esta tesis, y delinearemos 6) el plan de trabajo que seguirá nuestra investigación.

Teoría

El desarrollo de todo trabajo de investigación, ya sea experimental o teórico, debe tener presente el hecho ineludible de encontrarse inserto en la *historia* del ámbito en que se está trabajando, y por qué no decirlo, en la *historia* de la ciencia en general. Sus objetivos, las preguntas que éste intente responder, están indudablemente fundadas en esa historia, ya sea que se trabaje de un modo deductivo o inductivo. Si nuestras interrogantes surgen de la revisión y el estudio de las teorías o modelos generados por una ciencia, no cabrá duda alguna, que estas preguntas son tributarias del desarrollo histórico de dicho campo del saber. Pero incluso, en aquellos momentos en que suponemos que tenemos un nuevo problema, una nueva pregunta, que no depende de la acumulación del saber anterior, sino que se origina *únicamente* en nuestra experiencia práctica, en nuestro que hacer cotidiano o en las condiciones del momento, bastará poner de relieve, ante este arrebató narcisista, que todo práctica por muy cotidiana y simple que parezca, esta fundada en una teoría que la orienta (científica o no) e, incluso más, en una ideología que le otorga un sentido dentro del que hacer humano en general. Esto implica que su desarrollo se realiza según las condiciones concretas que se presentan en un determinado momento histórico. En este sentido, no podemos eludir el hecho de que todo trabajo, más o menos extenso, y por muy humilde que sea, requiere situarse de algún modo dentro de la historia del saber a que se refiere. Por lo que consideramos fundamental comenzar nuestro trabajo con una breve revisión del desarrollo que ha tenido la orientación vocacional desde sus orígenes hasta nuestros días. En tanto que sólo la revisión crítica del desarrollo que ha tenido esta ciencia, nos permitirá situar con mayor claridad el lugar en que este trabajo pretende ubicarse y el objeto al cual se dirige su investigación.

Esta situación nos plantea un primer problema, ya que cuando hablamos de historia, no podemos olvidar que siempre existen distintos relatos acerca de un hecho, y que nunca existe una *única* manera de abordar los problemas que a una ciencia se le plantean, situación a la que, de *ninguna* manera, escapa la orientación vocacional. Es más, hay autores que llegan a decir que existirían tantas formas de realizar orientación vocacional como orientadores existen. Y del mismo modo, la lectura de los diversos manuales de orientación nos permite pensar que hay tantas historias de la orientación profesional, como historiadores de ésta han existido. Este hecho nos pone frente a una tarea imposible de abordar, que por lo demás escapa a los intereses de este trabajo. Dado que nuestro objetivo es trabajar el problema de la **elección vocacional**, y no la historia de la orientación,

hemos creído conveniente circunscribir nuestra revisión del desarrollo de la orientación vocacional a unos pocos referentes principales.

Para comenzar, en esta primera parte del trabajo, tomaremos como punto de partida el planteamiento que realiza la psicóloga María Luisa Rodríguez en torno al desarrollo de la orientación vocacional a través de su historia (Rodríguez, 1998). Hemos escogido revisar, brevemente, este trabajo por tres razones: primero, porque es la más reciente publicación que se ha realizado en nuestra lengua¹ que intenta abordar de manera general la teoría de la orientación vocacional. Hecho que no deja de ser valioso, si tenemos en cuenta que, durante los últimos 20 años en nuestro país, existe una impresionante escasez de publicaciones en torno al tema. Un segundo motivo que nos llevó a considerar este trabajo por sobre otros, es que presenta una perspectiva esquemática y ordenada de lo que podríamos llamar: *la historia oficial de la orientación vocacional*. Por qué destacamos esto. Porque nos parece adecuado comenzar teniendo en cuenta la postura que ha prevalecido históricamente en esta práctica y la manera en que desde sí misma concibe su desarrollo. Como dijimos en nuestra introducción, el enfoque con que intentaremos trabajar el problema de la *elección* vocacional, se aleja bastante de la teoría que tradicionalmente ha guiado el que hacer de los orientadores, pero eso no nos autoriza a excluir de nuestro trabajo algunos de los elementos que las teorías *tradicionales* de la orientación vocacional han planteado; aunque solamente los consideremos para luego criticarlos. Como dice Foladori “no puede haber creación si no es sobre la crítica de lo existente” (Foladori, 1985. Pág. 5). Por lo cual, intentaremos mostrar desde su propia visión, el desarrollo y el estado actual de la orientación vocacional tradicional. Para luego, en un segundo momento, y habiendo extraído algunos parámetros generales que nos permitan caracterizar esto que llamamos *orientación vocacional tradicional*, proponer una mirada crítica que nos permita justificar la necesidad de un enfoque alternativo. La tercera razón por la cual hemos escogido trabajar sobre la visión histórica que propone M. L. Rodríguez, dice relación con que la misma autora llega a considerar, al final de su revisión, teniendo en cuenta lo que ella considera es el estado actual de la orientación en relación con la ‘nueva’ realidad económica mundial, que uno de los grandes desafíos que el nuevo siglo plantea a esta ciencia es comprender de manera más adecuada y precisa el fenómeno de la *elección vocacional*. Como ella misma nos dice: “nuestras creencias sobre la elección profesional se van quedando obsoletas, cosa que obliga a reinventar y replantear... el proceso de elección profesional” (Rodríguez, 1998. Pág. 30).

¹ Y que se encuentra disponible.

1) Algunos elementos acerca de la historia de la orientación vocacional tradicional.

En la presentación que Frederic Company hace del libro "La orientación profesional" de M. L. Rodríguez, este autor plantea que el trabajo asalariado ha sido la preocupación central de la orientación profesional a través de su historia. Según su mirada, el trabajo asalariado, desde el punto de vista del individuo "resulta ser un poderoso determinante no sólo de los ingresos, sino también del estatus social y del devenir familiar" (Rodríguez, 1988. Pág. 5). Mientras que desde "el punto de vista del grupo social, la eficacia con que se despliega la producción de bienes y servicios tiene importantes efectos sobre su salud económica, su progreso y su bienestar." (Rodríguez, 1988. Pág. 5) Desde este punto de vista, la orientación debiera entrar en acción cuando las necesidades del individuo entran en conflicto con las necesidades de la sociedad, aunque Company aclara que la intervención del orientador no debe entrar en acción "solamente como reacción sino como prevención y estímulo permanentes." (Rodríguez, 1988. Pág. 5) Esta visión, actual, de lo que implica el trabajo en orientación vocacional, da cuenta de la manera en que generalmente se suele concebir el trabajo en orientación vocacional. Y si comenzamos esta breve revisión de su desarrollo, con estas citas, es porque consideramos que salvo algunos intentos, mas bien aislados, no se han desarrollado cambios importantes en las premisas que inspiran el trabajo en orientación vocacional desde sus comienzos, como una práctica científicamente guiada, a fines del siglo XIX hasta nuestros días. Si no que más bien, los orientadores, producto de los continuos desafíos que la realidad les plantea, y de una cierta *insatisfacción crónica* de aquellos que han pasado por los programas de orientación vocacional (u orientación profesional, o de educación para la carrera, etc.), han, desarrollando instrumentos cada vez más sofisticados de evaluación (test, estudios longitudinales, etc.) y de intervención (procesos de toma de decisiones, trabajo fuera del ámbito escolar, etc.), pero sin atreverse a revisar con una mirada crítica y profunda los fundamentos mismos de su práctica. Por ejemplo el lugar central del *trabajo asalariado*, o como hemos dicho anteriormente la idea de *elección* que está a la base de sus teorías. Pero no nos adelantemos, y veamos como, según la opinión de la propia autora, el trabajo de los primeros que se ocuparon de la orientación ha marcado profundamente el desarrollo posterior.

Para M. L. Rodríguez, la orientación profesional lleva casi un siglo de funcionamiento, período que divide en tres momentos. El primero de ellos abarcaría desde fines del siglo XIX hasta la segunda guerra mundial. El segundo desde los años cincuenta hasta, más o menos finales de los

setenta. Mientras que el tercer periodo llegaría hasta nuestros días, teniendo un momento muy importante en los años ochenta, producto de las transformaciones que la globalización produjo en los mercados de trabajo, las que derivaron en lo que hoy llamamos la nueva economía, y de la crisis del desempleo juvenil que azotó a Europa en esa década.

Antes de iniciar el recorrido por estos tres momentos en que divide la historia de la orientación profesional, M. L. Rodríguez menciona un hecho que resultará muy importante, y que suele pasar desapercibido para muchos teóricos de la orientación vocacional (y pensamos que finalmente, también queda fuera de su propio análisis histórico): “El término orientación puede parecer nuevo, pero la función no lo es en absoluto. Se puede citar a escritores y filósofos que se han referido desde la antigüedad a ella, tales como Platón, Montaigne, Pascal o Vives, que hablaban de las tendencias e inclinaciones naturales de la juventud hacia una actividad profesional o del hecho deplorable de dejar al azar la elección de oficio.” (Rodríguez, 1988. Pág. 5). Inclusive, podemos ir más allá en el tiempo y rastrear los orígenes de la función del orientador vocacional en las más antiguas prácticas religiosas, en que sacerdotes u oráculos por medio de la inspiración divina indicaban a los distintos miembros de los clanes o de las tribus la función que los dioses le habían destinado dentro de su sociedad. Lo que nos permite pensar que estamos tratando con conceptos, o palabras, que contienen una importante carga de significado, que continuamente desborda los intentos por definir operacionalmente el problema. Por eso queremos dejar planteado un punto que más adelante volveremos a retomar, pero que consideramos debe ser tenido en cuenta desde un principio. Cuando hablamos de que un alumno tiene problemas con su *elección vocacional* debemos tener en cuenta que ambos términos, elección y vocación, aportan por sí mismos una manera de entender lo que le ocurre a quién intentamos ayudar. Como por ejemplo ocurre con la palabra *vocación*, que como nos recuerda P. Naville posee una inmensa carga significativa, que solemos olvidar constantemente. “Vocación... La palabra, en francés (como en la mayoría de los idiomas)², es de origen eclesiástico y, casi simultáneamente, judicial. Es la llamada de Dios y la llamada del tribunal.” (Naville, 1972. Pág. 123) En nuestro idioma ocurre lo mismo, y el diccionario de la RAE sólo considera en su tercera acepción la relación de este término con el mundo laboral (RAE, 2001). En el siglo XX, regularmente encontramos este término asociado a la pedagogía, y a la orientación profesional, pero no podemos dejar de considerar que nos encontramos, con un concepto cargado de significación y de sentido metafísico. Sentido que se sustenta en una filosofía de la trascendencia, donde el ser humano, según el mandato divino, debe elevarse por sobre el mundo, sobre su carne y

² El paréntesis es nuestro.

sus pecados, hasta alcanzar el paraíso, buscando además realizar el reino de Dios en la tierra. De esta manera no es el hombre quien forja su destino, sino que este le viene dado desde las alturas, y le es comunicado por ciertas voces que se lo revelan, y él debe obedecer (Navelle, 1972). Más aún, podemos decir que así como lo relata la saga edípica, el destino tendrá que ser cumplido, quiéralo o no el ser humano. Lo cual plantea desde tiempos tan antiguos como los del mundo griego, un problema muy difícil de resolver para los orientadores y que pone en tela de juicio la posibilidad de una elección. Destacamos esto, porque nos parece un problema fundamental a tener en cuenta cada vez que hablamos de orientación vocacional, que suele ser soslayado por la teoría tradicional. Creemos que por mucho que hablemos de profesión o carrera, la idea de la vocación está constantemente imponiéndose, ya sea desde el lado del orientador o del orientando, y que gran parte de esta imposición se relaciona con el constante olvido de todo lo que este término ha significado para la historia de occidente. Pero dejaremos hasta acá este punto, ya que lo retomaremos más adelante cuando tratemos de manera más específica el problema de la vocación; ya que si bien este trabajo tomará como su objeto el otro término de problema, la *elección*, no podremos dejar de referirnos con cierta detención, aunque brevemente, al problema de la vocación.

Ahora bien, no nos resultará extraño que al iniciar su estudio de la historia de la orientación profesional, M. L. Rodríguez, considere como uno de sus antecedentes más directos la labor ejercida por la Iglesia. “En España y en otros países europeos entre los siglos XIV al XVIII, las instituciones religiosas y de caridad protegían a niños y adolescentes y trataban de conseguirles un trabajo apropiado.” (Rodríguez, 1998. Pág. 12). El Pare de Orfens o *Curator Orfens*, como también se le conocía, fue una institución española creada en virtud de un privilegio real gracias a la cual un padre, un sacerdote, se dedicaba a velar por los intereses de los huérfanos, a quienes les encontraba un oficio. Ese religioso les colocaba, se ocupaba de su salario, apoyaba sus reclamaciones frente a los patronos e intermediaba en las diferencias que podían surgir entre ellos. Según la autora, esta institución funcionaba a modo de un tribunal de justicia que juzgaba las posibles faltas que los muchachos pudieran haber cometido. Hecho que de alguna manera reafirma el valor de las ideas propuestas por Navelle que mencionamos en el párrafo anterior.

Pero con la llegada de la revolución industrial y las nuevas formas de producción, el foco del problema fue desplazándose (lo que no implica necesariamente un cambio) y es en esos momentos, a finales de 1800 y principios de 1900, donde vemos surgir a la orientación vocacional como una ‘ciencia’ y donde el rol del orientador comienza a ser asumido por actores seculares: “reformadores

sociales y profesionales de la ayuda" (Rodríguez, 1998), hasta que más adelante llega a encontrar el lugar en que actualmente ocupa su ámbito de acción más importante: la escuela.

1.1) *Primer momento. De finales del siglo XIX a la segunda guerra mundial.*

En los inicios de la orientación vocacional, ésta se preocupaba de la nueva clase obrera y estaba ligada a movimientos filantrópicos, democráticos y de derechos humanos, que intentaban ayudar a los jóvenes a conectar la escuela con el mundo del trabajo. En esta tarea la Iglesia solía jugar un papel muy importante al intentar hacerse cargo del problema que generaba la gran masa de desempleados que aumentaba progresivamente en la Europa industrial (Melossi y Pavarini, 1987). Más adelante tendremos la oportunidad de revisar este problema, el cual nos permitirá analizar con mayor cuidado la influencia que la ideología católica y su concepción del trabajo, puede haber tenido en los fundamentos teóricos con que se abordan los problemas vocacionales. Por otra parte, los orígenes de la orientación también estuvieron ligados a una preocupación constante por aumentar el nivel de eficiencia en la productividad de las fabricas. Fue así como la consolidación de la orientación vocacional, como una práctica estructurada, formal y científica, estuvo ligada, principalmente, a una serie de problemas que se generaron dentro del marco del desarrollo industrial a comienzos del siglo XX. Fundamentalmente, estos problemas estuvieron ligados con el progresivo desarrollo de la industria, ya que la frecuencia de los accidentes laborales y el insuficiente rendimiento provocados por la mala adaptación del proletariado a las nuevas condiciones en el trabajo movió a psicólogos como Munsterberg y Taylor a interesarse por el factor humano y por el problema de la elección de cada persona en función del tipo de actividad que quería desarrollar (Rodríguez, 1998).

Desde esta perspectiva, se comenzaron a desarrollar diversos estudios relativos a las aptitudes, la fatiga profesional, los tests, la psicofisiología y la organización científica del trabajo. En términos generales, se buscaba identificar aquellos elementos que permitieran asegurar el buen rendimiento de los trabajadores y disminuir los accidentes laborales; y la eficiencia en el trabajo era el concepto que inspiraba el trabajo del orientador, que más bien parece haber sido un seleccionador de trabajadores. Ante esto, no debemos perder de vista que, a principios del siglo pasado el desarrollo tecnológico dio origen a formas de producción nunca antes conocidas, como lo fueron por ejemplo, las líneas de producción. Los trabajadores, muchos de ellos venidos del campo y habituados a laborar de acuerdo a técnicas y condiciones muy distintas, se vieron en muchos casos sometidos a formas de

trabajar que parecían ir *contra natura*. Situación de la cual tenemos un excelente retrato en la magistral película de Charles Chaplin "Tiempos Modernos".

Fue así como los pioneros de la orientación vocacional crearon sencillos modelos de selección y orientación para los trabajadores, que en su gran mayoría surgieron de los laboratorios de psicología experimental. Estos modelos solían partir de la base que todo trabajador, como un ser humano racional, haciendo uso de su libertad escogería el tipo trabajo que con mayor certeza le reportara un mejor rendimiento económico. Aunque en la gran mayoría de los casos, este rendimiento era previsto a partir del nivel de productividad proyectado que un trabajador pudiera alcanzar y no desde el punto de vista de los salarios, ya que se solía suponer que un trabajador altamente productivo recibe una mayor remuneración. Premisa que desde siempre a resultado bastante falaz (Naville, 1972). Desde distintos lugares, comenzaron a crearse oficinas de orientación vocacional. En 1902 surgió en Alemania la *Deutscher Ausschuss für Berufsberatung*, creada a partir de los esfuerzos de los sindicatos y las cámaras de comercio de Munich. Del mismo modo surgió en Bélgica, en 1909, la *Association Belge de Pédotechnie* que se preocupaba de la preparación social de la juventud, de la protección de los aprendices y de la colocación de obreros jóvenes (Rodríguez, 1998). Por parte de los estados, la orientación vocacional se convirtió en una preocupación para las políticas sociales, especialmente en Inglaterra y Estados Unidos, donde se comenzó a trabajar en el ámbito de los colegios. Fue así como hacia el final de este primer período se comienza a desarrollar una gran actividad y aun aumento en la cantidad de los servicios de orientación. Estos se extendieron a Austria, Hungría, España, Polonia, Italia, Portugal y Checoslovaquia, así como a países más extremos como China, Australia y también América Latina, de tal manera que la orientación profesional fue un fenómeno de alcance mundial influyendo en el desarrollo de los mercados de trabajo (Rodríguez, 1998). Como podemos ver, la orientación llegó rápidamente a convertirse en un fenómeno que traspasaba las fronteras y solamente se vio frenada en este avance por las guerras mundiales. Las cuales más que detener el desarrollo de los modelos de orientación incentivo el desarrollo de exámenes y baterías de tests psicofisiológicos, poniendo el énfasis en las técnicas de selección de soldados y en la readaptación y de recuperación de los heridos de guerra. Política que estuvo fundada en la idea de que la prosperidad de los países pasaba por la nueva juventud y por su correcta orientación profesional. (Rodríguez, 1998). En este sentido, podemos observar un hecho muy significativo: los clásicos test α y β , usados habitualmente en orientación en nuestro país, incluso en estos días, fueron creados para la adecuada selección y colocación de reclutas dentro de el ejercito de los estados unidos que se preparaba para la segunda guerra mundial (Crites, 1974). Aunque es un

dato que se suele excluir de la reflexión, el papel que jugaron las políticas de guerra de los países europeos durante la primera mitad del siglo XX fue mucho más determinante en la distribución profesional que muchos otros factores, pero abordaremos este problema más adelante, cuando a partir de los trabajos de Pierre Naville, consideremos este período con una visión crítica.

En términos teóricos, durante este primer periodo se destacó la figura de Frank Parsons y su modelo de trabajo pasó a constituir una pauta fundamental para el desarrollo de la orientación vocacional. Parsons fue el primero que formuló un modelo estructurado en fases para el proceso de elección vocacional. Este modelo trabajaba en base al concepto de diferencias individuales, respecto a los rasgos de cada persona y a los factores o habilidades que exigía la práctica de las distintas profesiones, por lo cual fue denominado: <<teoría de rasgos y factores>>. Según esta teoría: El papel del orientador es el de identificar o detectar las pautas que identifican esos rasgos personales y compararlas con los factores que una profesión requiere. Según Jones, Steffire y Stewart esta teoría de los rasgos y factores que desarrolló Parsons se basaba en 5 principios básicos:

“1. El desarrollo profesional es fundamentalmente un proceso cognitivo en el cual la persona usa su razonamiento para llegar a una decisión.

2. La elección ocupacional es un hecho coyuntural y único.

3. Para cada persona hay un único objetivo a la hora de decidirse por un trabajo.

4. Sólo un único tipo de persona trabaja en cada tipo de ocupación.

5. Hay una elección ocupacional al alcance de toda persona.” (Rodríguez, 1998. Pág. 37).

De acuerdo a estos principios, Parsons, había descrito un proceso de toma de decisiones, de carácter esencialmente racionalista, que incorporaba técnicas muy particulares para su época. El proceso de orientación estaba basado en el concepto de *razonamiento verdadero*, y tenía como elementos fundamentales el conocimiento de sí mismo y de las profesiones. Las 3 fases de este modelo consistían en:

“1. Clara comprensión de uno mismo, que comprendía la reflexión y el conocimiento de las aptitudes, las habilidades, los intereses, los recursos personales, las propias limitaciones y otras cualidades a tener en cuenta.

2. Conocimiento exhaustivo de las profesiones, es decir, de los requisitos de una ocupación determinada, de sus condicionamientos –físicos, psíquicos y personales–, de las ventajas para el trabajador, de las compensaciones, de las oportunidades y de las perspectivas de futuro.

3. <<Razonamiento verdadero>>, es decir, proceso de relación y confrontación de los dos aspectos anteriores de manera que se pudiera comprender qué relaciones de ajuste existían entre las características personales y las exigencias laborales.” (Rodríguez, 1998. Pág. 22).

Esta forma de concebir la solución a los problemas vocacionales ha marcado a casi todas las teorías y modelos de trabajo que han desarrollado los orientadores, hasta nuestros días. Los cuales han profundizado en los distintos aspectos destacados por Parsons, ya sea enfocándose en la personalidad de los sujetos o en las habilidades requeridas para cada profesión; ámbito que hoy a llegado a tener un influencia preponderante en el mundo laboral a partir del concepto de *competencia* y que seguramente pasará a ocupar el lugar central dentro de los procesos de formación, selección y promoción profesional (Mejía 2002). En palabras de M. L. Rodríguez: “La fase primera fue la que fomentó, posteriormente, el conjunto de esfuerzos por descubrir una infraestructura psicométrica, centrada en la medición de las diferencias individuales, y la determinación de cómo estas diferencias se relacionaban con los niveles de satisfacción y de éxito ocupacional, etc.; la segunda estimuló la adquisición y el uso de la denominada información profesional que, unida a los avances de la psicometría y de la investigación psicosociológica, ha tenido un efecto continuado en las actuales prácticas orientadoras; la tercera fase ha abierto un considerable espectro de investigaciones y una auténtica atención teórica a la que hemos venido a denominar proceso de toma de decisiones ocupacionales.” (Rodríguez, 1998. Pág. 22-3).

Respecto de este primer período hay dos autores más, que creemos importante mencionar. En 1925 surgió un autor con una propuesta que hasta cierto punto proponía una mirada distinta al trabajo del orientador, proponiendo entregar a la persona la responsabilidad por encontrar una profesión. Este autor fue Douglas Fryer y a diferencia de los demás orientadores de aquel tiempo, su propuesta iba en contra de una metodología directiva y paternalista al ofrecer a los sujeto un plan de autorientación profesional luego de haberles entregado alguna información. Fryer postulaba “que una persona es capaz de orientarse a sí misma, y que este sistema es más conveniente que estar esperando recibir consejo de otro... la autorientación es el único método <<tolerable>> admisible por una persona capaz e inteligente a la hora de orientarse en el mundo laboral” (Rodríguez, 1998. Pág. 23). Esta fue sin duda, una postura absolutamente revolucionaria para la época, y si bien consideramos que la ayuda del orientador requiere ir más allá de la entrega de información, coincidimos en su

posición respecto a que el papel central en el proceso de orientación debe recaer en el propio sujeto que debe optar por una profesión y no en el orientador o en las metodologías psicométricas. Lamentablemente sus ideas no fueron ampliamente aceptadas y no lograron causar grandes transformaciones en la metodología que habitualmente utilizaron los orientadores vocacionales.

Hacia el final de este período fue C. R. Rogers quién marcó un punto de viraje en la orientación vocacional con su obra *Counseling and Psychotherapy*. (Rodríguez, 1998). Este trabajo inspiró un desarrollo de la orientación hacia una perspectiva menos estática del problema vocacional, incluyendo algunos elementos de psicoterapia y de psicología del desarrollo. Fue así como inspirado en esta propuesta teórica, en el año “1951, D. E. Super ofrece un potente marco de referencia y publica el *Carrer Pattern Study* con cuya aportación la orientación profesional inicia un cambio desde lo estático a lo dinámico ubicando el proyecto profesional en el contexto del desarrollo humano.” (Rodríguez, 1998. Pág. 24). A partir de los trabajos de Rogers, la orientación tomó un nuevo rumbo, aunque en la base de los modelos, siempre siguieron estando presentes los fundamentos establecidos por los autores de principios de siglo. Un ejemplo de esto es la definición que en 1947 da Mira y López para la orientación profesional, donde podemos ver como, a pesar de los desarrollos que tuvo la orientación, la eficiencia y la posición directiva del orientador, sostenido en los instrumentos científicos, siguió estando en un primer plano. Para él, la orientación profesional era: “Una actuación científica compleja y persistente, destinada a conseguir que cada sujeto se dedique al tipo de trabajo profesional en el que con menor esfuerzo pueda obtener mayor rendimiento, provecho y satisfacción para sí y para la sociedad” (E. Mira y López, *Manual de orientación profesional*. Citado en Rodríguez, 1998). Definición que no tiene cuidado en hacer explícito el lugar de objeto en que se sitúa a los consultantes dentro del proceso de orientación. Mientras que por otro lado otorga una importancia fundamental a la eficiencia del trabajador.

1.2) Segundo momento. Desde el período de postguerra a la década del setenta.

El segundo período descrito por Rodríguez tuvo como concepto central el ‘Desarrollo Profesional’. Los antiguos paradigmas comenzaron a ampliar sus horizontes y producto de la relación entre orientación educativa y orientación vocacional, esta última tendió a una diferenciación interna muy significativa. Moviéndose, en los años cincuenta, por una revisión de las teorías anteriores se generó una diferenciación entre una orientación vocacional que actuaba de manera reactiva, a la manera de

un tratamiento, que intentaba dar solución a los problemas de los así llamados *desorientados*, en los momentos en que debían optar por una profesión. Mientras que por otra parte, se consolidó una tendencia en la orientación vocacional que actuaba de forma proactiva, considerando la labor del orientador como un estímulo para el desarrollo evolutivo del sujeto. Desde este punto de vista se pensaba que la orientación no debía responder a problemas preexistentes, sino que su función consiste en tratar de ayudar a los sujetos a adquirir conocimientos, actitudes y destrezas para enfrentarse a esos puntos o momentos decisivos que deberá enfrentar en su vida; a adquirir una cierta identidad profesional y a desarrollar, en su caso, la madurez vocacional. Junto a la noción de desarrollo profesional, surgieron otros conceptos muy importantes, que dan cuenta de la integración de nuevos elementos que permitían mirar con mayor profundidad el problema de la orientación vocacional. Identidad profesional, desarrollo y madurez vocacional, concepto de sí, etc. van a configurar un modelo de abordaje distinto, tributario de una teoría evolutiva de la vida. En este sentido, autores como Super van a proponer nuevas definiciones de orientación vocacional. Al respecto M. L. Rodríguez nos dice: “Una primera definición que entendía la orientación profesional como el hecho de ayudar a una persona a elegir, prepararse, acceder y progresar en una ocupación, devino más integral y totalizadora planteada en estos términos: <<Orientar profesionalmente es el proceso de ayudar al desarrollo de una persona para integrar el concepto de sí misma con el de su papel en el mundo del trabajo, con el fin de contrastarlo con la realidad y lograr satisfacciones laborales y sociales>>” (Rodríguez, 1998. Pág. 15).

Ahora bien, estos nuevos aires en la orientación vocacional no alcanzaron a todos aquellos que trabajaban en ella. En este segundo período continuó su desarrollo un importante línea de pensamiento, ligada fundamentalmente a la psicología conductista, que concibe el trabajo del orientador como una práctica que trata de responder a taxonomías de problemas vocacionales, los que surgen cuando se presentan conductas inadecuadas o desadaptativas en el momento de elegir, intentando solucionarlos por medio de la aplicación de ciertas técnicas. Los orientadores que trabajaban desde esta perspectiva solían asumir que existía en los orientandos un déficit en los repertorios conductuales para la resolución de problemas, una inmadurez ante la situación electiva o falta de una visión global de conjunto de la situación; por ejemplo una discordancia entre los intereses y las aptitudes. Esta corriente en orientación fue altamente tributaria de los modelos del período anterior y podemos ver como sus definiciones de orientación vocacional mantienen una visión paternalista del rol de orientador y una perspectiva adecuacionista en la resolución de los problemas. En 1959 García Yagüe planteaba que “<<La orientación profesional es independiente del

que se va a orientar y del mundo laboral. Los trasciende en cierto modo y gracias a ello intenta objetivamente ponerlos en adecuación... El orientador sólo puede pretender, en un momento temporal concreto, ensamblar cada uno de los sujetos con la profesión que, siendo posible para él, le permita en el futuro su mayor expansión personal y social» (J. García Yagüe, citado en Rodríguez, 1998. Pág. 20). En este mismo sentido podemos decir que los conductistas han tendido al perfeccionamiento constante de los métodos de diagnóstico de habilidades e intereses y a la confección de manuales o guías explicativas acerca de las profesiones, pero les ha sido muy difícil ampliar su mirada hacia una visión más compleja e histórica, o biográfica, del problema de la elección vocacional.

Paralelamente y más ligada a las teorías humanistas y a los aportes de los Psicólogos del Yo, se desarrolló en esos años la idea de *carrera vital* o *carrera profesional*, la que hasta el día de hoy tiene mucha influencia en los teóricos de la orientación vocacional. Según, María Luisa Rodríguez la *orientación para la carrera vital* fundamenta su actuar en base a 6 elementos que intenta poner en las bases la reflexión. Destacaban:

“1. Los esfuerzos por desarrollar la capacidad para tomar decisiones, o sea, de ayudar a jóvenes y adultos a desarrollar sus destrezas (*skills*) para tomar decisiones a la vez que para definir, alcanzar y usar la información profesional adecuada a las diferentes elecciones.

2. La preocupación por el tratamiento del concepto de sí mismo (*self-concept*), ya que para muchos teóricos los planes y las decisiones ocupacionales expresan el *self-concept* del que elige...

3. La preocupación por el estilo de vida, los valores y el ocio, de tal manera que la educación para el ocio, unida a la orientación profesional y de la carrera deberán interactuar para crear o influir en un determinado estilo de vida...

4. Elección en libertad, que no se reduce a ofrecer un subconjunto de elecciones sino que deberá proporcionar al orientando todo un abanico de alternativas a su alcance, además de información sobre sus características personales, aspiraciones y objetivos de cada elección específica...

5. Diferencias individuales, que reconozcan los talentos de cada persona y la libertad para escoger de cada individualidad.

6. Flexibilidad y capacidad para enfrentarse al cambio...” (Rodríguez, 1998. Pág. 24-5).

En base a estos seis *principios*, los teóricos de la 'orientación para la carrera' intentaron generar programas que intentaran abordar la tarea del orientador con una perspectiva diacrónica, no estática, que dirigía su mirada más allá de las conductas manifiestas e intentaba responder de manera anticipada a la complejidad de los problemas que presentaban, no sólo los que se consideraban desorientados, sino que todos aquellos que en un momento de sus vidas tenían que dar el paso fundamental de ingresar a la vida laboral. Pero lamentablemente estos movimientos del segundo período van a perder fuerza y capacidad de influencia en el desarrollo de programas de orientación sin haber profundizado mayormente las ideas que habían aportado y las que habían recibido de sus antecesores. Esta tendencia se fue estancando para dar paso a un tercer momento en la orientación vocacional que ha estado marcado por la necesidad de responder, muchas veces de manera apresurada, a los nuevos desafíos del mercado laboral. "Así pues, las utopías que la orientación se había planteado a partir de los años sesenta van tomando otra forma; se plantean tendencias más pragmáticas y restringidas..." (Rodríguez, 1998. Pág. 27). Tendencias que han debido responder, la mayoría de las veces de manera apresurada, a los nuevos modelos económicos y de trabajo, y a las fuertes crisis económicas que ha vivido el mundo en los últimos tiempos.

Podemos destacar que durante este segundo período, se agregaron a las ideas de anteriores los aportes de algunos teóricos que inspirados en el psicoanálisis intentaron poner en juego la relevancia de los factores inconscientes en el proceso de elección. Muchos de ellos, apoyándose en las ideas de Hartmann y otros Psicólogos del Yo, intentaron explicar los fenómenos a partir de la noción de adaptación, tan difundida por el psicoanálisis norteamericano. Bajo la noción de funciones autónomas del yo se desarrollaron teorías que intentaban sustituir a los antiguos modelos conductistas de toma de decisiones, agregando algunos elementos acerca de la importancia que tenía para los sujetos la posibilidad de obtener placer en el trabajo. Como veremos más adelante, el concepto que por lo general estuvo a la base fue el de sublimación. Pero tal vez, la manera en que los psicoanalistas norteamericanos entendían este concepto, muy cercana al de adaptación, los llevó a generar modelos que no constituyeron un cambio significativo en la forma de abordar el problema. Seguramente, la pérdida de perspectiva de las determinantes sociales y su concepción individualista de lo psicológico, fueron otros factores que impidieron que el aporte de estos autores constituyera un cambio realmente significativo por medio de la introducción de la perspectiva de lo inconsciente. Lo mismo ocurrió con las teorías evolutivas que solamente tenían en cuenta el desarrollo individual, dejando de lado la evolución de los distintos estamentos socioeconómicos. Por ejemplo los ya conocidos ciclos de crisis económicas que suelen vivir los países cada más o menos diez años.

1.3) Tercer momento. De los años ochenta hasta nuestros días.

Durante este, que hemos denominado el tercer período de la orientación vocacional, ésta se ha visto enfrentada a problemas tales como el desempleo juvenil, la integración intercultural en el trabajo y la aparición de la mujer como una fuerza productiva de igual valor que el hombre. En este sentido Watts plantea que la práctica de la orientación “adquirirá progresivamente una dimensión social en la que la pertenencia a un género, a una etnia y a una clase social deberá ser enfocada con rigor y eficacia para evitar los desánimos y las injusticias de la falta de trabajo y de la crisis producidas por los radicales e imparable cambios” (Watts, 1997, citado en Rodríguez, 1998. Pág. 31). Es interesante que sólo a fines del tercer período emerjan autores que, desde la posición tradicional, destaquen el valor de los factores sociales y de las diferencias de clase en la distribución de la fuerza de trabajo. Lamentablemente estos autores suelen mirar el problema desde el punto de vista de los problemas que el descontento social (movimientos feministas, gays y ecologistas) causa a los grandes inversionistas y al desarrollo de los mercados globales. No olvidemos la importancia que este factor tiene en el llamado *riesgo país*, lo cual deja de lado la significación que dichos factores tienen para los sujetos y la manera en que esto determina sus supuestas *elecciones* vocacionales. Fundamentalmente, los orientadores parecen estar enfrentándose, en estos tiempos, al desafío de cómo satisfacer las necesidades de los alumnos que viven en un mundo centrado en el trabajo, que a la mayoría de las gentes les parece que deviene progresivamente más despersonalizado, más deshumanizado y burocratizado que nunca. (Ethos, 2003)

Pero, tal vez, acá tenemos que preguntarnos lo siguiente: ¿esta descripción del mundo laboral se ajusta solamente a la situación que vivimos a en nuestros tiempos?. Creemos que no, que seguramente un proletario de finales del siglo XIX se sentiría completamente interpretado con una buena parte de la visión del mundo laboral que la autora presenta para finales del siglo XX. Más bien parece que el escenario es bastante parecido al que debieron enfrentar los primeros *orientadores vocacionales*, lo que nos alerta respecto de la manera en enfrentamos los desafíos de estos nuevos- viejos tiempos. Tampoco perdemos de vista que existen situaciones novedosas y que los jóvenes de nuestros días deben hacer frente a ellas, pero no es menos cierto que la velocidad en los cambios, sobre todo en los ámbitos económico y productivo, es una característica inherente a la modernidad, si es que no su característica principal como lo plantea Marshall Berman, (Berman, 1988). Por lo cual creemos que no es precisamente ahí donde radica el problema. Por ejemplo en nuestro país cada día surgen nuevas universidades y con ellas nuevas carreras que nadie sabe a que tipo de ocupación

responden o como se relacionan con las profesiones ya existentes. Es cierto que a través de importantes campañas de marketing universitario, estas carreras ofrecen *nuevos mundos* de desarrollo profesional. Pero cuáles, de qué manera. Nadie lo sabe, menos aún los alumnos que están por salir del colegio. Y así, paradójicamente, esta apertura en el abanico de opciones, más que tranquilizar al sujeto lo confunde aún más y aumenta su sensación de inseguridad e incertidumbre. O sea, más que en el cambio mismo, podríamos decir que el problema radica en el sentido de estas transformaciones, ya que incluso, podríamos dudar que las cosas realmente hayan cambiado. Por ejemplo pensemos en la queja que habitualmente solemos escuchar por parte de nuestros jóvenes, y no tan jóvenes, respecto a que en *nuestros días* toda la gente se preocupa sólo por obtener dinero y se han dejado de lado las profesiones que constituyen un aporte para el desarrollo cultural. Seguramente todos compartimos dicha preocupación, pero basta con mirar las cosas con una perspectiva histórica para darnos cuenta que más que un problema de nuestro tiempo, este parece ser una característica implícita en el desarrollo de la modernidad. Una cita de Hegel, de un discurso del año 1816 refiriéndose a la situación de la juventud y las vocaciones de su época, nos mostrará cuan poco de *nuestros tiempos* es el problema: *"La miseria de la época daba una importancia tan grande a los pequeños y mezquinos intereses de la vida cotidiana, lo elevados intereses de la realidad y las luchas sostenidas en torno a ellos embargaban de tal modo toda la capacidad y todo el vigor del espíritu, absorbían a tal punto los recursos materiales, que las cabezas de los hombres no disfrutaban de la libertad necesaria para consagrarse a la vida interior, más alta, y a la pura espiritualidad, lo que hacía que las mejores capacidades se vieran absorbidas por aquellas preocupaciones y en parte sacrificadas a ellas."* (Hegel, 1833. Pág. 3)

Pero continuemos con la breve revisión que hacíamos de la historia de la orientación, ya tendremos oportunidad de referirnos con mayor detención a estos temas. Podemos pensar este tercer momento de la orientación vocacional, como un período donde coexisten diversas perspectivas y distintos modelos de abordaje. Por una parte existen grupos de trabajo que continuaron desarrollando las ideas generadas en los años sesenta y setenta. Mientras que por otra, debido a las exigencias de resultados cuantificables y eficientes que suelen exigir la ciencia y la industria contemporáneas³, las utopías que la orientación se había planteado a partir de los años sesenta han ido resignándose a la presión del mercado y se replantean tendencias más pragmáticas y restringidas. (Rodríguez, 1998). Pero en estas dos tendencias, que de alguna manera recogen los postulados de los dos primeros períodos de la orientación, hay una idea que se ha consolidado en la

³ Véase por ejemplo las recomendaciones acerca de las políticas educativas para nuestro país formuladas en el último informe sobre Capital Humano. (Brunner y Belaqua, 2003).

teorización y el diseño de programas de orientación vocacional: la carrera profesional. El antiguo modelo en que la labor del orientador tenía un fin más bien selectivo, intentando *dar en el clavo* e indicar a un sujeto cuál es su profesión, a la manera de Parsons, que intentaba ubicar a un sujeto en un lugar casi permanente de trabajo, ha dejado de ser válido. Hoy en día lo que se pretende (al menos en la teoría) es facilitar la flexibilidad y el cambio promoviendo el encuentro de las personas con una *carrera profesional* satisfactoria. “La orientación profesional se hace más bien integral, más compleja y más cercana a los modelos humanistas, vitales, socializadores, de previsión y de preparación de la persona hacia su futuro, de madurez para el cambio y de respeto a las diferencias” (Rodríguez, 1998. Pág. 17).

En esta misma dirección, hay dos aspectos que para los países europeos y para norteamérica han resultado fundamentales, y a los cuales ha debido responder la orientación vocacional. Uno de ellos es la internacionalización del mercado laboral, y el otro la alta rotación en los puestos de trabajo. Según los autores todo lo que era estable en el mundo laboral ha dejado de serlo, lo cual abre nuevas posibilidades de desarrollo y exploración, pero por otra parte genera un nivel elevado de incertidumbre e inestabilidad, tanto a los trabajadores como a quienes están prontos a ingresar al mercado laboral. De esta forma, los teóricos actuales plantean que es necesario repensar conceptos como los de trabajo o profesión y ayudar a que las personas aseguren su posibilidad de empleo con la continua adquisición de nuevas destrezas, para que sean capaces de hacer frente a los nuevos retos y aprovechar las oportunidades que el nuevo siglo les plantea. En este sentido, M. L. Rodríguez va a decir que: “nuestras creencias sobre la elección profesional se van quedando obsoletas, cosa que obliga a reinventar y replantear no sólo el proceso de elección profesional y el desarrollo profesional sino también el concepto de cómo se consigue un puesto de trabajo y la puesta en práctica del desarrollo de carrera.” (Rodríguez, 1998. Pág. 30).

Como podemos ver, la orientación vocacional, o profesional o como quiera que se la pueda llamar en estos días, se enfrenta a nuevos desafíos. Con seguridad abarcará muchos más ámbitos y edades, ya que en la mayoría de los países industrializados junto con haberse consolidado en los currículum escolares, también ha tenido un importante desarrollo en el ámbito de las organizaciones bajo el concepto de desarrollo de carrera. Pero, como apuntábamos más arriba, no *todo* este nuevo panorama es tan nuevo, y perder esto de vista puede ser una de las causas que permita que la orientación siga funcionando en base a los principios, o podríamos decir incluso a los prejuicios, con que funcionó a principios del siglo XX. En este sentido, cuando M. L. Rodríguez plantea que las creencias sobre la elección profesional se van quedando obsoletas, lo cual obliga a reinventar y

replantear el proceso de elección profesional, hay que tener en cuenta que dicha toma de conciencia parece haber llegado un poco tarde y que la necesidad de replantearse el problema de la elección profesional ya había sido propuesta por una serie de orientadores, quienes desde distintos marcos teóricos desarrollaron una profunda y constructiva crítica a las modalidades de trabajo y teorización en orientación. Mientras que por otro lado, esta necesidad de reformular el problema parece esta ligada a las altas probabilidades que hoy en día tienen los trabajadores de tener que rotar en el mercado laboral, lo cual los obligaría a estar eligiendo constantemente, y no a una profunda reflexión en tomo a la validez general de dichos conceptos. Pero no dejemos de prestar atención ha este reconocimiento (mejor tarde que nunca) ya que es ahí, en esa necesidad que se ubica nuestro trabajo. Porque concordamos con los teóricos actuales, en el hecho de que resulta fundamental revisar el concepto mismo de elección, la cual ha sido históricamente concebida como un acto de la voluntad, a pesar que desde fines del siglo XIX y principios del XX, para un cierto ámbito del estudio del hombre este prejuicio metafísico ya había quedado obsoleto. Y no perdamos de vista esto, ya que como tendremos ocasión de revisar más adelante, la necesidad de revisar el *problema mismo de la elección*, no es necesaria y únicamente el fruto de la situación actual en que se desarrolla el trabajo humano, sino que más bien, parece responder a una ineficacia *crónica* en la práctica de la orientación profesional y a una concepción inadecuada del ser humano a partir de la cual se concibe el fenómeno. Por lo demás, creemos que si no somos capaces de mirar con una perspectiva crítica y distinta los problemas que enfrentamos, lo más probable es que a pesar de todos nuestros esfuerzos, volvamos, aunque por otros camino, a la misma situación en que se suele encontrar cotidianamente el orientador en su intento por ayudar a solucionar los problemas vocacionales.

2) Las teorías tradicionales de la elección vocacional.

Tradicionalmente se suele dividir las teorías de la elección vocacional en tres grandes grupos. El primero de ellos constituido por las teorías psicológicas de la elección. El segundo por las así llamadas teorías no psicológicas. Mientras que el tercero agrupa lo que Crites denomina teorías generales (Crites, 1974). Desde ya podemos destacar el hecho de que los dos primeros grupos de esta clasificación destacan la tendencia habitual a escindir las determinantes individuales de la elección vocacional, de los elementos sociales que participan del fenómeno. Como veremos más adelante, las teorías generales, más que proponer una mirada distinta que intente superar esta escisión, sólo proponen modelos *conciliadores*, que intenten considerar el problema mirando ambas perspectivas, sin interesarse por investigar en una teoría que permita ir más allá de la oposición entre individuo y sociedad.

2.1) *Teorías no psicológicas.*

Las teorías no psicológicas de la elección vocacional son aquellas que atribuyen los fenómenos de la elección al funcionamiento de algún sistema exterior al individuo (Crites, 1974). Estas teorías no consideran que las características individuales de los sujetos estén directa o indirectamente relacionadas con la elección. En este sentido, los autores suelen considerar tres factores que serían los determinantes del ingreso de un individuo a una ocupación. Estos pueden ser: Factores casuales o fortuitos, factores que dependen de las leyes de la oferta y la demanda y factores que dependen de las costumbres e instituciones de la sociedad. Según esta clasificación, las teorías que se ocupan de los efectos de cada uno de estos factores son, sucesivamente: la *teoría accidental*, la *económica* y la *sociológica* de la elección vocacional.

La **teoría accidental** es una teoría profundamente popular. Podríamos decir que “es la explicación del lego acerca de cómo ingresó en su ocupación” (Crites, 1974. Pág. 96). Esta teoría de la elección supone que la llegada a un determinado puesto de trabajo es el resultado de circunstancias o hechos imprevistos e incontrolables para el sujeto e incognosibles con anterioridad por las metodologías científicas. En este sentido, podemos considerar que esta teoría no es propiamente una

teoría de la elección vocacional, pero por alguna razón, que no entendemos, estos autores continúan utilizando este término. De acuerdo a estas teorías las experiencias casuales incluirían la inesperada herencia de una gran suma de dinero, el estallido de una guerra y el servicio militar obligatorio, el contraer una enfermedad grave, o el fracaso de una aventura comercial debido a una depresión económica. Factores que por lo general suelen ser entendidos como ocurrencias fortuitas que no responderían a alguna lógica determinada. Estas teorías diferencian entre factores casuales y factores contingentes, los cuales serían predecibles y por lo tanto pueden ser tomados en cuenta cuando el individuo se proyecta profesionalmente. Estas características y condiciones del individuo, como su inteligencia y su status socioeconómico, son más que factores casuales, factores contingentes, debido a que sus relaciones con la elección vocacional son conocidas (Crites, 1974). Otros factores que suelen ser considerados contingentes por estos autores son: la posibilidad de capacitación el acceso a estudios universitarios, el grado de apoyo financiero familiar para asistir el proceso de adaptación al mundo laboral y las oportunidades ocupacionales anticipadas que se presentan a los individuos (lo que en Chile solemos denominar *pitutos*). Por lo general, muchos investigadores han considerado que estas teorías carecen de validez científica y que lo que se suele llamar casualidad no es más que el desconocimiento de los factores que determinaron los hechos. De todos modos, podemos decir que estas teorías se han mantenido presentes debido a que los estudios longitudinales suelen mostrar que en muchas ocasiones los datos que la orientación vocacional tradicional suele tener en cuenta, no logran explicar las razones de los continuos cambios de trabajo que viven los sujetos a través de sus vidas. Es decir su validez está sustentada por la ineficacia de las otras teorías.

Las **teorías económicas** empiezan con una consideración de la distribución de los trabajadores en distintas ocupaciones de la economía, e intentan explicar por qué difieren en el número de individuos que las eligieron e ingresaron en ellas. Los economistas clásicos como Adam Smith sostenían que era la <<ventaja neta>> lo que llevaba a los sujetos a escoger una ocupación. "En otras palabras, dada una completa libertad de elección, que es el supuesto básico sobre el que se apoya esta teoría, el individuo elige la ocupación que piensa le traerá mayores ventajas" (Crites, 1974. Pág. 98). A diferencia de las teorías accidentales, esta mirada se sustenta en dos principios que por lo general van a estar presentes en todas las concepciones tradicionales de la elección vocacional: la libertad y la racionalidad. Es decir en ambos casos solamente tenemos una teoría opuesta a la otra, en tanto ninguna de ellas intenta dar cuenta de la manera en que ambos elementos, cálculo y azar, podrán entrar en relación. Para los economistas clásicos, la aparición de factores irracionales o casuales, que

por lo tanto nada tienen que ver con su idea de la ganancia neta, constituye un error o una desviación del proceso *natural* de elección vocacional. De este modo, durante mucho tiempo imperó en la orientación el principio económico que establece que la distribución ocupacional es una función de la oferta y la demanda, la cual se reflejaba en las diferencias de ingresos según las ocupaciones. Por lo tanto todo aquel que necesitara elegir una ocupación debía tener en cuenta, preferentemente, dichos factores.

Esta teoría ha ido perdiendo cada vez más adeptos, ya que la realidad de los mercados de trabajo estaba lejos de ofrecer la posibilidad de una libre elección. Por otra parte, la mayoría de los autores suponían que en aquellos períodos de bonanza en que los mercados de trabajo fueran estables y sólidos, la distribución laboral sí respondería a las teorías planteadas por Smith. Pero para su sorpresa “esto no ha sucedido: (en aquellos períodos de prosperidad) la distribución ocupacional de los trabajadores y el ingreso no son iguales.” (Crites, 1974. Pág. 98).⁴ Como respuesta a las deficiencias de las viejas teorías económicas, Clark sostuvo que existen dos factores que permiten comprender las desigualdades en la distribución de los trabajadores. Una de ellos es que los individuos suelen ignorar las ventajas y desventajas que ofrecen las diferentes ocupaciones (Crites, 1974). Según esta teoría, los individuos no eligen de forma libre y racional, debido a que carecen de la información necesaria para conocer las características de las distintas ocupaciones. Este propuesta, generó un importante desarrollo de diccionarios e informes donde se describían las características y la situación en que se encontraban las distintas profesiones y trabajos. Hasta el día de hoy, este factor suele ser considerado como una de las grandes complicaciones que los orientadores deben ayudar a superar. Por otra parte, Clark comienza a tener en cuenta otro factor que, desde nuestra perspectiva, tiene mucha relevancia en la posibilidad de acceder a un determinado trabajo. “El otro factor que restringe la libertad de elección es el costo de la capacitación para estar habilitado en ocupaciones que demandan una instrucción de nivel superior.” (Crites, 1974. Pág. 99). La teoría de Clark comienza a tener en cuenta el hecho que muchos individuos carecen de los medios necesarios para obtener la formación que les permita postular a los diferentes cargos que ofrecen las empresas. Con lo cual el posible número de ocupaciones a elegir, se limita de manera considerable. Quedando disponibles sólo aquellos trabajos que requieren un mínimo o casi nulo nivel de especialización; los cuales suelen ser cada vez más pocos y muy mal pagados.

En general, la gran mayoría de los estudios reveló que las teorías económicas de la elección vocacional no tenían un respaldo concreto en la realidad de las historias ocupacionales de los sujetos.

⁴ El paréntesis es nuestro.

De este modo los diversos teóricos comenzaron a enumerar una gran cantidad de factores que, junto a la oferta y la demanda, vendrían a explicar las causas de la distribución laboral. Prestigio social, estabilidad en el trabajo, rasgos de personalidad, etc. Es decir una serie de elementos que mostraban la necesidad de ir más allá de la vieja teoría de la oferta y la demanda, según la cual un sujeto racional escoge según cálculos de rentabilidad monetaria, y debieron abrir su mirada al campo social.

De acuerdo con las teorías cultural y sociológica “el factor más importante en la determinación de la elección vocacional de un individuo es la influencia de la cultura y la sociedad en la que vive en conformidad con las metas y objetivos que aprende a valorar.” (Crites, 1974. Pág. 100). Los autores que defendían esta posición intentaron distinguir lo que ellos denominaron distintos niveles de cultura, los cuales afectaban la elección vocacional de maneras diferentes y con diversos grados de profundidad.

- **Cultura:** Este ámbito tiene un mínimo efecto directo en las decisiones específicas de los individuos, pero tendría una influencia profunda en el grado de libertad de elección con que cuenta cada sujeto. Como ejemplo se presenta el caso de oriente, donde los sistemas de casta por lo general no permiten ningún grado de libertad al momento de elegir una ocupación.
- **Subcultura:** Dentro de una cultura existen numerosas subculturas que se oponen a la toma de decisión vocacional. La más importante de estas subculturas es la clase social a la que pertenece un individuo. Las clases sociales suelen poseer distintos sistemas de valores respecto del trabajo y en este sentido los sujetos aprenden que ciertas clases de trabajos son más deseables que otros desde el punto de vista social.
- **Comunidad:** Este ámbito está más cercano a las experiencias cotidianas de los sujetos y suele estar conformado por su grupo étnico, la comunidad local y el grupo de pares con que comparte territorio. Estos grupos de pares y los roles que el individuo asume dentro de su comunidad, constituirán un modelo de inserción social, que finalmente ejercerá una influencia muy importante en la elección vocacional.
- **La escuela:** Para una gran cantidad de autores, la escuela es, después de la familia, el agente más importante de socialización y vocacionalización. En esta, el individuo adquiere un sistema de

valores que influyen directamente en su elección vocacional. También se debe tener en cuenta que las distintas escuelas ejercen en su momento un factor limitante en tanto cada una de ellas tiende a favorecer o desarrollar más algunas aptitudes que otras. La forma de trabajar, el orden en los horarios, la relación con los profesores, son factores que irán definiendo una cierta manera de funcionar en el mundo, la cual constituirá un factor muy importante a la hora de acceder a una ocupación.

- La familia: Por lo general, estos autores no profundizan en mayor medida la importancia que las relaciones familiares pueden llegar a tener en la determinación de las vocaciones de sus miembros. En esta teoría nos encontramos con una visión bastante simplista y esquemática del problema, Según Roe (Crites, 1974), dentro del círculo familiar la atmósfera psicológica puede variar y estas variaciones determinarán la manera en que los sujetos se orientan hacia las distintas profesiones. Si las actitudes de los padres son cálidas y de aceptación, se puede esperar que los sujetos desarrollen una orientación principal de acercamiento a hacia otras personas y elijan ocupaciones que impliquen un contacto hacia los otros como foco primario de trabajo. Cuando las actitudes de los padres indican una concentración emocional de los padres en los hijos, la orientación de estos se volcará más hacia personas que lo contrario, pero elegirán ocupaciones que minimizan el contacto estrecho con los otros, como los campos de las artes, los pasatiempos y la cultura en general. Finalmente si los padres evitan a sus hijos, ya sea por medio del rechazo o del descuido, la orientación principal de éstos tenderá hacia las actividades que no impliquen a los otros (¿cuáles podrían ser?), y elegirán ocupaciones de los campos de la ciencias o la tecnología.

2.2) Teorías psicológicas:

A diferencia de las teorías no psicológicas, este conjunto de teorías se interesa específicamente por las variables *internas* que determinan las elecciones de los individuos. “Estas teorías tienen en común el supuesto de que el individuo tiene cierta libertad en la elección de una ocupación, es decir, puede ejercer por lo menos un poco de control sobre su futuro vocacional” (Crites, 1974. Pág. 106). Los autores sostienen que la elección vocacional responde a variables internas de los individuos, y que el medio en que estos viven sólo influye indirectamente, y en menor medida, en la elección vocacional. Tradicionalmente se considera que existen cuatro tipos principales

de teorías psicológicas de la elección (Crites, 1974), cada una de las cuales subraya un aspecto diferente de la conducta o de la personalidad de los individuos.

La teoría de **rasgos y factoes** basándose en la psicología diferencial establece que la elección vocacional debiera estar guiada por la adecuación de las características personales del individuo con los requerimientos que exige una ocupación. Las ideas que sustentan esta teoría han sido descritas con detención en la revisión del desarrollo histórico que revisamos anteriormente, al momento de considerar el los aportes que el modelo parsoniano ha hecho a la orientación. Por lo tanto, ahora solamente destacaremos que en los últimos tiempo podemos observar un resurgimiento de estas ideas, pero detrás de una nueva perspectiva: la de las competencias. El modelo de gestión y desarrollo organizacional por competencias ha ido adquiriendo cada día más fuerza dentro del ámbito laboral y sus postulados parecen ir imponiéndose en las distintas maneras de organizar el trabajo en las organizaciones. Lamentablemente aún no existe una teorización clara de cómo es posible aplicar este modelo a los programas de orientación. Aunque seguramente, no diferirá mucho de las antiguas teorías de rasgos y factores, pero esta vez más complejizadas. De todas maneras, la *teoría de las competencias laborales*, constituirá un importante ámbito de estudio para los orientadores vocacionales, ya que es muy probable que en el futuro, dicho modelo sea utilizado por la mayoría de quienes planifiquen y diseñen los futuros modelos de selección y colocación profesional.

Otro grupo son las **teorías de orientación psicodinámicas**. Se suele incluir dentro de estas teorías a aquellas que se esfuerzan por obtener una explicación de la conducta en términos de motivos e impulsos, o por describir un proceso psicológico que está cambiando o que está causando cambios en la conducta de las personas. (Crites, 1974). Cada una de las teorías psicodinámicas propone que el factor más significativo de la elección vocacional es una variable motivacional o de proceso, lo que contrasta considerablemente con la concepción estática y centrada en lo observable que postula teoría de los rasgos y factores.

- **Teorías psicoanalíticas:** Queremos destacar que en este apartado consideraremos la manera en que tradicionalmente se ha considerado la perspectiva psicoanalítica en orientación vocacional. Más adelante propondremos nuestra propia visión de los aportes que el psicoanálisis puede realizar a la comprensión del fenómeno de la elección vocacional, la cual se diferencia en una serie de aspectos de la teoría aquí presentada.

Según Brill, toda actividad que no está dirigida a fines sexuales, en el sentido más amplio, no importa bajo que máscara, es una forma de sublimación. (Crites, 1974). A través del proceso de socialización, los individuos aprenden a satisfacer sus necesidades agresivas y sexuales de una manera que cuente con la aprobación de sus padres, amigos, profesores y la sociedad en su conjunto. "Los mecanismos de conducta que adopta para hacer frente a la vida constituyen su carácter y su personalidad y son la base para su elección de una ocupación." Muchos autores intentaron desarrollar tipologías de carácter, las cuales, pretendían, estaban asociadas a determinadas profesiones o trabajos. Por ejemplo personas independientes serían exitosas en el comercio o en las profesiones en que se puede ejercer liderazgo (Crites, 1974). Para estos autores, el concepto de sublimación abarca "toda actividad que no sea la gratificación directa, y no en el sentido más estricto de los impulsos progenitales volcados en actividades artísticas." (Crites, 1974. Pág. 108). Es bastante particular la manera en que se intenta adaptar el concepto de sublimación en esta concepción de las determinantes de la elección vocacional. Pero dejaremos para más adelante la profundización en este concepto, que consideramos no ha sido trabajado con profundidad por lo teóricos de la orientación vocacional.

Dentro de las teorías psicoanalíticas la Psicología del Yo propuso una visión distinta del problema. Basándose en las teorías de H. Hartmann, los teóricos de la orientación vocacional intentaron explicar la manera en que el yo *se decide* por una u otra ocupación, a partir de las funciones que esta perspectiva psicoanalítica ha denominado funciones autónomas del yo. Prueba de realidad, demora de las gratificaciones inmediatas, conocimiento de la relación medios fin y orientación del desarrollo profesional con vistas al futuro son funciones que permitirían al yo llevar a cabo un proceso reflexivo que finalmente permitirá a los sujetos elegir su ocupación. "De acuerdo con sus formulaciones, el adolescente debe tener una estimación adecuada de sus capacidades, sus puntos fuertes y débiles, de manera que pueda establecerse objetivos alcanzables. Debe someter sus planes a la 'prueba de realidad', confrontándolos con una evaluación objetiva de sus recursos personales y los de su medio para llevarlos a cabo (Crites, 1974). En definitiva, podemos ver que las teorías psicoanalíticas que tradicionalmente han sido tenidas en cuenta por los orientadores tradicionales, no han propiciado un cambio muy importante en las concepciones que habitualmente se tienen de la elección vocacional. Es más, podemos decir que estas propuestas son una continuación del antiguo modelo parsoniano de orientación donde a los intereses y habilidades se les agrega una mirada hacia el futuro y alguna consideración por la satisfacción de necesidades más allá del cálculo monetario. En este sentido,

consideramos que las nociones de libertad, voluntad, yo, racionalidad y a partir de ellas la de *elección* no han sido revisadas en profundidad. Del mismo modo, la relación entre individuo y sociedad sigue estando escindida y el proceso de orientación continúa orientándose a la adaptación pasiva de los sujetos a las oportunidades de trabajo que ofrece el mercado. Lo cual, a pesar de las buenas intenciones, no constituye una transformación substancial en la manera de comprender y abordar los problemas vocacionales.

- Teorías de la elección vocacional basadas en la satisfacción de necesidades: Estas teorías están basadas en los postulados de A. Maslow. Los seres humanos tendrían que satisfacer una serie de necesidades, las cuales se ordenan de manera jerárquica. "Estas necesidades se ordenan en una jerarquía de predominio, ya que las necesidades de orden superior (comprensión, belleza, autorrealización) sólo se concretan después que las necesidades de orden inferior (comida, seguridad, amor) han sido satisfechas." (Crites, 1974. Pág. 113). Tradicionalmente los orientadores asumen que en la sociedad moderna, la mayor parte de las necesidades de orden inferior son satisfechas para la mayoría de la gente en casi todos los casos (Crites, 1974) y que por lo tanto serían las necesidades de orden superior la que influirían de manera decisiva en la elección vocacional. De estas necesidades la más importante sería la de autorrealizarse. Podríamos decir que estas teorías se asemejan a las psicoanalíticas en tanto dan mucha importancia a las motivaciones afectivas de los sujetos. Pero a diferencia de ellas fijan un cierto programa pre-establecido de necesidades a las cuales deberían aspirar a satisfacer todos los sujetos.
- Teorías de la elección basadas en el concepto de sí mismo: "La elección de una ocupación es uno de los momentos de la vida en que un joven es exhortado a expresar de manera explícita su concepto de sí, a decir de un modo definido '¡Yo soy esta clase de persona!'. (Super, citado en Crites, 1974. Pág. 114). Los sujetos, deben ser capaces de tener una imagen de sí mismos clara y definida y según esta evaluación de sí mismos escoger una ocupación de acuerdo a sus intereses y capacidades. La elección vocacional debe concordar con el sí mismo de cada sujeto. En caso de haber discordancias entre las profesiones que se eligen y el sí mismo, se puede suponer una mal integración de la visión de sí en el sujeto o un mal conocimiento de las características de los trabajos. "El proceso de la elección vocacional ocupacional puede caracterizarse como el proceso de desarrollo de una identidad profesional... Los conceptos de identidad y sí mismo son

intuitivamente medios satisfactorios que atribuyen motivaciones para la elección ocupacional a la persona que elige.” (Crites, 1974. Pág. 115).

Estas teorías también estuvieron asociadas a una perspectiva evolutiva de la elección. En tanto el sí mismo va evolucionando y alcanzando mayores niveles de integración, la elección vocacional puede ir cambiando o consolidándose a través de la vida. Esta perspectiva fue adoptada por muchos teóricos de los años sesenta y setenta, y ha influenciado a muchos de los orientadores de nuestros días (Rodríguez, 1998). La visión evolutiva, parece constituir un avance en la teorización vocacional, en tanto el proceso de orientación no espera obtener una solución definitiva a las dudas vocacionales de los sujetos. Lamentablemente esta perspectiva no ha logrado trascender desde la teoría a la práctica con la fuerza necesaria. Por lo general nos encontramos con alumnos, padres, profesores y orientadores que no logran salir del discurso tradicional que establece que la decisión que los jóvenes deben tomar al egresar de enseñanza media marcará su futuro para el resto de sus días. Como si la decisión que se toma no tuviera marcha atrás o no pudiera modificarse con los años.

Por último, existe una profundización de la teoría económica de la elección que se ha denominado **elección basada en los modelos de toma de decisión**. Estas teorías intentan descubrir los pasos lógicos que debe considerar todo proceso de toma de decisiones, y propone a los orientandos seguir dicha metodología de elección. (Crites, 1974). Se considera psicológica a esta teoría, debido a que su foco de atención está en el proceso intelectual que realizan los sujetos al momento de escoger una ocupación, más que en las variables económicas que están en juego. En el fondo lo que preocupa a estos orientadores, es descubrir las estrategias utilizadas para considerar y elegir distintos cursos de acción. Esta teoría suele seguir los modelos planteados por la lógica formal y la psicología cognitiva, por lo cual, también se fundamenta en la idea de que los individuos son quienes libremente pueden elegir el trabajo que deseen y que esta elección se realiza a través de un análisis racional de los distintos factores que están en juego al momento de elegir. Gelatt, fue quien primero desarrolló una teoría de la toma de decisiones vocacionales. Su modelo presentado en 1962 postulaba que el proceso de elección vocacional requería: “1.º) Que definamos nuestros objetivos claramente. 2.º) Que recojamos datos y analicemos su relevancia. 3.º) Que estudiemos las posibilidades alternativas. 4.º) Que evaluemos las consecuencias.” (Rodríguez, 1998. Pág. 68). Basándose en las teorías tradicionales de la decisión, Gelatt propuso dos tipos de decisiones: “las decisiones terminales o finales, que son las que se encuentran al final del proceso decisorio concreto,

y las decisiones investigativas o heurísticas que solicitan más información adicional.” (Rodríguez, 1998. Pág. 68). El proceso de elección vocacional estaría constituido por tres estrategias. La estrategia predictiva, donde se evalúa las posibles alternativas, resultados y probabilidades; material útil para esta estrategia son los resultados de los tests, estudios anteriores, los intereses de la persona y la relación de esta decisión con futuras elecciones. Una segunda estrategia es la del sistema de valores, donde el *orientado* determina la deseabilidad de los resultados, y donde se debe tener en cuenta que valorar es un proceso subjetivo que depende mucho de cada persona y de sus circunstancias. Finalmente desde la estrategia de criterio se sopesa la información recopilada en los dos pasos o estrategias anteriores antes de acceder a una elección final. Esta metodología, que aparece como muy razonable, no explicita la forma en que se puede obtener la información en cada estrategia, sino que más bien parece funcionar en base a las técnicas de evaluación psicológicas basadas en la aplicación de tests. Es muy importante destacar que si bien este autor responde a una teoría económica de la elección, “por la cual una persona escoge sus objetivos ocupacionales de manera que pueda obtener la mayor ganancia con el mínimo gasto o pérdida”, también otorga gran importancia al hecho de que toda elección está determinada por las elecciones anteriores, agregando una perspectiva histórica al problema.

2.3) Teorías generales de la elección:

El conjunto de las teorías generales de la elección, está constituido por aquellos modelos de trabajo en que se intentan compatibilizar los postulados de las teorías psicológicas con los de las teorías no psicológicas de la elección. Hablamos de modelos de trabajo, porque los orientadores que trabajan desde esta perspectiva, no han pretendido formular una nueva conceptualización de las variables, sino que más bien han intentado incorporar en un solo programa de orientación los diversos postulados de las otras teorías. En este sentido han considerado fundamental incluir junto a la información que entregan las baterías de test, toda una gama de datos acerca del mercado laboral y las diferentes ocupaciones que en este se ofrecen. En definitiva, no encontramos una nueva teoría de la elección vocacional, sino que más bien un intento por ampliar y articular la información que los sujetos deben tener en cuenta al momento de elegir. Dentro de estas teorías se suele ubicar la teoría de la elección propuesta por J. L. Holland, que suele ser la más utilizada por los departamentos de orientación en los colegios de nuestro país.

La teoría de Holland se fundamenta en las cuatro siguientes proposiciones que el autor describió en 1973:

“1. En nuestro ámbito cultural, toda persona puede ser incluida en uno de los siguientes tipos de personalidad: realista, investigador, artístico, social, emprendedor o convencional.

2. También existen seis tipos de ambientes idénticos a los anteriores: realista, investigador, artístico, social, emprendedor o convencional.

3. Las personas intentan encontrar aquellos ambientes que mejor les permiten ejercitar sus destrezas y habilidades, expresar sus actitudes y valores, y que concuerdan con sus problemas y funciones.

4. La conducta de una persona viene determinada por la interacción entre su personalidad y las características del medio.” (Rodríguez, 1998. Pág. 48).

Para Holland una persona expresa su personalidad por la elección que hace de una profesión. Por lo tanto, el rol del orientador consiste en ayudar a los sujetos a conocer cual es su verdadera personalidad y cuales son las profesiones que se relacionan con ella. Para esto diseñó el famoso Inventario de Preferencias Vocacionales, donde a partir de las necesidades, tanto psicológicas como ambientales, se establece el trabajo o profesión que más se adecua a su personalidad. Cuando la elección de una profesión resulta inconsistente, es decir no concuerda con la personalidad del sujeto se puede suponer que se ha realizado una mala elección. Nótese que esta teoría supone la existencia de algo así como una personalidad de las profesiones, idea que desde hace mucho tiempo ha sido discutida por diversos autores, quienes insisten en que pueden existir muchas formas de asumir el trabajo en un determinada profesión u ocupación (Bohoslavsky, 1979). Holland establece que la inconsistencia se puede deber cinco causas primordiales:

“1. A que la persona haya tenido insuficiente experiencia para poder adquirir intereses, habilidades o autoconceptos bien definidos.

2. A que la persona haya tenido insuficiente experiencia para enterarse de los principales ambientes ocupacionales.

3. A que la persona ha tenido una experiencia ambigua o conflictiva en lo que respecta a sus intereses, capacidades y características personales.

4. A que la persona haya adquirido información ambigua y conflictiva acerca de los ambientes principales.

5. A que le falte información suficiente acerca de sí misma o le falte confianza para convertir sus características personales en oportunidades de empleo.” (Rodríguez, 1998. Pág. 53).

Hemos realizado esta breve revisión de algunas de las teorías que tradicionalmente han intentado dar cuenta de problema de la elección vocacional. Como elemento fundamental, podemos constatar que la gran mayoría de ellas, a pesar de presentar alguna información que pone en tela de juicio la idea de *elección*, por ejemplo la teoría del accidente, parten de dos ideas básicas: 1) el ingreso de un individuo a una ocupación es el resultado de la elección que este sujeto realiza, aunque en algunas situaciones debe adaptarse por las dificultades que presenta el mercado de trabajo; y 2) la elección de una ocupación es un acto que el sujeto realiza en base a su voluntad, la cual guiándose de acuerdo a la razón analiza la información, tanto de sí mismo como del medio, y elige. Ambos postulados, nos parecen profundamente arraigados en un visión de sentido común, más que en una consideración científica del problema. En este sentido Foladori destaca que los modelos tradicionales de orientación suelen funcionar en base a lo que él llama una *concepción voluntarista de la elección* (Foladori, 1981).

Los autores tradicionales suelen pensar que la elección existe como un fenómeno posible. Pero como ya apuntaba la teoría de Gelatt, toda decisión está determinada por una cadena de elecciones anteriores. Y en este sentido, como podemos determinar el inicio de dicha secuencia de elecciones. Desde antes de nacer ya fueron tomadas una serie de decisiones que constituyen el inicio de *nuestra* secuencia de elecciones. “No decidimos que padres íbamos a tener, menos aún sobre la suerte de la pareja parental, ya teníamos nombre cuando nacimos y ese nombre fue también lugar de deseos, expectativas y anhelos no sólo de los padres, sino también de los abuelos.” (Foladori, 1981. Pág. 16). Como destacan las teorías sociológicas y culturales el papel del medio en que vivimos es un determinante fundamental para toda elección. Pero, nosotros no escogimos nuestra patria, ni la lengua, ni la escuela a la que queríamos asistir. Pensemos que para muchos la escuela, constituye el segundo marco de referencia, detrás de la familia, a partir del cual los sujetos van conformando su ser social. En nuestro trabajo como orientadores nos ha tocado conocer el caso de una joven que producto de los cambios de ciudad y de casa que vivió junto a su familia, estuvo en 15 colegios distintos, ya que sus padres consideraban adecuado que sus hijos fueran a un colegio que estuviera cerca de la casa. Interesante situación si consideramos que la escolaridad Chile abarca sólo doce años, con lo cual podemos ver que esta joven, a pesar de sus deseos, no alcanzó a mantener un grupo de compañeros por más de un año. Finalmente al momento de ingresar a la universidad, esta persona había decidido estudiar derecho, decisión que cambio minutos antes de matricularse por que su madre le dijo que ‘ella no era para esa carrera’, lo cual la llevo a estudiar comunicación audiovisual, carrera en la cual ha demorado muchos años en sentirse a gusto y motivada. “Hay parodias familiares

para hacer creer, del mismo modo que la propaganda nos hace creer que nuestro elevado juicio, “decide” la elección de una forma de vida, a través del color de la cajetilla de cigarrillos.” (Foladori, 1981. Pág. 16).

Pero además, que ocurre cuando descubrimos que nuestras elecciones parecen estar fuertemente condicionadas por factores económicos. Cada vez que adquirimos un producto debemos considerar su precio, y en este sentido el valor de las carreras universitarias, en un sistema como el nuestro, no deja de ser un factor relevante a considerar. Pensemos en todas aquellas historias de personas que ante los apremios financieros debieron escoger carreras como contabilidad en vez de ingeniería comercial, debido a que esta última era una carrera más cara y que además implicaba más años de estudio. Los casos como estos son abundantes y nos demuestran que los factores socioeconómicos pueden llegar a determinar de manera radical la elección de un ocupación. Mientras que por otro lado, son muchas las personas que suelen ingresar a estudiar una carrera en base a la expectativa de que más tarde le permitirá postular a trabajos bien remunerados que le aseguren un buen pasar. Muchos de ellos renuncian a lo que ellos mismos consideran sus verdaderos intereses porque suelen estar relacionado con profesiones mal remuneradas como el arte o el trabajo científico. Los ejemplos abundan, y constantemente nos muestran como aquello que llamamos elección, no es otra cosa que una adecuación a las condiciones que nos impone, para utilizar una vieja expresión freudiana, *el apremio de la vida*.

Un segundo elemento que Foladori destaca de esta concepción voluntarista de la elección es la idea de que la elección vocacional es el resultado de la voluntad de decidir (Foladori, 1981). La voluntad ha sido considerada históricamente como una fuerza interna, proveniente del yo que tiene la facultad de guiar nuestras acciones, “de ahí que se suponga que un sujeto con voluntad firme, es aquel que sabe lo que quiere y, con más fuerza de voluntad, es capaz de conseguir aquello que desea.” (Foladori, 1981. Pág. 17). Tradicionalmente la voluntad humana junto a la razón constituirían los elementos que permiten al hombre elevarse por sobre la naturaleza animal. La inteligencia y a voluntad dibujarían así su rostro como las conductoras de la existencia. La inteligencia como saber de sí, conjugada con una fuerza íntima que nos proyecta y que denominamos voluntad. De manera tal que según el sentido común y según las teorías tradicionales acerca del ser humano, percibimos desde el principio que somos hombres libres porque nuestra voluntad es inteligente. Pero esta idea tradicional hace ya tiempo que ha sido desarticulada. Como nos dice Silvia Schwarzböck en la presentación a su edición crítica de la “Fundamentación de la metafísica de las costumbres” de Kant: Es obvio que el desmantelamiento de la idea de autonomía de la voluntad se presentó dentro de la

historia intelectual de Occidente bajo la forma de una crítica psicológica de la razón y del sujeto. Antes que Freud y su noción de inconsciente, Scopenhauer y sobre todo Nietzsche ya habían mostrado de manera descarnada que los hombres no saben ni lo que desean ni lo que hacen y que su razón sólo expresa fuerzas y relaciones de poder psíquicas que están pautadas a su vez por fuerzas y relaciones de poder sociales. En cualquier caso, el sujeto descentrado que queda como residuo de este estilo de crítica es el mero resultado de un entrecruzamiento de fuerzas, pero nunca su dueño.” (Schwarzböck, 1998. Pág. 9-10).

Y que ocurre entonces si esta voluntad esta determinada por fuerzas tanto psíquicas como sociales, distintas de la conciencia y del yo. ¿No estará entonces la elección vocacional determinada por dicha estructura psicosocial?. No podrá ocurrir además, que esa misma estructura desarrolle los medios para que no nos demos cuenta de su influencia, por ejemplo imponiendo una teoría de la *elección vocacional*. El problema resulta altamente complejo y requerirá que más adelante lo retomemos, habiendo agregado más elementos a la reflexión.

La tercera idea que caracteriza a la noción voluntarista de la elección es aquella que dice que: la elección implica la posibilidad de opción. Es decir que la elección, como lo especifican muchas de las teorías tradicionales es un acto del sujeto que implica la opción por un elemento dentro de un conjunto posible. “El primer problema es que la elección supone que ese conjunto está integrado por elementos iguales.” (Foladori, 1981. Pág. 17). Es decir que pueden tener todos la misma opción de ser escogidos por mi voluntad. Pero que ocurre si la carrera de medicina tiene un valor más alto, como ocurre realmente, que el sueldo que ganan muchas familias de nuestro país. Para los hijos de estas familias, la carrera de medicina no constituye un objeto más dentro de las posibles carreras para estudiar, sino que se ubica dentro del conjunto de las *incosteables*. Del mismo modo, como han destacado las teorías culturales, no todas las profesiones tienen la misma valoración social. Por lo tanto, resulta que el grupo de las carreras universitarias no resulta ser un grupo homogéneo de elementos, con lo cual nuestra elección estará determinada por características que muchas veces no podemos controlar. Pero, si los elementos del conjunto constituyeran un grupo homogéneo, quién nos asegura que hemos considerado todos los elementos posibles. La experimentación con hipnosis, la teoría de la gestalt y los trabajos de psicoanálisis hace ya muchos años que nos han demostrado que nuestra conciencia funciona continuamente excluyendo del campo perceptivo algunos elementos y destacando otros. Si considero que mi conjunto contiene tres elementos, el “que posteriormente descubra que no eran tres sino cinco, no me da las mínimas garantías de que el campo no estará integrado por algunos elementos más, que actualmente “no veo”. (Foladori, 1981.

Pág. 18). Esto implica que nunca es posible estar completamente seguros de la decisión que hemos adoptado y que por lo tanto en cualquier momento esta puede cambiar. Esta perspectiva ha sido convenientemente recogida por los teóricos que proponen enfocar el trabajo de orientación vocacional desde una perspectiva evolutiva, teniendo en cuenta el desarrollo de una carrera profesional, más que la elección de un trabajo (Rodríguez, 1998).

Qué ocurre entonces, ¿hay elección posible? Al parecer no, al menos mientras entendamos esta como una acción libre de la voluntad racional del ser humano. ¿Cómo podemos concebirla entonces? A responder esta pregunta, apoyados en la teoría freudiana, “la única que trató el punto con rigurosidad” (Foladori, 1981. Pág. 19), nos dedicaremos en la segunda parte de nuestro trabajo. Pasemos a considerar ahora algunos elementos acerca del otro término que está implicado en nuestro problema: la vocación.

3) La idea de la vocación, como un determinante de la elección.

Habitualmente se acepta que entre las diferencias que separan a ser humano de los animales, una muy importante radica en la variedad de comportamientos que cada especie puede ejecutar y en los estímulos que motivan dichos comportamientos. “Los animales –dicen- operan por comportamientos estereotipados (el instinto) que se activa de igual modo en todos los individuos de una misma especie: complejos sistemas de rutina que se desencadenan a partir de estímulos específicos y organizan la vida de la especie en una serie de rutinas (apareamiento, vida colectiva, obtención de alimentos, etc.), donde los cambios del estereotipo son casi imposibles.” (Foladori, 1985a. Pág 13-4). Los seres humanos en cambio carecen de comportamientos estereotipados y, por lo general, su conducta está determinada por otro tipo de estímulos distintos del instinto. El hombre, ocupa un lugar central dentro de la creación y a diferencia de los animales posee la capacidad de elegir libremente las reacciones que ejecutará para responder a los estímulos del medio. Pero en algunas ocasiones, se suele pensar que nuestra conducta o nuestra manera de ser, no sólo está comandada por una voluntad racional que nos libera de los instintos animales, sino que suponemos que nuestra vida está dirigida por intereses más altos y sublimes que trascienden la situación concreta de nuestra existencia. En este sentido, la vocación, es un concepto que ha jugado históricamente un rol fundamental en la comprensión de la existencia humana, y por sobre todo en la teorización acerca de las razones por las cuales un sujeto se dedica a una determinada profesión.

Pero este concepto de vocación, posee una pesada carga ideológica que habitualmente suele olvidarse al momento de pensar en el problema de la elección. Desde los tiempos más antiguos esta idea estuvo ligada a la influencia divina y a la misión que Dios o los dioses habían encomendado a cada ser humano. Con el correr de los tiempos este sentido divino y trascendente ha ido transformándose, en virtud de la secularización progresiva que ha producido la investigación científica, en la comprensión del ser humano. Pero este proceso no ha implicado necesariamente un cambio radical de perspectiva, ya que por lo general nos seguimos encontramos con la idea de que el ser humano posee un elemento interno y particular, que independientemente de la relación histórica que cada individuo establece con su medio, determina los caminos por los cuales se desarrollará su vida. Lamentablemente, la ciencia positivista de la orientación dirigió su crítica a ese *más allá* a que hacía referencia la idea de vocación respecto del trabajo, mientras que tomó como uno de sus fundamentos el pensar que los seres humanos poseen en su interior la causa que determina su *elección*

ocupacional. Si antes se solía decir que cada individuo se dedicaba a su trabajo y era exitoso en el porque esta era la voluntad de Dios, en estos días solemos escuchar que si alguien es un buen ingeniero, es porque en sus genes estaba la programación neurofisiológica que lo capacita para dicha profesión. Pero ¿qué relación hay entre ambos conceptos? ¿cuál puede ser el origen de la vocación desde un punto de vista científico? ¿es válido utilizar este concepto en el trabajo de orientación?

El diccionario de la RAE define *Vocación* en su primera acepción como: "Inspiración con que Dios llama a algún estado, especialmente al de religión", mientras que en su tercera acepción la entiende como una: "Inclinación a cualquier estado, profesión o carrera". Al igual que el diccionario de Filosofía de Ferrater Mora, la RAE destaca la etimología de la palabra y relaciona a la vocación con un llamado, un *llamado a*. Este último nos dice que respecto del llamado de la vocación: "Es plausible suponer que se trata de un llamado a la Existencia perdida entre las cosas con el fin de que vuelva sobre sí misma" (Ferrater Mora, 1971). Estas definiciones destacan el sentido metafísico que habitualmente se ha dado al término, quedando en un segundo plano la relación que ésta puede tener con el trabajo o la profesión y los elementos que la determinan. La vocación es algo *dado de antemano* y que se impone al sujeto más allá de las condiciones concretas de su vida. A esta manera de entender la vocación podemos denominarla: concepción idealista de la vocación. Dentro de los autores que han considerado el problema de la vocación desde esta perspectiva, es Ortega quien nos entrega una visión más elaborada de dicho concepto. No suponemos que la perspectiva religiosa sea idéntica a la visión metafísica de Ortega, pero recoge gran parte de los postulados que tradicionalmente han inspirado la reflexión de muchos orientadores y que derivan de la visión religiosa del fenómeno. En nuestro país, esta noción de vocación, suele ser muy utilizada, junto a las teorías de Holland, para desarrollar programas de orientación vocacional. Hecho que seguramente se explica porque la mayoría de los colegios que se preocupan sistemáticamente del tema son colegios privados de iglesia. Para ellos, al menos en el ámbito discursivo, la elección de una carrera profesional debe tener en cuenta, por sobre todo el llamado que Dios hace a cada uno de los individuos. Por lo tanto, consideramos apropiado comenzar la revisión de este concepto a partir de una postura como la de Ortega, que a pesar de sus críticas a la tradición religiosa, es altamente tributaria, al menos en este aspecto de la doctrina cristiana.

En Ortega, la vocación esta situada como uno de los ejes centrales de la existencia. Para él, la vocación está íntimamente ligada al destino que cada hombre debe realizar en su vida y no cumplir con ésta implica una inautenticidad radical del sujeto; implica vivir una vida falsa. Según Gaete, para Ortega, la vida no es otra cosa que una vocación que el ser humano intenta realizar históricamente.

“La vida que tenemos que hacer no es una vida cualquiera. Es una vida determinada y cada uno tiene la suya. Estamos inexorablemente llamados *-vocati-* a esta vida posible. Por ello Ortega la llama vocación”. (Gaete, 1962. Pág. 55). A diferencia de los problemas concretos que habitualmente intentan abordar los orientadores, desde un punto de vista metafísico, la vocación se refiere a toda una serie de complejas articulaciones que obligan a considerar la pregunta por la vocación como una *pregunta fundamental*. “La vocación estricta del hombre es vocación para una vida concreta, individualísima e integral, no para el esquema que son las carreras.” (Ortega, citado en Gaete, 1962. Pág. 129). Sin duda que éste filósofo no pierde de vista el carácter concreto de la vocación, pero al mismo tiempo nos propone introducimos en aquello que trasciende el problema concreto de la búsqueda de un trabajo. Por ejemplo, veíamos más arriba como la preocupación por la concordancia entre las habilidades de un sujeto y su elección ocupacional resultaba un elemento de suma importancia para un cierto grupo de orientadores vocacionales, por ejemplo en la teoría de los factores. Ante esto, Ortega llegará a decir que es posible que nuestras dotes no coincidan con nuestra vocación, y en tal caso dirá que “entonces nuestra vida tiene una condición trágica, puesto que, a lo mejor, no podemos en ella ser lo que inexorablemente somos.” (Ortega, citado en Gaete, 1962. Pág. 134).

En la reflexión de Ortega, la idea de concebir la vocación como *el destino de cada hombre*, ocupa un lugar fundamental. En este sentido, Ortega se apoya en el concepto griego de μοιρα, destino, para pensar el sentido en que la vocación determina el proyecto de vida al que está llamado cada ser humano. “μοιρα significó originariamente la parte. La porción asignada a cada cual, lo que se recibe en suerte...Esta palabra encierra sobre todo la idea de limitación... También en este sentido la vocación es destino.” (Gaete, 1962. Pág. 131-2). La vocación es desde un principio muy limitada y de este modo parece determinar los límites en que podrá desenvolverse la vida. Esta idea, aunque con distintos matices, está presente en el pensamiento de muchos autores. Al parecer la vida parece tender constantemente hacia un lugar, desarrollarse dentro de ciertos marcos, a pesar de que constantemente estamos buscando ser diferentes. Situación que genialmente aparece retratada en el mito ancestral de Edipo, quien a pesar de todos sus intentos, no pudo escapar a su destino. Pero, qué es esta μοιρα que domina nuestras vidas y que Ortega equipara a la vocación, donde estaría su origen. Ciertamente en estos tiempos ya no podemos sustentar su origen en los dioses, y Ortega no aporta mayor claridad a esta cuestión. En un momento se inclina a pensar que el hombre, a la manera de un novelista, elabora sus propios proyectos de vida y que entre ellos “nuestra voluntad, otro mecanismo psíquico, puede libremente elegir (aunque) no se nos presentan con un cariz igual, sino

que una voz extraña, emerge de no sabemos qué íntimo y secreto fondo nuestro, nos llama a elegir uno de ellos y excluir los demás.” (Ortega, citado en Gaete, 1962. Pág. 127). Es decir que el proyecto de vida es una creación de cada hombre, pero dentro de él una voz lo llama (lo voca) a escoger uno dentro de todos los que elabora. Pero en otro momento de su obra Ortega piensa que la vocación, el proyecto de su vida le viene dado de antemano. El hombre “no la inventa sino que la descubre. El fenómeno revelador es la felicidad: cuando nuestra vida afectiva coincide con el proyecto que somos, nos sentimos felices.” (Gaete, 1962. Pág. 126). En definitiva la reflexión de Ortega en torno a la vocación, o se mantiene dentro del ámbito religioso, o nos vuelve a poner en el mismo lugar a que habíamos llegado con los teóricos tradicionales de la orientación vocacional: dentro de las diversas opciones posibles, es el yo, la voluntad la que elige la vocación.

El último aspecto que nos gustaría destacar del pensamiento de Ortega en torno al problema de la vocación, dice relación con la inclusión del rol que juegan los afectos en este problema. Respecto del descubrimiento de la vocación Gaete, explicando a Ortega, nos dice: “El hombre debuta en la vida como un actor puesto en escena: Sabe que ha de desempeñar un papel, pero ignora cuál exactamente... ¿Qué hacer pues? Descubrir el personaje” (Gaete, 1962. Pág. 151-2). Para este descubrimiento, el ser humano tendría una guía, que es la felicidad. Es decir que ante todo existe un elemento afectivo que entra a jugar una función determinante en el problema de la vocación. Podríamos decir incluso que sólo podemos obtener una respuesta a las dudas vocacionales siguiendo aquellos elementos que generan felicidad en los sujetos. Gran problema para los constructores de tests. “¿Qué es la felicidad? Lo que experimentamos cuando, en determinado orden, somos en acto lo que éramos ya en proyecto.” (Gaete, 1962. Pág. 156). Esta última perspectiva nos pone en una situación distinta, de la cual el pensamiento de Ortega no se hace cargo. La felicidad es un sentimiento y como tal parece guiar a la voluntad en el descubrimiento de su vocación. Cómo concebir entonces el lugar que le cabe al yo dentro de la interrogación vocacional. Creemos que la reflexión de Ortega se encuentra finalmente con los límites que le impone la noción idealista de la vocación y que será necesario cambiar de perspectiva para poder llevar al extremo y dar sentido a los interesantes aportes que la reflexión filosófica realiza al problema de la vocación y de la elección vocacional.

Por lo demás, si somos estrictos, la noción idealista de la vocación nos obliga a pensar que la idea de elección no tiene mayor relevancia, ya que el destino de los hombres estaría determinado por su vocación. Ahora bien, si consideramos el problema de la vocación desde una mirada distinta, por ejemplo la que suele sostenerse a partir de la teoría genética, nos encontramos con el la misma

conclusión. Estas teorías suponen “una estructura innata , en el sujeto, que ha perdurado y a permanecido oculta” (Foladori, 1981. Pág. 15), y que se asienta en el código genético de los individuos. ‘Lo traía en los genes’, suelen decir algunos cuando se estudia casos como los de grandes físicos, músicos o deportistas. Pero si miramos con mayor detención los avances de la ciencia, podremos ver que esta opinión, muy difundida en el sentido común de nuestro tiempo, carece de toda validez y solamente se basa en descubrimientos iniciales y muy incompletos acerca de la estructura y el funcionamiento de los genes. En su trabajo “A New Intellectual Framework for Psychiatry”, Eric Kandel nos muestra como los últimos avances en teoría genética han demostrado que la expresión de cualquier característica heredada depende, radicalmente, de la interacción que el organismo establece con su medio (Kandel, 1998). Es decir que para que las habilidades e intereses que podrían estar alojados en la estructura genética de un individuo lleguen a expresarse, será necesaria la interacción con un medio ambiente adecuado que posibilite su desarrollo. “Stated simply, the regulation of gene expression by social factors makes all bodily functions, including all functions of the brain, susceptible to social influences. These social influences will be biologically incorporated in the altered expressions of specific genes in specific nerve cells of specific regions of the brain. These socially influence alterations are transmitted culturally.” (Kandel, 1998. Pág. 461). El funcionamiento de la estructura genética, si bien tiene un factor preponderante en cuanto determina el ámbito de comportamientos posibles que un organismo de la especie puede realizar, en ningún caso determina de manera específica una conducta. Por lo tanto no tiene ningún sentido pensar que la elección de una ocupación podría estar determinada por los genes. Como determinante del marco de habilidades, si puede haber una participación, pero en términos concretos los autores contemporáneos asumen que en este tipo de fenómenos, es la influencia cultural la que tiene un rol preponderante. “In humans the modifiability of gene expression through learning (in a nontransmissible way) is particularly effective and has to led to a new kind of evolution: cultural evolution.” (Kandel, 1998. Pág. 461). Como un ejemplo de esto el autor agrega que en los 50.000 años de evolución humana, desde el *Homo Sapiens* hasta nuestros días, el tamaño del cerebro humano no ha cambiado, lo cual contrasta con las innumerables transformaciones que ha sufrido la cultura humana desde esos días (Kandel, 1998).

Es decir, si consideramos a la vocación desde un punto de vista científico, no metafísico, nos vemos obligados, al igual que en el caso del concepto de elección a dirigir nuestra mirada a mundo social en que se desenvuelven los individuos. Con lo cual se nos aparece aún más clara la necesidad de reformular la vieja de elección vocacional. Ya tendremos ocasión de referirnos con más detalle a

otras críticas que se pueden formular a la concepción idealista de la vocación, pero ese ejercicio requerirá de la exposición de algunos conceptos que hasta ahora no hemos trabajado.

4) Algunas razones que permiten justificar la necesidad de reformular el concepto de elección vocacional tradicional.

En los apartados anteriores, mientras hemos revisado los planteamientos de las teorías tradicionales de la orientación vocacional, hemos ido marcando algunos elementos que dan cuenta de las insuficiencias que presenta la teoría tradicional de la elección y lo necesario que resulta desarrollar una teoría que permita comprender el fenómeno con mayor profundidad. Pero en este momento queremos detenemos para revisar con un poco más de orden estas ideas. En un primero momento, solamente tomaremos en cuenta algunos datos de la realidad nacional que nos muestran la necesidad, a veces urgente, de repensar el problema e ir más allá de los marcos teóricos con que habitualmente se trabaja en nuestro país. Sin compartir, necesariamente, la evaluación que se hace del problema en la distribución de la mano de obra y en la demanda de carreras universitarias, veremos como en nuestro país existe un importante desajuste que los programas de orientación vocacional no han sido capaces de remediar. Lo que trae graves consecuencias no sólo para la economía y el desarrollo industrial, sino que, y ahí radica fundamentalmente nuestra preocupación, para los sujetos que cada día se sienten más angustiados y desesperanzados respecto a la planificación de su futuro profesional. En un segundo momento nos referiremos a problema teórico e ideológico que implica el desarrollo de programas y técnicas de orientación formulados a partir de las teorías tradicionales de orientación vocacional. Estos postulados han dado origen a una modalidad paternalista de intervención, que suele considerar a los sujetos como entes incapaces de solucionar sus propias dudas vocacionales. Dejando al orientador en la posición de un sabio capaz de conocer a los sujetos mejor que ellos mismos y al cual, por lo tanto, se le debe hacer caso al momento de elegir.

4.1) Razones prácticas consideradas a partir de la actualidad nacional.

Un estudio realizado en el año 1981 por CINTERFOR reveló que Chile, al igual que la gran mayoría de los países latinoamericanos, presenta importantes carencias en el ámbito de la orientación de sus estudiantes y trabajadores respecto de la elección de trabajo y el desarrollo de carreras profesionales (Mejía, 2002). De un total de 12 encuestas distribuidas para evaluar el estado de la orientación vocacional en nuestro país, solamente 3 entidades respondieron la encuesta, mientras que

las 9 restantes parece no haber tenido interés en participar de la investigación, o no desarrollaban programas establecidos de orientación (Mejía, 2002. Cuadro 1, Pág. 168). En este sentido, el estudio muestra que Chile es un país que carece de una política general de orientación vocacional.

Seguramente estos resultados podrían ser explicados, por una parte por la disolución de los organismos que se preocupaban de los trabajadores que promovió y efectuó el gobierno militar, y por la sistemática instauración de un sistema educativo que dejaba a un lado las problemáticas de desarrollo integral de sus alumnos; dejando a la suerte del mercado la distribución de la fuerza laboral. Siempre y cuando no se le ocurriera a algún despistado estudiar algunas de esas 'carreras marxistas' que sólo pretendían ensuciar las conciencias y corromper el alma nacional. Porque en ese caso, si se tomaron acciones concretas, cerrando facultades e impidiendo el estudio y la enseñanza de carreras ligadas al ámbito psicosocial. Hecho que seguramente debe haber afectado al desarrollo y la formación misma de orientadores vocacionales.

Pero si tomamos en cuenta lo ocurrido con el advenimiento de los gobiernos de la Concertación, podemos encontrar otra causa que nos permite comprender en parte el caso desarrollo de la orientación vocacional. La reforma educacional iniciada en la década de los noventa, estableció que la orientación no formaba parte de los programas establecidos para terceros y cuartos medios, sino que este ámbito de la formación de los alumnos pasaría a formar parte de lo que se ha denominado los Objetivos Fundamentales Transversales (OFT) del nuevo curriculum educativo (Comisión de Transversalidad, 2001). Por lo tanto la orientación vocacional, que correspondía a los trabajos de orientación que solían desarrollarse en el último año de estudios, quedó excluida de los programas educativos. "En términos más específicos, los Objetivos Fundamentales Transversales (OFT) fueron concebidos como objetivos que refieren a las "finalidades generales de la enseñanza", esto es, orientados "al desarrollo personal, y a la conducta moral y social de los alumnos"" (Comisión de Transversalidad, 2001. Pág. 6). El mismo informe reconoce que por lo general los establecimientos académicos no han sido capaces de desarrollar una política adecuada del curriculum teniendo en cuenta estos OFT, lo cual ha implicado un fuerte retraso en la implementación de metodologías educativas adecuadas que aseguren el apoyo a los alumnos en su desarrollo personal integral. En términos generales, el espectro de los OFT suele ser considerado por los profesores como un ámbito oscuro dentro de los programas educativos de la reforma, por lo cual suelen ser dejados de lado en la programación académica por la gran mayoría de los colegios. El resultado es que hoy en día no existe una política global para la orientación vocacional, y los distintos esfuerzos realizados por algunos colegios carecen del apoyo de un organismo general que promueva el desarrollo de

investigación y producción de metodologías adecuadas para asistir a los alumnos. Se suele entender que en tanto se logre desarrollar los OFT los alumnos contarán con las capacidades y el desarrollo personal adecuado para enfrentar los desafíos que les planteará el ingreso al mundo laboral y universitario. Situación que no concuerda con la visión que tienen la gran mayoría de los países europeos, la UNESCO y la OIT (Mejía, 2002), quienes consideran la orientación vocacional una tarea fundamental de la educación, la cual debe ser abordada de manera explícita y programada.

Pero los problemas no solamente tienen que ver con la figuración en estudios internacionales, cosa que en estos días suele ser tan considerada por la opinión pública de nuestro país. Sino que fundamentalmente tiene relación con la situación que actualmente vive la juventud, y el mundo laboral en Chile. Un informe titulado "Cambio tecnológico, encadenamientos productivos y calificaciones en Chile" establece que carecemos de mano de obra calificada y que existe una alta rotación en los puestos de trabajo (Abramo, Montero y Reinecke, 1997). En el mercado laboral existe una importante carencia de personal calificado para desarrollar una gran cantidad de labores técnicas, en tanto que abundan los profesionales sobrecalificados para dichos puestos. Esto produce una oferta de trabajo que no concuerda con la disponibilidad de los postulantes y redundante en un aumento de la cesantía o en una disminución del nivel de remuneraciones para los profesionales universitarios. De manera tal que aquellos que estudiaron durante seis o más años en la universidad terminan trabajando en ocupaciones que no requieren de tantos años de preparación y que les reportan un bajo nivel de retorno monetario; no hay que olvidar que muchos de ellos deben pagar los créditos con que financiaron sus años de universidad. Mientras que por otra parte, se tiene una amplia masa de trabajadores no calificados, que no pueden acceder a la oferta de empleo disponible, lo cual los relega a postular a ocupaciones donde sólo se ofrece el sueldo mínimo (Abramo, Montero y Reinecke, 1997). Este problema se ve agravado por una deficiente política de capacitación y desarrollo profesional en todos los ámbitos de la industria nacional.

Otro aspecto muy relevante que destaca el estudio es la progresiva subcontratación de la mano de obra. En la actualidad, cada vez con más frecuencia las empresas buscan centrarse en las actividades propias de su rubro, tendiendo a subcontratar todas aquellas tareas y partes del proceso productivo que otros puedan realizar más eficientemente. Este hecho está directamente relacionado con la implementación de programas de flexibilidad laboral, los cuales implicarán una amplia rotación de los trabajadores o la participación de estos en distintas empresas de manera simultánea (Abramo, Montero y Reinecke, 1997). Ambos fenómenos constituyen un cambio fundamental en nuestro mercado de trabajo. Habitualmente en Chile se acostumbraba a pensar que eran las grandes empresas

quienes ofrecían los puestos de trabajo y que bastaba con ser eficiente para mantenerse por años en el puesto. Hoy en día la mayor parte de la oferta laboral la constituyen las pequeñas y medianas empresas, muchas de ellas formadas por un grupo reducido de personas que por la falta de empleo decidieron autogenerarse oportunidades de trabajo. Lo cual plantea la necesidad de que los adolescentes puedan formarse una nueva representación de los desafíos que presenta el mundo laboral, más acorde con la realidad contemporánea, dado que hoy existe un gran desconocimiento de las ofertas laborales que presenta el mercado laboral y toda elección de formación profesional requerirá una adecuada comprensión de las dinámicas de transformación que rigen la economía.

El último dato que nos parece relevante destacar del estudio es el hecho de que en los términos en que tradicionalmente se entiende la oferta laboral, es probable que esta disminuya en los próximos años. Durante el período de crecimiento de la economía, la inversión en maquinaria especializada, no implicó una reducción en la oferta de trabajo, como suele ocurrir en periodos de industrialización. Por el contrario en la última década la introducción de nuevas tecnologías no estuvo acompañada por el desplazamiento de la mano de obra. Pero esta situación contrasta con las expectativas futuras. Ya que los pronósticos indican que el que las empresas hayan experimentado en los últimos meses un alza en el número de puestos de trabajo no significa que esta situación se mantenga, ya que “solamente cuatro de las empresas estudiadas esperaban acrecentar el empleo, mientras que el resto pensaba mantener la misma dotación de trabajadores.” (Abramo, Montero y Reinecke, 1997. Pág. 178). Como decíamos más arriba, en el futuro, la oferta de trabajo estará más asociada al ofrecimiento de subcontratos que a la contratación de trabajadores por parte de las empresas, lo que obligará a encarar con una perspectiva distinta el ingreso al mundo laboral de los sujetos.

Teniendo en cuenta esta realidad, resulta muy interesante considerar lo que ocurre en el ámbito de la educación superior, donde la distribución de los estudiantes según las distintas carreras también presenta una serie de problemas relevantes, que tal vez están, más directamente relacionados con la elección vocacional. Según el Anuario de Educación el sistema de educación superior chileno presenta un crecimiento moderado en los últimos años. (Anuario de Educación, 2003). Crecimiento donde destaca un aumento en la expansión de los institutos profesionales en detrimento de los Centros de Formación Técnica, lo que parece responder a las necesidades de profesionales de mandos medios que tiene el país. Pero en el ámbito universitario el tema parece ser más preocupante, ya que son cuatro las carreras universitarias que concentran más del 50% de la matrícula total (Gemines, 2003). Estas cuatro carreras son: derecho, arquitectura, ingeniería civil e ingeniería comercial. En las

universidades privadas les siguen en importancia psicología, periodismo y educación parvularia; mientras que en las universidades tradicionales educación media, medicina y agronomía.

Estos datos podrían ser menos relevantes si solamente preocuparan a los inversionistas, pero el panorama resulta más complejo si consideramos que estudios recientes, todavía sujetos a revisión, revelan que un porcentaje significativo de los egresados no siempre encuentra trabajo en su propia área de estudio (Anuario de Educación, 2003). Esta situación resulta muy complicada, ya que por lo general se suele tener una visión muy poco adecuada para apoyar el proceso de elección de los adolescentes. Por lo general, la ideología mercantilista que opera en nuestro país suele proponer cosas como la siguiente: "es importante saber qué carreras tienen mayor demanda. Si hacia ellas apunta su vocación, hay que seguir esa tendencia. Si no es así, es bueno analizar otras alternativas" (recomendación hecha por el mismo Anuario de Educación). Proposición que resulta absurda, si tenemos en cuenta la saturación del mercado laboral en los sectores correspondientes a la carreras más demandadas. Esta perspectiva, que suele estar muy presente en los medios de difusión y publicidad promovidos por las universidades, resulta incomprensible, ya que no responde a los estudios que proponen diversificar la distribución del capital humano en nuestro país, sino que más bien, parece ir en la dirección contraria.

El problema de la mala orientación ofrecida a los adolescentes se ha tomado un situación muy compleja. Ya que los modelos tradicionales de orientación, basados en una concepción errada de la idea de elección vocacional, que sólo tiene en cuenta los intereses y algunas habilidades de los sujetos, ha generado gran confusión y decepción en los adolescentes. La prueba más dramática de ello es la gran cantidad de profesionales universitarios que en estos días se encuentran cesantes y al estar morosos en el pago de sus créditos están a punto de ver publicados sus nombres en las listas de deudores del crédito fiscal universitario que prontamente darán a conocer las universidades. Pero por otra parte, las universidades deben enfrentar un elevado monto de deserción que llegan a estar entre el 30% y el 50% de los matriculados (La Tercera, 31-08-03). Esta situación ha repercutido en una sostenida alza de los aranceles universitarios, como un intento desesperado de las universidades por recuperar los ingresos que pierden por esta causa. Medida que termina restringiendo aún más la posibilidad de ingreso de los futuros estudiantes.

Creemos que estos datos, son suficientes como para pensar en la necesidad de reposicionar en Chile el debate acerca de la utilidad de la orientación vocacional y de la necesidad de revisar los antiguos modelos de trabajo, basados en la concepción tradicional de elección vocacional. Veamos ahora otro tipo de razones que nos llevan a revisar esta vieja concepción.

4.2) Razones teórico ideológicas.

Como hemos podido observar la orientación vocacional es una práctica que tiene su origen en una problemática social sumamente compleja. Si tenemos clara la diferencia que la filosofía ha establecido entre origen y principio, podemos situar el principio de la orientación vocacional, en tanto práctica científica y secular, en los últimos años de siglo XIX; fecha que nos permite situar la función del orientador dentro de una estructura socioeconómica particular. La nueva industria surgida en la sociedad capitalista requirió de personal capacitado que permitiera aumentar los niveles de rendimiento y utilidad, lo que estaba ligado de manera substancial a la capacidad que tuviera cada trabajador, de adaptarse a las condiciones de trabajo que imponían las máquinas. Por lo tanto fue necesario crear un proceso sistemático y eficiente de reconocimiento de las aptitudes de cada trabajador. En este sentido, podemos ver en los primeros trabajos de los orientadores vocacionales como la tarea del orientador consistía fundamentalmente en la selección del personal adecuado para la realización de un trabajo. Es decir que en el fondo el problema central no era otro que mantener el funcionamiento de los sistemas sociales y productivos en los cuales se sustentaba la división social. Ya había dicho Platón varios siglos atrás, que era el trabajador quién debía adecuarse a al trabajo y no el trabajo al obrero, ya que si el trabajo se veía forzado a esperar al obrero, a menudo se dejará escapar el momento más favorable para la producción (Neville, 1972). Y podemos agregar que en el nuevo modelo productivo, las 24 horas del día eran favorables para la producción, ya que mientras la máquina este bien aceiteada las líneas de producción no tenían razón para detenerse. Bajo esta perspectiva podemos comprender, entonces, con mayor profundidad el verdadero significado del origen de la orientación. Ya que como citábamos más arriba: “Al desarrollarse la industria, la frecuencia de los accidentes laborales y el insuficiente rendimiento en el trabajo movió a Hugo Munsterberg y a Taylor a interesarse por el factor humano y por el problema de la elección de cada persona en función del tipo de actividad que quería desarrollar.” (Rodríguez, 1998. Pág. 13).

Quién es el orientador entonces. Cuál es su función dentro de la estructura social e institucional. Más aún, podemos preguntarnos, aunque suene absurdo plantearlo de este modo: ¿quién requiere de los servicios de un orientador vocacional?, ¿los adolescentes?, ¿los trabajadores?. Para acercarnos a este problema: el lugar que habitualmente ocupa el orientador dentro de la estructura social, podemos seguir la reflexión que Horacio Foladori desarrolla en su artículo “Encargos institucionales a la orientación vocacional” (Foladori, 1983). En este artículo, el autor introduce un

concepto que permite acercarse con una mirada distinta a los problemas que las diversas instituciones plantean al orientador, el concepto de encargo. Entendiendo por encargo: "la depositación que las diferentes instituciones, públicas o privadas, realizan sobre los programas de orientación vocacional que señalan expectativas sociales de solución a una serie de problemas vinculados con el campo de trabajo." (Foladori, 1983 Pág. 47). Los encargos no están únicamente referidos a los problemas vocacionales de los individuos, sino que más bien constituyen una depositación masiva de problemas que aquejan a la institución. Por lo general responden a fantasías irreales o mágicas de resolución de problemas, de la misma manera en que al psicólogo clínico o al psiquiatra se le pide que cure con la mayor prontitud al enfermo mental. Ambas situaciones, se fundan en una parcelación del campo causal que da origen a las dificultades, pretendiendo definir una relación de causalidad lineal, de la cual habitualmente quedan excluidos quienes solicitan los servicios del orientador. "En el encargo hay, por tanto, una renuncia a asumir las propias responsabilidades, a participar en la solución del problema y a implementar estrategias de análisis y de participación para realizar una tarea asumida y grupal." (Foladori, 1983. Pág. 47). Por lo general, o más bien dicho, siempre, nos encontraremos con una frustración por parte de todos los implicados, ya que a pesar de los muchos malabares que el orientador realice, finalmente deberá enfrentarse a la realidad de la institución. Realidad que por no haber sido tomada en cuenta, y menos aún transformada, seguirá generando el problema, tal vez con mayor gravedad.

De la noción de encargo, Foladori diferencia la de demanda. "La segunda articula una solicitud explícita por parte de la institución para que se realice una determinada tarea. Sería la parte consciente y manifiesta del problema a través de la cual, habrá que descubrir el encargo latente, no planteado, pero implícito en la demanda." (Foladori, 1983. Pág. 47). Podemos ejemplificar el problema de los encargos, con una situación que nos tocó presenciar hace poco tiempo en el colegio donde hemos podido trabajar con un grupo de estudiantes de IV medio, donde precisamente no se tuvo en cuenta esta diferenciación. En tercero y cuarto medio, los alumnos de la institución pueden escoger el plan de estudios que deseen, el cual se supone está ligado a sus intereses vocacionales, estos planes están divididos en Humanista, Matemático-físico, Matemático-humanista y Biólogo. Además existen ramos electivos de profundización y optativos de formación general, donde los últimos pueden ser escogidos con independencia del plan por el que se optó. Durante el primer mes de clases, los alumnos tiene la posibilidad de cambiar su decisión e integrarse a otro plan o cambiar algunas de las materias optativas. Este año en el primer mes, una gran cantidad de alumnos cambiaron sus decisiones, provocando algunos desajustes en la organización del plan académico, en

cuanto a horarios, distribución de salas, etc. lo que preocupó bastante a la dirección. Al finalizar el primer semestre de clases alrededor de 15 alumnos pidieron que se extendiera el plazo para poder cambiar en el segundo semestre los cursos optativos o electivos que habían tomado. En un primer momento se les dijo que los plazos ya había caducado y que por este año no tendrían la posibilidad de hacer modificaciones, pero en una segunda instancia fueron derivados al departamento de orientación, que tenía la *demanda* de atender a los alumnos y dar una solución al problema. Debido a que los alumnos eran muchos y varios de ellos tenían razones muy diferentes, se les pidió que escribieran una carta donde explicaran las razones que cada uno tenía para cambiar sus ramos. Y se les dijo que teniendo en cuenta sus argumentaciones se analizaría cada caso en particular. Una parte de los estudiantes presentó razones que tenían que ver con cambios en sus intereses vocacionales. Por ejemplo algunos que estaban interesados por las ingenierías descubrieron que su interés era interpretado de mejor manera por la ingeniería comercial que la civil, o viceversa. Por lo tanto, muchos proponían cambios en los electivos de profundización enfocados a esas profesiones. También apareció un grupo importante que parecían estar motivados por ingresar a asignaturas que tuvieran menos exigencia académica. Donde se detectó una situación paradójica, debido a que los alumnos que habían optado por el plan matemático, a pesar de tener menos horas de historia, se encontraron con mayores exigencias académicas, en dicho ramo, que sus compañeros del plan humanista. A estas razones se sumó el cambio en los requisitos de ingreso que exigían las universidades chilenas, producto de la aplicación de la nueva Prueba de Selección Universitaria. En fin un complejo panorama, donde luego de revisar las cartas y reunirse con los alumnos, el Departamento de Orientación consideró oportuno permitir que algunos de ellos cambiaran de asignatura. Antes de comunicar esta decisión, se llevó la propuesta al consejo directivo, donde se determinó que no se permitiría a ningún alumno cambiar de asignaturas durante el año, y que deberían esperar hasta el próximo año si querían hacer cambios en su plan curricular. Esta decisión se toma en base a la argumentación de que si se permitía el cambio a un alumno, después *todos los demás vendrían a pedir cambio de plan*. Situación resultaría inconcebible y traería una buena cantidad de problemas a la administración académica. Se encargó además, al mismo Departamento de Orientación, dar la noticia a los alumnos. Situación que incomodó bastante al orientador quién consideraba que las razones que algunos de los alumnos habían presentado tenían mayor peso que la ofrecida por la dirección.

No es acaso una fantasía irreal pensar que *todos los demás vendrían a pedir cambio de plan*. Por supuesto que si le preguntamos a los miembros del equipo directivo, nos dirán que *todos* no quiere

decir todos, sino que muchos. Pero ya nos ha mostrado con suficiente solidez el psicoanálisis que las palabras utilizadas para enunciar una proposición no son arbitrarias, sino que responden a las determinantes inconscientes. No realizaremos un análisis en profundidad de este caso, donde además es posible observar una serie de dificultades en el funcionamiento de los planes electivos, porque creemos que con lo dicho basta para ejemplificar la idea de *encargo institucional* y poner en evidencia que la labor del orientador está determinada por una serie de elementos que condicionan su actuar. Del mismo modo tendremos que asumir una perspectiva distinta cuando consideremos el lugar que la *profesión de orientador* ocupa dentro de la estructura social. En este sentido, Foladori identifica cuatro encargos generales que se suelen hacer a los orientadores vocacionales.

1. Por una parte siguiendo la lógica de que aquel que tiene vocación para algo, será un buen alumno al estudiar una carrera y, posteriormente un profesional exitoso al ejercerla. Se pide al orientador que sea capaz de detectar *oportunamente* si un sujeto tiene o no vocación, para así evitar que llene el lugar que otro, más adecuado, podría ocupar con mejores resultados. En definitiva lo que tenemos de fondo es el complejo y ya crónico problema (en especial en América Latina) de cómo **evitar la deserción escolar**.
2. Si consideramos el encargo que más arriba graficamos con la situación del colegio, tenemos otro clásico encargo que habitualmente se hace a los orientadores: **evitar el cambio de carreras**. Si el cambio de asignaturas genera complicaciones a la estructura administrativa de un colegio, no será difícil imaginar la sensación de caos que generará en el sistema universitario el que los alumnos comiencen a cambiar de carrera. Pensemos solamente en el problema que se genera para el sistema de créditos universitario el que lo alumnos retrasen su egreso de la universidad y por lo tanto comiencen más tarde a pagar su *deuda* con el Estado. Detrás de las diferentes argumentaciones para condenar el cambio de carreras podemos ver que: "La ecuación de tiempo igual dinero, subyace a todas estas posturas, fiel reflejo de un modo de producción que todo lo debe medir en términos económicos y no de desarrollo personal." (Foladori, 1983. Pág. 50).
3. "Otro de los encargos latentes que se le hace a los departamentos de orientación vocacional, es el de que **se adecue a las políticas generales del país en materia de desarrollo económico.**" (Foladori, 1983. Pág. 52). En general este tipo de encargo se presenta de manera muy encubierta en países como el nuestro. Ya tuvimos ocasión de ver como en algunas naciones existen decretos explícitos donde se recomienda a los orientadores derivar a los jóvenes a determinadas profesiones. Pero en países como el nuestro donde se defiende una postura de libre mercado, por lo general se influye a través de la publicación de informes donde se establece cuales serán las

profesiones más solicitadas y con mejores perspectivas laborales en los próximos años. Tenemos que hacer notar en este punto la lamentable situación que vive nuestro país, donde, debido a la completa despreocupación por parte del estado, esta información suele ser entregada y publicitada por las universidades, generalmente privadas. Con lo cual se hace necesario diferenciar la información fidedigna, de aquella que tiende a promover el ingreso de los alumnos a las carreras que a dichas universidades les conviene ofrecer.⁵

4. Finalmente tenemos un encargo muy complejo: "Acelerar el crecimiento de los adolescentes" (Foladori, 1983. Pág. 53). Por lo general, la adolescencia suele ser un periodo de cambio, donde abundan los comportamientos contradictorios y en el cual es difícil esperar una definición de los gustos e intereses de los sujetos. Pero por alguna extraña razón, es justamente en este período de la vida, que los sujetos se ven enfrentados a la necesidad de escoger una profesión e incorporarse a la fuera productiva. Para complicar más las cosas, "nuestra sociedad mantiene por casi diez años una serie de comportamientos y respuestas contradictorias que hacen de la adolescencia una etapa muy difícil y de complicada solución." (Foladori, 1983. Pág. 54). Esta situación resulta altamente contradictoria, ya que hasta cierto punto esta extensión de la adolescencia, responde a la creación de un nuevo grupo de consumidores para el cual se diseñan y producen artículos particulares como una manera de aumentar las posibilidades de venta; lo cual se ve favorecido por esta misma incapacidad para decidirse, la cual hace que estos sujetos consuman una gran cantidad de productos sin que la posesión de uno haga innecesaria la posesión de otro. Mientras que por otra parte se pide a estos adolescentes que tomen decisiones que le permitan integrarse de manera definitiva a los sistemas de educación superior o de trabajo.

Tenemos así una serie de encargos que ponen en evidencia el lugar que le cabe a los orientadores vocacionales dentro de la compleja estructura social propia de las sistemas de libre mercado. Se le encarga a este tareas que no responden al interés personal de los sujetos, sino que tienen como fin ultimo mantener un cierto orden social en tanto es capaz de "vincular a la población estudiantil con el aparato productivo y también la de vehicular una determinada ideología de las profesiones,.. el orientador canalizará el potencia educativo hacia los ámbitos ocupacionales supuestamente requeridos por el país, realizando una temprana selección laboral, postergando incluso el desempleo. (Mora y Vázquez, 1987. Pág. 69).

De esta manera, tenemos como resultado un quiebre en la relación entre orientador y orientando que termina convirtiendo a los individuos en un objeto del proceso de orientación y

⁵ Pensemos por ejemplo en las así llamadas carreras de tiza y pizarrón.

mientras que coloca al orientador en una posición paternalista y distante. Como "efecto de una sociedad capitalista gobernada por la disociación en el trabajo, y en la vida cotidiana, también trasladamos dicha disociación a las situaciones humanas donde –según el modelo tradicional- hay alguien que tiene y otro que no." (Foladori,1981. Pág. 11). Al igual como ocurría en la antigüedad con los magos o sacerdotes, el orientador se transforma en un profesional que posee un saber superior capaz de predecir el futuro de los seres humanos. Esta vez, el rito religioso, es sustituido por un complejo material, cada vez más sofisticado, que es capaz de descubrir las aptitudes e intereses más recónditos de los sujetos. "El psicólogo convertido en un medium lee el futuro con su bola de cristal: fulano servirá para tal cosa." (Foladori,1981. Pág. 11). Esta posición pasiva, receptiva, suele a ser asumida por los jóvenes en un complicado proceso de enajenación. Proceso que en cierto sentido sólo es una continuación, o incluso más, una culminación del proceso educativo. De modo que al finalizar el cuarto medio el orientador pone el broche de oro al periodo de formación escolar, indicando al alumno el camino que éste debe seguir al salir del colegio. Por enésima vez en su historia escolar, el alumno pone en-lo-ajeno su identidad, sus deseos, su historia y su saber de sí y del mundo. Como un modo de superar su inseguridad y su confusión, se somete al diagnóstico del experto "con el beneficio de no pensar más, de no dudar, de no decidirse y de no jugársela en su vida; otros siguen decidiendo por él." (Foladori,1981. Pág. 11). Pero entonces, de que sirven 12 años de escolaridad, si al final el alumno, ni siquiera es capaz de tomar una decisión sobre que hará el años siguiente. Porque según decíamos en el punto anterior, no está permitido pensar a corto plazo, y el sistema oculta al sujeto la posibilidad del error, e insiste en que la decisión que adopte deberá ser para toda la vida.

Para Foladori, el pensar los fundamentos de la práctica de la orientación vocacional, constituye una tarea sin paralelo. El hecho de que está suele practicarse dentro del ámbito educacional, o que incluso afuera de los colegios es concebida a partir de ese marco, implica repensar la orientación a partir de la situación general en que se desarrolla el proceso educativo. Es así como la diferenciación que aquí hemos propuesto entre una orientación vocacional tradicional y otra alternativa, ha estado fundada en una división posible de los sistemas educativos. Ya que aquí también es posible reconocer una "concepción de la educación más tradicional que necesariamente pone el énfasis en lo deseable; a partir de un modelo ideal de cómo el individuo debe ser se intentan toda una secuencia de técnicas a los efectos de modelarlo en dicha dirección." (Foladori,1991. Pág. 6). La ideología liberal e *igualitaria* establece que todos deben aprender lo mismo, compartir los mismo valores e ideales, estudiar de la misma manera, etc. Al final, bajo la idea, falaz, de que todos tendrán las mismas oportunidades, se termina uniformando a los sujetos, lo cual los convierte,

finalmente, en objetos pasivos del proceso educativo. “La forma en cómo el sistema educacional se organiza, muestra a su vez el peso de la formalidad (burocracia) en detrimento del tipo particular de vínculo que se da entre el maestro y el alumno. Así, son más importantes los horarios, la currícula, la prolijidad, el respeto y la obediencia, la planificación y todas las normas que hacen al funcionamiento del sistema que el contenido mismo de un proceso basado en una relación interpersonal particular.” (Foladori, 1991. Pág. 7).

Del mismo modo la relación con el orientador se torna fría y distante, mediatizada por un procedimiento de evaluación, la mayor de la veces masivo, donde su majestad el test pasa a ocupar el lugar central en la relación. A este modo de concebir el proceso educativo, y por extensión el de orientación, se opone una mirada distinta, que sobre supuestos diferentes intenta proponer una nueva forma de educar. Desde esta perspectiva, habitualmente denominada anti-pedagógica, el alumno deja de ser un recipiente vacío que debe ser llenado desde afuera y pasa a ocupar un rol activo, donde la interacción crítica con el medio pasa a ocupar un lugar fundamental. La visión paternalista del proceso educativo es reemplazada por otra en que el alumno se transforma en el verdadero sujeto de su aprendizaje. Foladori resume las propuestas en que se funda esta otra concepción de la educación en cuatro puntos fundamentales.

“1. El proceso educacional no está encaminado a un deber ser que es a todas luces limitativo y represivo del desarrollo de las posibilidades del ser humano; debe partir del propio sujeto más que provenir de afuera. En este aspecto habría que incluir a dos eminentes antipedagogos: Piaget y Freud.

2. La participación de la educación en el desarrollo personal sólo es posible a partir de la conciencia que el sujeto vaya logrando de su entorno, de sus determinaciones; no operar contra el sujeto forzándolo contra su voluntad y su conciencia, sino con él mismo.

3. Este proceso de toma progresiva de conciencia sobre el entorno, no puede ser dado como una información más o como un curso. Solo es posible por medio de la palabra, de la discusión, de la participación verbalizada en los grupos, lugares naturales donde el sujeto se ha desarrollado. Debe ser, por tanto, creado, producido por los sujetos mismos. Carece de sentido el slogan que afirma la necesidad de “concienciar”, donde se cae en una nueva fórmula paternalista y colonizadora. Todo lo que puede hacerse es crear las condiciones de posibilidad (metodológicas y técnicas) para que dicho proceso se pueda producir.

4. Debe sustituirse la escucha pasiva por la intervención activa. El sujeto debe ser un verdadero investigador en su entorno produciéndose un intercambio dialéctico donde la totalidad es abarcada, conceptualizada y modificada en el proceso mismo de aprendizaje. Aprender es poder

operar con el conocimiento que se ha hecho carne, vale decir, introducir modificaciones planificadamente.” (Foladori,1991 . Pág. 8-9).

Bajo esta perspectiva, podemos incluir lo que hemos denominado una modalidad alternativa de orientación vocacional. Según estos supuestos, el concepto mismo de *orientación* resulta inadecuado. Orientar, mostrar el lugar por donde sale el sol, el comienzo del camino, pierde sentido desde el momento en que asumimos que solamente el propio sujeto puede tener alguna noción respecto del que podría ser, en su futuro, su camino. Caminante no hay camino, se hace camino al andar, dice la canción. Del mismo modo tendremos que asumir, como orientadores que no existe un camino preestablecido por el cual debemos encaminar a los sujetos, menos aún, un futuro que podamos predecir. Sino que solamente nos encontramos con sujetos concretos y actuales, quienes poseen una historia y deseos propios y que deben buscar la manera de continuar con su vida, en la sociedad que les ha tocado vivir. Por esto, resulta muy sugerente la propuesta del grupo de Morelos de sustituir el término orientación por el de análisis vocacional. El cual pretende dejar atrás la visión paternalista de la orientación, para desmenuzar, desintegrar para ver claro, subdividir, estudiar los componentes, descubrir los factores intervinientes (Foladori,1981). Es decir, ayudar a los sujetos a tener claridad de la situación que están viviendo, de manera que sean capaces de asumir el desafío que la vida les presenta y tomar en sus manos la construcción su futuro. Esta postura no supone que los sujetos vayan a elegir *libremente* lo que deseen ser como profesionales, sino que el proceso de orientación se centre en los sujetos concretos que en un momento determinado se ven enfrentados a la necesidad de tomar un camino a través del cual continuar su vida. “En suma, la interrogación acerca de las posibilidades de la orientación educacional, deben ser formuladas en cuanto sea posible cuestionar el propio sistema educacional. Suponer que el sistema funciona y por tanto, obligamos dentro de él, a realizar orientación educacional a la manera tradicional, es ignorar la parte más importante del problema.” (Foladori,1991. Pág. 14).

Pero todo cuestionamiento debe estar fundado en un marco teórico que permita sustentar la crítica y presente alternativas en la comprensión y el abordaje de los fenómenos. En este sentido, consideramos que una adecuada teoría de la elección vocacional, constituye un lugar muy importante dentro del marco teórico general que sustenta la orientación vocacional. Teniendo en cuenta esta perspectiva, intentaremos revisar algunos elementos que nos permitan revisar los conceptos tradicionales y proponer algunas líneas de pensamiento y trabajo diferentes.

Metodología

1. Objetivos.

A partir de los elementos que acabamos de exponer, hemos considerado necesario definir dos objetivos fundamentales que pretende alcanzar esta tesis.

1. Revisar la validez del concepto tradicional de elección vocacional a partir de la consideración de los aspectos sociales y psicológicos que determinan el ingreso al mundo laboral
2. Proponer un concepto alternativo que permita comprender más adecuadamente el fenómeno vocacional.

2. El plan de trabajo.

Para alcanzar estos objetivos dividiremos nuestro trabajo en dos etapas. En la primera de ellas consideraremos la validez que puede tener el concepto de elección desde dos puntos de vista. A) Desde lo social, analizaremos 1) de que manera la división social del trabajo ha determinado la distribución profesional a través de la historia. 2) Profundizaremos en la crítica a la noción tradicional de vocación, al tener en cuenta la participación que tiene lo social en la constitución de la vocación. Para terminar revisando 3) algunos de los elementos, que desde el punto de vista social, determinan la elección vocacional. Estos tres apartados nos mostrarán hasta que punto el concepto tradicional de elección vocacional no logra dar cuenta de la complejidad del fenómeno y oculta un complejo sistema de relaciones sociales, permitiendo la reproducción de la estructura social y económica.

Posteriormente, B) revisaremos la validez de este concepto desde el punto de vista de los factores psicológicos que determinan la elección. Esta revisión estará fundada en la perspectiva psicoanalítica, y se apoyará en la revisión de algunos aspectos de los casos que hemos podido conocer en nuestra práctica. Pero asumir esta perspectiva requiere de un modo de trabajo distinto, el cual consideraremos desde sus 1) antecedentes, a partir de la propuesta teórica de Rodolfo Boshoslavsky (Boshoslavsky, 1979). A continuación, como una forma de plantear el marco teórico general acerca de 2) como se elige, revisaremos algunos conceptos psicoanalíticos que permiten

abordar el problema desde una perspectiva diferente a la tradicional. Esto nos permitirá continuar nuestra investigación a partir de las dificultades concretas que nos ha presentado el trabajo con alumnos y la forma en que hemos intentado comprender sus problemáticas.

En una segunda etapa, haremos una recapitulación de lo revisado de manera tal que podamos responder a los objetivos antes planteados. Primero A) 1) resumiremos los aspectos en que la noción tradicional de elección vocacional resulta inadecuada. Para luego establecer el concepto de 2) construcción de la vocación, que consideramos resulta más adecuado y acorde con la realidad concreta del problema. Al final B) consideraremos algunas aplicaciones prácticas que puede tener este concepto para el diseño de programas de orientación vocacional.

Segunda parte

A) La elección vocacional y la determinación social.

1) Una perspectiva distinta para leer el desarrollo histórico de la distribución ocupacional.

Es un hecho reconocido desde hace ya mucho tiempo, que la selección de los acontecimientos que serán tenidos en cuenta para la elaboración de un relato histórico, depende fundamentalmente de la Idea que se tenga acerca del objeto de dicha narración. Por lo tanto, es necesario que aclaremos algunos supuestos que permitan comprender la necesidad de tener en cuenta otra perspectiva del desarrollo histórico de la orientación y de su noción de elección vocacional. Ya que por lo general, este problema es considerado desde una perspectiva que niega el desarrollo que ha tenido la distribución de la mano de obra, o como la llamaríamos hoy en día el '*capital humano*', y la manera es que esta historia determina la aparición del orientador vocacional en la modernidad condicionando sus marcos teóricos. La idea de elección vocacional tradicional, habitualmente esconde una serie de fenómenos históricos y actuales, detrás del supuesto que la distribución profesional en una sociedad, es el resultado de las elecciones que realizan sus miembros al momento de ingresar al mercado laboral. Pero como veremos, este supuesto, no deja de ser más que eso, un supuesto, que no tiene mayor sustento en los hechos, y como intentaremos mostrar más adelante, tampoco en la teoría.

Al comienzo de su libro "Teoría de la orientación profesional" Pierre Naville afirma que: "Es difícil encontrar a un escritor que al tratar el tema de la orientación profesional no comience por citar a Pascal: <<La cosa más importante de toda la vida es la elección de un oficio. El azar lo dispone...>> Generalmente no se sigue adelante. Se saca la conclusión de que el azar es un modo defectuoso de distribución de las profesiones. Hay que sustituirlo por otra cosa, es decir, proceder a una elección natural en función de las aptitudes individuales." (Naville, 1972. Pág. 11). Es así como, *tradicionalmente*, nos encontramos con las ideas que desde Taylor y Parsons han dirigido el trabajo de los orientadores vocacionales. Pero Naville va a proponer una visión distinta del problema, situándose en un lugar que le permite mirar con escepticismo el discurso individualizante de los

orientadores. Para ello este autor desarrolla un análisis de aquellos aspectos, habitualmente, olvidados de la cita de Pascal. Ya que bastará con seguir leyendo para ver como Pascal mismo termina relegando al azar a una posición secundaria respecto de la costumbre y la influencia social.⁶ Fuerzas que sin duda siempre van ligadas y se complementan entre sí, salvo en los escasos momentos en que la insatisfacción social es tan grande que provoca reformas en la costumbre. Pero, además es necesario tener en cuenta el sentido que la palabra costumbre tenía en aquella época; ya que no se refería simplemente a los hábitos, sino que fundamentalmente a los comportamientos sociales (usos y costumbres, derecho consuetudinario), ligados a ciertos grupos. “En una palabra, Pascal se refiere a la división del trabajo en gremios cerrados, delimitados y hereditarios.” (Naville, 1972. Pág. 13). ¿Dónde queda el azar entonces?. Por lo visto, el mismo Pascal ya reconocía un factor que, sin mayor justificación, han soslayado crónicamente los orientadores durante el siglo XX, la influencia de la estructura y la división de los mercados laborales según un orden preestablecido y anterior a los sujetos. Situación que tal vez se deba a que anteriormente, resultaba más notoria la división de las familias en gremios, castas u oficios, lo cual en ningún caso justifica suponer que junto con la desaparición de estos tipos de organización social, hayan desaparecido las determinantes sociales, políticas y económicas de la distribución profesional.

Pero sin duda que el individuo es una de las creaciones más fundamentales de la modernidad (Moscovici, 1985) y como tal se le entregó un lugar preponderante dentro de nuevo cosmos. Con lo cual, los orientadores vocacionales no pudieron sustraerse a la tentación de oponer al azar pascaliano la vocación de cada individuo, un determinado destino que unido al verdadero yo de cada quien, como postula Ortega, determinará el futuro profesional de los sujetos. Pero frente a esta posición, indudablemente cartesiana e idealista, Naville propone tomar muy en serio el lugar que le cabe a las determinantes sociales en su *lucha* contra el azar. “La costumbre es, a un tiempo, la *tradición* y la *inmutabilidad* de las jerarquías... La influencia de la costumbre se ejerce a través de dos canales: la familia y el gremio. Una y otro, identificados aveces, doblegan y limitan la elección del individuo. Y la doblegan en función de unas exigencias que, de manera evidente, pertenecen a otro sector de la actividad humana: las exigencias de la economía y de la sociedad en cuanto tales. Ahora bien, es

⁶ La cita completa de Pascal es: “La cosa más importante de la vida es la elección de un oficio. El azar lo dispone. La costumbre hace a los albañiles, los soldados, los pizarreros. Es un excelente pizarrero; se suele decir, y hablando de los soldados hay quien dice: están chiflados; y otros, por el contrario: no hay nada más grande que la guerra; el resto de los hombres son unos pícaros. A fuerza de oír alabar en la infancia unos oficios y despreciar todos los demás, se elige; ya que naturalmente amamos la virtud y odiamos la imprudencia. Estas palabras nos conmueven, solo pecamos al aplicarlas. Y la fuerza de la costumbre es tan grande que hay países enteros de albañiles y países enteros de soldados. Sin duda, la naturaleza no es tan homogénea. Es, por tanto, la costumbre la que produce tales resultados, porque constriñe a la naturaleza; pero también algunas veces es la naturaleza la que domina al hombre en su instinto, a pesar de la costumbre, buena o mala.

Pascal quien nos lo dice: es esencialmente la costumbre la que decide. Que es como decir que no es el azar –tanto en el siglo XVII como en el XX (y el XXI)- el que decide la elección de un oficio, *sino la estructura y el nivel técnico de la sociedad en cuyo seno se ejerce la actividad de los individuos y de las clases.*” (Naville, 1972. Pág. 14-5⁷). Tenemos así una Idea distinta de lo que ha sido la orientación vocacional y por lo tanto podremos, en base a ésta, considerar otros acontecimientos. Lo cual no implica solamente agregar hechos de tiempos anteriores, sino que considerar algunos, ineludibles acontecimientos del siglo XX, y mirarlos con una lente distinta que la que ha utilizado la orientación vocacional tradicional.

El siglo recién pasado (al igual que todos, seguramente) fue un siglo de guerras, frías o tradicionales. La primera mitad sufrió los embates de dos guerras mundiales, para luego vivir un periodo de *guerra fría*, aunque lo ocurrido en Vietnam, Korea, junto a las intervenciones militares en nuestra América Latina y las naciones africanas, nos recuerdan que el frío solamente fue un privilegio del que disfrutaron los habitantes de las *grandes potencias*. Para finalmente, terminar el siglo con una serie de conflictos militares en Medio Oriente y en Europa del este, los cuales son motivados, claramente, por intereses económicos, ya sea por petróleo o por asegurar el funcionamiento global del sistema de libre mercado. Por lo tanto, resulta muy esclarecedor seguir a Naville cuando analiza brevemente algunas de las consecuencias que tuvo la II guerra mundial en la supuesta *elección* que hicieron los sujetos de sus profesiones, durante esos primeros años del siglo. Digamos antes, que al considerar estos aspectos, no estamos pensando en la condición ideal en que debiera trabajar el orientador. “Sin embargo, antes de preocuparnos de lo que debería ser, es preciso comprender *lo que es (y lo que ha sido)*”⁸... Cualquier otra actitud supone el riesgo, a pesar de las grandes frases y las piadosas intenciones, de dejar a un lado los verdaderos problemas.” (Naville, 1972. Pág. 15).

En Francia, de 1932 a 1937 el mercado de trabajo estuvo caracterizado por una creciente cesantía en diversos campos de trabajo, especialmente aquellos ligados a la producción. Situación que no es muy distinta de lo que ocurre hoy en día en muchos países, por ejemplo en latinoamérica. Para dar una solución a este problema de los parados, la orientación profesional tuvo como tarea, según lo determinaban los decretos gubernamentales: desviar a los jóvenes de las ramas ‘pletóricas’ y orientales hacia las otras, es decir, esencialmente hacia el trabajo agrícola y artesanal (Naville, 1972). Otras medidas consistieron en eliminar a las mujeres del trabajo productivo, extender la escolaridad, readaptar a los cesantes y expulsar a los trabajadores extranjeros. Como podemos ver un panorama

⁷El paréntesis es nuestro.

⁸ El paréntesis es nuestro.

bastante cercano a los que hoy en día podemos ver en todo el mundo (Rodríguez, 1998) a pesar de no vivir en la antesala de un guerra mundial. No debemos olvidar que estos problemas ocurrían en el período entre guerras y la situación de el resto de Europa no era muy distinta, si es que no peor, que la que vivía Francia. Por lo cual no resulta extraño que en los primeros momentos el trabajo experimental de los orientadores haya estado abocado a la construcción de test de habilidades, fundamentalmente para asumir alguna tarea de las que requería la industria de guerra. "El período siguiente corresponde a la preparación y el estallido de la Segunda Guerra Mundial: 1937-39. El Estado toma bajo su protección una parte cada vez mayor de las industrias, redistribuye la mano de obra y desarrolla la producción de las industrias metalúrgicas... Los tests que servían para readaptar a los parados o para improvisar agricultores debían servir para descubrir ajustadores y torneros." (Naville, 1972. Pág. 17). Por la acción estatal, los orientadores se transformaron en seleccionadores y distribuidores de los sujetos en beneficio de la maquinaria bélica que se debía desarrollar. Tengamos en cuenta que la preparación para una guerra, no sólo implica la colocación de individuos en el ejército o en fabricas de armamentos, sino que da lugar a toda una modificación del mercado de trabajo, que tiene como fin suplir a quienes estarán en el frente y mantener al país funcionando de la mejor manera posible para que sobreviva a la guerra. Dentro de este marco no es extraño que la mujer haya sufrido considerablemente, sin estar en el frente, las penurias de la guerra y que de alguna manera haya sido quien sostuvo el funcionamiento de los hogares. Como consecuencia de esto, las trabajadoras emigraban desde la costura y la mecanografía hacia los transportes y la mecánica (Naville, 1972). Fenómeno que no sólo fue posible apreciar en Francia. En Alemania se produjo una impresionante movilización de masas, las cuales eran obligadas a trabajar. "Las administraciones oficiales han anunciado que en 1943 eran ya 12 millones los hombres y mujeres que eran enviados a trabajar por la fuerza en Alemania: solamente una parte de ellos fue empleada de acuerdo con su especialidad anterior. En la primavera de 1943, 1.900.000 personas (de las cuales 1.200.000 eran mujeres) que trabajaban en el comercio fueron trasvasadas a la industria de armamentos alemana." (Naville, 1972. Pág. 20). Y las cifras continúan, mostrando como en la mayor parte de los países europeos se producen importantes cambios en la distribución de los trabajos, teniendo como una constante, el que las mujeres pasan a ocupar la mayor parte de los puestos de trabajo que antes eran llenados por los hombres. Sin considerar que en muchos casos gran parte de estas mujeres no poseían ninguna formación profesional y no estaban acostumbradas a las exigencias que habitualmente imponía el trabajo industrial. De más está mencionar el efecto que estos sucesos tuvieron para la posterior consolidación de los movimientos feministas y la incorporación de la mujer

como una fuerza de trabajo importante dentro del mercado laboral, que M. L. Rodríguez destaca como uno de los elementos que deben ser tenidos en cuenta en la labor de orientación en el siglo XXI.

Respecto de estos cambios, solamente nos queda resaltar un hecho más que evidente. Así como la mujer sufrió las transformaciones del mercado laboral, “todos estos desplazamientos de mano de obra impuesto por la guerra están coronados por un fenómeno fundamental: *la transformación de la mayoría de los jóvenes en soldados.*” (Naville, 1972. Pág. 22). Y destacamos este hecho, que es por todos conocido, para mencionar que estamos de acuerdo con Naville cuando menciona que este proceso de preparación para la guerra, no desaparece con el término de ésta, sino que se continúa menos evidentemente en los tiempos de paz. Problemática que conocemos de sobra todos los hombres de nuestro país, quienes debemos cumplir con el servicio militar obligatorio, o eludirlo, *sacándose*, mediante las más ingeniosas estrategias; ya que al fin y al cabo, no faltará la ocasión en que para optar a un trabajo o a una beca de estudios se nos exija tener nuestra *situación militar al día*. Incluso, la orientación no debe dejar de tener en cuenta que la única opción que tienen muchos de los jóvenes chilenos de escasos recursos de obtener una capacitación profesional, e incluso terminar su escolaridad, es hacer el servicio militar, al cual ingresan, hoy en día, *voluntariamente*. ¿Qué querrá decir en este caso *voluntariamente?*, ¿puede suponerse en ellos una *vocación* militar? cuando la misma publicidad que llama a inscribirse en los cantones de reclutamiento destaca todas las posibilidades que tienen los sujetos de desarrollarse más allá de lo militar. ¿Por qué no se ofrecen estas mismas opciones, a los mismo sujetos, sin que tengan que pasar por la disciplina militar? Son preguntas que no deja de ser importante plantear a quienes se encargan de las instituciones que marcan el desarrollo de los adolescente en Chile. Pero bueno, no abordaremos acá estos problemas, sólo queremos destacar que no resulta trivial para una gran parte de la población joven de nuestro país el tener que cumplir con dicho reclutamiento, situación que no debe ser, irresponsablemente, olvidada por los orientadores vocacionales.

Al considerar estos lamentables sucesos de la historia universal, como la del desarrollo concreto de la orientación vocacional, se nos impone la necesidad de ampliar la mirada y comenzar a considerar, de manera preponderante, las determinantes sociales que influyen en los procesos de distribución de los seres humanos en el mercado de trabajo. En este sentido, Naville llegará a decir que “la historia de la orientación profesional no es más que la historia de la división del trabajo, es decir, de un proceso a través del cual los elementos de liberación del trabajo, nacidos del progreso técnico son constantemente negados, transformados en su contrario, es decir, en un esclavizamiento

más minucioso del hombre a su oficio.” (Neville, 1972. Pág. 29). Bajo esta perspectiva, el autor nos propone revisar algunos momentos de la historia de la división del trabajo y su relación con la orientación vocacional que permiten sostener la validez de su propuesta. Lo cual nos pone en una perspectiva distinta a la adoptada por los orientadores tradicionales que sólo consideran lo ocurrido en la modernidad, ya que nos entrega una visión distinta de la función que ha cumplido históricamente el orientador, en tanto intenta dar solución al problema de la distribución de los hombres en las distintas modalidades de trabajo que están disponibles en una sociedad particular.

1.i) *Los primitivos.*

Es evidente que la división del trabajo es un componente de la estructura en que se fundan las relaciones humanas, que está presente desde los más antiguos modos de organización social que conocemos. Desde los tiempos más ancestrales, en toda cada clase de pueblos primitivos existían ocupaciones concretas: sacerdotes, guerreros, herreros, alfareros, etc., asociadas a aptitudes especiales y que requerían del conocimiento de alguna tecnología o saber (Neville, 1972). Pero, si se mira con mayor detención, rápidamente se comprueba que el problema de las aptitudes, tan caro para la teoría de la orientación moderna, solamente ocupa un lugar secundario, y en ningún caso determinante en el momento en que un individuo se integraba al mundo del trabajo. Por lo general, el principal determinante, en este tipo de decisiones, tenía un fundamento socio-religioso y muchas veces la *elección vocacional* era efectuada por terceros, mucho antes que se manifestara alguna aptitud o habilidad en el sujeto. Por ejemplo, solía ocurrir que eran los padres quienes, al nacer su hijo, escogían el oficio en que éste trabajaría. Y posteriormente desarrollaban toda una serie de procedimientos, mágicos o pedagógicos, para que el niño llegara a ser un buen practicante del oficio que ellos habían escogido para él. “Así, Frazer nos informa que en una de las islas Carolinas se coloca el cordón umbilical del recién nacido en una concha, que luego se expone de la manera más adecuada para que haga al niño lo más apto posible en el desempeño de la carrera que han escogido para él sus padres; por ejemplo, si se quiere que el niño llegue a ser pescador, se coloca el cordón umbilical en una piragua.” (Neville, 1972. Pág. 32). De la misma forma, las aptitudes no son tenidas en cuenta, o son consideradas solamente en relación con las concepciones religiosas de los pueblos, cuando se divide a los hombres y mujeres encargando a éstas todas aquellas tareas relacionadas con el cultivo, mientras que los hombres se encargan de la caza. División que se funda en el hecho de que en la

mayor parte de las sociedades primitivas la mujer representa el principio de la fecundidad. Es así como la creencia religiosa, por muy absurda que sea, fue creando condiciones objetivas de división del trabajo, en la medida en que estaba unida a la estructura misma de la sociedad (Neville, 1972).

Otro elemento que adquiere un papel fundamental en la posibilidad que tenían los sujetos de acceder a un determinado oficio, y que tal vez fue el de mayor importancia, era la pertenencia a un determinado grupo social. De hecho, la mayoría de los estudios muestran que, incluso en aquellos pueblos en que la división de las técnicas de trabajo era muy difícil de definir, la diferenciación en rangos sociales imponían rigurosas normas para el desarrollo de alguna actividad u oficio; del mismo modo las diferencias de raza también resultaban muy influyentes. Por lo general eran las diferencias en *la cuna* las que determinaban destinos profesionales particulares: “En la sociedad sudanesa, por ejemplo, se puede ver una clara diferenciación entre los nobles, los siervos bastardos de los señores, que son trovadores y curtidores, y los esclavos, que son herreros; a su lado existen pequeñas corporaciones de artesanos.” (Neville, 1972. Pág. 34). De este manera, fueron apareciendo diferenciaciones que reservaban a ciertos clanes, familias o incluso individuos la práctica de una función determinada. Junto a lo cual se instauró una normativa muy particular, que establecía la posibilidad de que estos privilegiados mantuvieran en secreto las técnicas que resultaban cruciales para la producción de un determinado elemento o para el desarrollo de una función. Habitualmente estos *secretos* pasaban de padre a hijo, de tío a sobrino, o en algunas situaciones particulares a quién fuese escogido por *el maestro* para ser *iniciado* en su arte. Estas costumbres estaban tan arraigadas en las creencias del pueblo y en el ordenamiento que daban a su sociedad, que incluso podía perjudicar el normal desarrollo de la vida económica; por ejemplo, lo ocurrido en el estrecho de Torres, donde la desaparición en 1896 de una familia bastó para dejar a toda la región sin canoas (Neville, 1972)⁹. Con lo cual podemos ver que la consideración de las aptitudes o intereses de los individuos, no tenían, prácticamente ninguna relevancia al momento de decidir la profesión que ejercerían en sus vidas. Antes estaban los designios de los dioses o la pertenencia a un grupo social, por lo cual el trabajo de *orientación* quedaba en las manos de los padres o los sacerdotes, lo que sin duda dejó una considerable marca en la manera en que siglos más tarde se realizará la práctica de la orientación.

¿Cuán distinta puede ser la imagen del mago que provisto de una bola de cristal puede ver más allá que los otros, de la figura del psicólogo que provisto de su batería de tests descubre los verdaderos intereses y habilidades de un sujeto? Si duda que en la orientación profesional de nuestros

⁹ Para quién se interese por los problemas asociados a estas costumbres recomendamos la película: “El señor de las mascararas” que constituye un hermoso relato cinematográfico del los tiempos en que estas tradiciones comienzan a entrar en crisis.

días ha desarrollado una gran cantidad de técnicas y procedimientos que van paulatinamente distanciándose de las prácticas mágicas de la antigüedad. Pero tal vez, el proceso de secularización debió haber tenido como primer objetivo la evaluación de los fundamentos que inspiraban aquellos procedimientos que hoy en día descartamos por tener un carácter mágico o esotérico, en vez de suponer que el problema estaba en los procedimientos mismos.

2.ii) *La india y el sistema de castas.*

Estas estructuras sociales que normaban la división del trabajo, tienen su expresión más significativa y acabada en el sistema de castas, del cual la sociedad India es el ejemplo más representativo. Este sistema dividía la sociedad en 4 estamentos, los cuales delimitaban de manera radical las funciones que cada hombre podía y debía realizar. Dejemos al mismo Gandhi que nos ofrezca un panorama global y claro de este sistema de castas, así como de la profundidad con que estaba arraigado en las creencias del pueblo, incluso de sus revolucionarios. "El sistema de castas es, a mi parecer, inherente a la naturaleza humana, y el hinduismo se ha limitado a hacer de ello una ciencia. En realidad está establecido por el nacimiento. Un hombre no puede tomar la decisión de cambiar de casta. No atenerse a su propia casta es querer rechazar las leyes de la herencia. A pesar de esto, la subdivisión en innumerables castas es una libertad injustificada que nos hemos tomado con la doctrina. Las cuatro grandes divisiones son perfectamente suficientes... Estas cuatro divisiones definen la profesión del individuo... Todos los hombres han nacido para servir en la creación de Dios, un brahmán mediante la ciencia, un *ksatrya* (protector, guerrero) con su poder de proteger, un *vaishya* con su habilidad en el comercio, un *shúdra* con su trabajo manual. Sin embargo, esto no significa que un brahmán por ejemplo, esté dispensado de su trabajo manual o de protegerse a sí mismo o a otro. **Por su nacimiento** un brahmán es ante todo, un hombre se saber, el más preparado **por su herencia y por su educación** para instruir a los demás. Sin duda, nada impide al *shúdra* adquirir todos los conocimientos que desee, pero con su cuerpo es como mejor servirá, y **no tiene necesidad de envidiar a las otras castas sus facultades especiales...** Aunque las comidas en común o los matrimonios mixtos no afecten a este sistema, el hinduismo recomienda a unos y a

otros, muy formalmente, que eviten las relaciones entre subdivisiones diferentes.”¹⁰ (Gandhi, citado en Naville, 1972. Pág. 40-1).

Como podemos ver, bajo un sistema como el de castas, no es concebible, desde ningún punto de vista la posibilidad de que un individuo pueda escoger, en base a alguna razón particular, el tipo de oficio que desea practicar. Para Naville, este modelo de sociedad y su fundamentación, no es más que una forma de enmascarar un complejo sistema de dominación social, donde las jerarquías están profundamente establecidas y, junto con ellas, los beneficiarios principales del modo de relación. Pero no debemos olvidar, que como el mismo Naville subraya, las creencias, por muy injustificadas y absurdas que resulten, determinan en algún grado la estructura social. Porque, como explicamos entonces la figura del *paria*, en la sociedad India. Estos constituían un sexto de la población total de la India, y sin embargo no tenían lugar alguno en la metafísica que sustentaba la ordenación de la sociedad. Por el contrario, estaban excluidos al punto que si eran tocados por algún sujeto, éste corría prontamente a purificarse. Sus oficios, llegan a ser tan indignos, que en general son casi *inconfesables*. ¿Quiénes eran estos *parias*? No eran otros que curtidores, zapateros, matarifes, y en general todo aquel que trabajaba con cueros o cadáveres de animales, por lo cual eran considerados un desecho de la humanidad (Naville, 1972). Qué otra justificación podría encontrarse para esta diferenciación entre quienes trabajan con animales muertos y los que lo hacen con plantas muertas o minerales, que el valor que los hindúes entregan a animales como las vacas, por ejemplo. Cualquiera sea el caso, el sistema de castas, a pesar de ser más tardío en la historia, no nos presenta un panorama distinto, respecto de la elección y distribución de los trabajos y oficios, que el que encontramos en los pueblos primitivos. En ambos casos, las habilidades e intereses de los individuos, juegan un rol, prácticamente inexistente, siendo la pertenencia a una clase social, o incluso a una familia o clan, el pilar fundamental en que descansa la distribución de los hombres en la estructura productiva.

En la antigüedad occidental, la situación no fue radicalmente distinta. Del mismo modo que en otras sociedades, como la egipcia, en la sociedad helénica las aptitudes individuales no desempeñan un papel significativo. Propiamente hablando, no existen. La mayoría de los obreros eran esclavos, que trabajaban en talleres y almacenes: mineros, canteros, herreros, por ejemplo. El trabajo servil era la forma normal de la mano de obra industrial, que el propietario alquilaba como una máquina o instrumento (Naville, 1972). De manera tal que ni siquiera en aquellas culturas que admiramos por su desarrollo espiritual, la división del trabajo se realiza en base a una política igualitaria. Situación que vuelve a dejar de lado la importancia de las características individuales de los

¹⁰ Las negritas son nuestras.

sujetos; ya sean sus gustos o habilidades. Tal vez, el único cambio que podemos notar es el que se produjo en Roma, donde fue el Estado quien tomó, progresivamente, a su cargo los colegios y corporaciones (Neville, 1972). Pero finalmente, este Estado terminó confiando cada uno de los trabajos a una determinada agrupación de ciudadanos, por lo cual también aquí la distribución de los trabajos se sustenta en la distribución social.

2.iii) *La Edad Media.*

Hemos considerado hasta ahora la forma en que la división de las clases sociales determinaba la distribución profesional de los hombres en el mundo antiguo. Y como hemos podido observar, desde los tiempos más ancestrales, la consideración de las aptitudes y los intereses individuales, posición defendida por la mayoría de las escuelas modernas de orientación, estaban subordinados a otra serie de determinantes, tales como los designios divinos o la posición social. Con la llegada de una nueva etapa de la historia, era posible suponer un cambio en la forma de distribuir a los hombres en el mercado de trabajo. “La descomposición económica del mundo antiguo provocó lentamente la aparición del mundo feudal, del cual surgirá la civilización propiamente capitalista. Pero si hay algún principio que permanece intacto a lo largo de esta transformación es, desde luego, el de la primacía de los cuadros sociales sobre los cuadros técnicos, de los privilegios de casta sobre las capacidades individuales.” (Neville, 1972. Pág. 46). De todas maneras, a pesar de esta continuidad, en esta época se produjo un cambio que iba a ser determinante para la futura estructura de la distribución del trabajo. Producto del desarrollo en las técnicas, las familias o castas comienzan a perder sus privilegios y empiezan a emerger los gremios. Estos gremios serán quienes en el futuro posean los secretos de producción y con esto, en muchos casos, el monopolio en la comercialización de sus productos. Las castas fueron perdiendo su lugar en la estructura social a favor de los estamentos. La familia, fue pasando a un segundo plano en beneficio de los gremios, al punto que “las condiciones mínimas para llegar a ser aprendiz terminan por reducirse a tener la edad mínima, variable según los oficios, pero por lo general fijada en doce años.” (Neville, 1972. Pág. 46). ¿Qué aptitudes o habilidades específicas podían ser detectadas a esa edad? No muchas seguramente, menos aún con el escaso desarrollo de una tecnología psicométrica. Con lo cual, podemos pensar que finalmente la selección de los aprendices seguía obedeciendo a las viejas leyes que determinaban el ordenamiento laboral en el mundo antiguo. O en su defecto obedecía, a alguna motivación subjetiva del maestro,

como por ejemplo ocurrió en el caso de la selección de sus aprendices por parte de Leonardo (Freud, 1910).

Progresivamente durante la Edad Media, se fue produciendo una continua evolución en las técnicas de producción en los talleres y manufacturas, lo cual fue exigiendo continuamente un mayor interés por la búsqueda de una mano de obra adecuada. Sin embargo, no existió mucha claridad respecto de cuáles podrían ser las habilidades correspondientes a cada trabajo. Pero la continua emergencia de una nueva clase social, asociada a la producción, fue el cambio más significativo que se produjo en dicho período. El sostenido avance de la burguesía y su capacidad para transformar los sistemas productivos, de manera tal, que la antigua estructura de la sociedad no fue capaz de contener su ineludible llegada al poder, fue sin duda la característica más notoria de los últimos años de la época. Pero esto no significó en ningún caso un cambio significativo en la división social del trabajo. El proceso revolucionario de 1789 contra la aristocracia y los privilegios y la estructura de las corporaciones tiene, ya se sabe, un contenido de clase y no un contenido universal. "En el fondo, no se trata en absoluto de permitir al <<hombre>>, independiente de su condición de obrero, de campesino o incluso de burgués, instruirse y escoger un oficio *según sus capacidades*, sino de permitir que los elementos más poderosos, más emprendedores y más ricos de la burguesía se hicieran cargo de la dirección política de la sociedad." (Naville, 1972. Pág. 50). Desde aquellos tiempos la libertad profesional ha estado íntimamente ligada al acceso a una clase social superior. El ascenso de la burguesía generó así el reemplazo de una clase social por otra en los ámbitos del poder, más que un cambio en la estructura social. De hecho resulta muy interesante lo que destaca Naville en relación a la Declaración de los Derechos Humanos. Está estableciendo que todos los hombres eran iguales y por lo tanto igualmente admisibles a todas las dignidades, cargos y empleos *públicos*, según su capacidad, y sin más diferencias que las de sus virtudes y sus talentos. En el texto quedaba excluida toda mención respecto de la igualdad de los hombres en relación con el ejercicio privado de una profesión. Ahora bien, en un primer momento podríamos considerar esto como una omisión, originada en el entendido de que lo mismo valdría para aquellos que trabajaran en el ámbito privado. Pero en ningún caso era así. Los comienzos de la formación de la clase obrera en los albores de la modernidad, es bastante más oscura de lo que solemos conocer y en muchas ocasiones estuvo ligada a una serie de leyes que regulaban las condiciones de trabajo en las fábricas, que en ningún caso tenían un carácter igualitario y liberador. Por ejemplo ocurría que en Francia la ley Le Chapelier "prohibía a los obreros toda asociación, hermandad y coalición temporal, incluso cuando no tuvieran por objetivo el monopolio y los privilegios de una fabricación o de una industria particular". (Naville, 1972. Pág. 52).

Este último aspecto, no puede perderse de vista, ya que como lo demuestra el trabajo de Darío Melossi y Massimo Pavarini (Melossi y Pavarini, 1987) titulado "Cárcel y fábrica", los orígenes de la distribución de la mano de obra en los albores de la modernidad, tienen una historia bastante más oscura que la que habitualmente estamos acostumbrados a reconocer. Ya que en aquellos primeros momentos de la revolución industrial, la clase trabajadora no solamente debió someterse a los pautas establecidas por la estructura social al momento de ingresar a algún trabajo. Sino que incluso se vio amenazada con la cárcel en los casos en que las personas no estuvieran dispuestas a dejar sus antiguas labores del campo para incorporarse a las fábricas. "La secularización de los bienes eclesiásticos que siguió a la Reforma, en Europa continental y en Inglaterra, tuvo el doble efecto de contribuir a la expulsión de los campesinos de los fundos de propiedad de la iglesia y a dejar sin sostén alguno a todos aquellos que vivían de la caridad de los monasterios y de las ordenes religiosas,... y, por otro lado, el desarrollo económico, y en particular de la manufactura, absorbe cada vez más fuerza de trabajo procedente del campo." (Melossi y Pavarini, 1987. Pág. 31). De alguna manera, los procesos de transformación tecnológica de los medios de producción siempre estuvieron un paso delante de las aptitudes y los intereses de los trabajadores. Cómo podría haberle interesado a un campesino, que por años ha trabajado la tierra, y que tal vez nunca ha estado en la ciudad, alguna de las ocupaciones que se ofrecían en las fábricas modernas. O como nos dice Naville, que aptitudes podría haber desarrollado a lo largo de su vida, que le permitieran adaptarse de manera adecuada al trabajo junto a las máquinas. La verdad es que la posibilidad de elección que en general tuvieron los proletarios durante los primeros años de la modernidad, fue realmente nula, y en este sentido las teorías tradicionales de la orientación no hacen más que ocultar un problema con profundas raigambres históricas y que pone en un lugar bastante complejo a la figura del orientador. En aquellos tiempos, el psicólogo en la fabricas, se transforma en la cara amable de la explotación irracional y de la adaptación forzada de los campesinos al trabajo industrializado (Mora y Vázquez, 1987), como sin duda ocurre también en nuestros días con otro tipo de trabajadores.

A través del discurso científico, los orientadores debieron justificar una manera de proceder que en nada responde a los problemas y necesidades de los sujetos a quienes dice orientar. Muy por el contrario, de una manera más sutil y encubierta concluye la tarea que otras instituciones sociales habían comenzado. Es decir se hace cargo de un determinado *encargo* social, que le obliga a distribuir la masa de proletarios que había logrado acumular el sistema carcelario surgido hacia el final de la Edad Media.

Durante los años de 1530, en Inglaterra, el vagabundeo había alcanzado niveles preocupantes, situación que motivó las protestas de la Iglesia. Ante esto, el rey permitió a los integrantes del clero utilizar el castillo de Bridewell para recoger a los vagabundos, los ociosos, los ladrones y los autores de delitos menores. “La finalidad de la institución, conducida con férrea mano, era la reforma de los internados por medio del trabajo y de la disciplina. Además estaba concebida para desanimar a otros del vagabundeo y de la ociosidad, así como para asegurar, de modo no secundario, su propio mantenimiento.” (Melossi y Pavarini, 1987. Pág. 32). La cesantía se transformó paulatinamente en un delito, por medio de las figuras del ocioso y del vagabundo, y estas cárceles o *houses of correction*, comenzaron a multiplicarse por toda la isla hasta llegar a Europa continental. Las casas de corrección, que fue el modelo que se extendió a toda Europa, podían servir, tanto para dar trabajo a los desocupados, como para obligar a trabajar a quienes se rehusaran a hacerlo. Pero ¿qué significaba negarse a trabajar? “Una serie de leyes publicadas entre el siglo XIV y el XVI establecían una tasa máxima de salario arriba de la cual estaba prohibido pactar (y penalmente sancionado); no había ninguna posibilidad de contratación colectiva de trabajo: y hasta se llegó a determinar la obligación del trabajador de aceptar el ofrecimiento del primero que le pidiera trabajar.” (Melossi y Pavarini, 1987. Pág. 33). De manera tal que la aparición de la cárcel, como la conocemos hoy en día, estuvo íntimamente ligada a la necesidad de educar a las masas de obreros en la disciplina capitalista de producción, y de transformar al campesinado en una importante masa de proletarios acumulada como fuerza de trabajo disponible para la industria moderna. ¿Podemos pensar que esta acumulación de mano de obra, por asociación a la acumulación del dinero y la propiedad, permitirá comprender los orígenes del concepto, tan en boga en nuestros días, de *capital humano*? Creemos que no resulta un hipótesis tan arriesgada.

Luego de esta breve revisión de la historia de la orientación vocacional, y la distribución profesional, vista desde una perspectiva diferente a la que suelen considerar los teóricos de la elección vocacional, podemos preguntarnos entonces: ¿dónde queda el sujeto, con sus intereses y aptitudes, dentro del complejo sistema de relaciones económicas en el que desarrolla su trabajo? ¿tiene alguna posibilidad de elegir su vocación? Porque no nos es posible dudar del hecho que al menos en sus comienzos, el orientador vocacional no fue otra cosa que un seleccionador de operarios. Es decir, que como plantea Naville, la orientación vocacional moderna puede ser considerada como una más de las creaciones del sistema de producción capitalista, y en ultimo termino su tarea no consistía sino en seleccionar los sujetos más adecuados para realizar un trabajo;

antes que buscar los trabajos más adecuados para que un sujeto los realice. En el fondo, en el caso de la orientación vocacional tradicional, la palabra sujeto carece absolutamente de sentido si la aplicamos a quién es evaluado por el orientador. Ya que si miramos con mayor cuidado, los individuos terminan convirtiéndose en los objetos del proceso de orientación; que tal vez debiéramos llamar directamente proceso de selección y distribución. Ya que en definitiva y a pesar de su discurso liberal y humanitario, el orientador no hace más que derivar a los individuos, según ciertos parámetros establecidos por el sistema social a través de la economía política y las teorías vocacionales, a los trabajos que en un momento requieren de mano de obra calificada.

2) El problema de la vocación y su relación con el llamado de la sociedad.

La concepción metafísica de la vocación que exponíamos anteriormente a partir de Ortega, suele ser el otro determinante, que junto a la voluntad individual, es considerado como el fundamento de la elección vocacional. Pero esta noción, también a sido puesta en duda por aquellos que intentan abordar el problema poniendo en relación al individuos con la sociedad. Lo cual nos lleva, necesariamente a buscar una fundamentación distinta para este concepto, si queremos seguir utilizándolo en la práctica de la orientación. Muchos autores han propuesto sustituir el término vocación por el de profesión u ocupación, en tanto consideran que estos términos no poseen la fuerte carga ideológica que contiene el de vocación. (Rodríguez, 1998. Naville, 1972). Pero creemos que esta perspectiva puede ser un tanto injustificada, ya que corre el riesgo de perder de vista el que hecho que todo ser humano, por mucho que la sociedad lo enajene de su trabajo, busca en el algo más que la obtención de una remuneración. En tanto vocación puede ser entendido como un concepto que nos habla de un *más allá*, un deseo implicado en la realización de todo trabajo humano. Pero discutiremos más adelante este problema, en tanto que ahora consideraremos algunos aspectos de la crítica a la visión tradicional de la vocación.

Para Gabriel Castillo, uno de los teóricos vocacionales más importantes que ha tenido el medio nacional y que en primer momento recoge la propuesta metafísica de Ortega, esta teoría tradicional hierra al perder de vista la relación que tiene el 'llamado vocacional' con las determinantes históricas en que se da dicho llamado. A diferencia de Ortega, quién plantea una relación autorreferente del ser humano con su vocación, Castillo establece que: "No hay que olvidar, por otra parte, que junto a las voces de la intimidad están las voces del mundo exterior, de la comunidad a que se pertenece." (Castillo, 19. Pág. 1975). De esta manera podríamos explicamos el término que habitualmente se utiliza para agrupar a un determinado conjunto de artistas. En los casos que por ejemplo hablamos de *generación del 98 o del 20*, etc, término que denota la relación que guarda la obra de dichos autores con la realidad concreta de un período histórico. En este sentido, el autor plantea que dichos términos "no son sino enfatizaciones del poder que el marco histórico ejerce sobre el destino de un grupo hombres." (Castillo, 1975. Pág. 20).

El poder que la influencia histórica puede ejercer en la producción intelectual ha sido uno de los aspectos históricamente olvidados por los estudiosos tradicionales de la vocación. Esta perspectiva suele estar ligada, más que a trabajos realizados por orientadores, a los estudios publicados por filósofos o psicoanalistas, quienes, en un principio, debieron enfrentar una

importante crítica al presentar sus ideas. Por lo general, el sentido común suele reaccionar con bastante indignación estos trabajos, suponiendo que el autor no aspira sino a <<ensuciar lo esplendoroso y arrastrar por el polvo lo excelso>> (Freud, 1910. Pág. 59). Esta postura que suele negar las influencias sociales e históricas que determinan a los nobles espíritus de la historia, no hace sino impedir que se pueda desarrollar una adecuada investigación acerca de los orígenes y los fundamentos de la vocación. Por eso, debemos reconocer que la lectura del trabajo que Werner Jaeger realizó acerca de Aristóteles (Jaeger, 1923), fue uno de los agentes que motivó nuestro interés por los problemas vocacionales. En el prefacio que el autor escribió para la edición alemana de su obra existe un frase que desde un principio llamo nuestra atención y que sólo en estos momentos comenzamos a comprender en toda su magnitud. En este al momento de explicar los objetivos de su estudio Jaeger nos dice: "La intención del autor no es, sin embargo hacer una aportación a la filosofía sistemática, sino **proyectar luz sobre aquella parte de la historia del espíritu griego conocida bajo el nombre de Aristóteles.**" (Jaeger, 1923. Pág. 9). Pero, que puede querer decir esto de hablar de Aristóteles, no como una persona, sino que como la **parte de la historia del espíritu** de un pueblo. Acaso los seres humanos no somos sujetos libres e independientes de la sociedad. Al parecer no, menos aún en lo que se refiere a la vocación, y como destaca el autor, el hecho de que haya sido Aristóteles el primer pensador que se forjó al mismo tiempo que su filosofía un concepto de su propia posición en la historia, lo pone a la cabeza de un nuevo genero de conciencia filosófica, más responsable e íntimamente complejo (Jaeger, 1923). No queremos decir que en Jaeger exista una superación de la idea metafísica de vocación, ni siquiera hay en su texto una reflexión explícita acerca de este problema, pero si nos muestra que incluso para cierta filosofía, la relación entre el momento histórico concreto que vive un autor resulta fundamental para la comprensión de su obra, en tanto ésta es el reflejo de dicho período.

Pero Castillo va un poco más allá y especifica que el hombre, desde que nace, tiene un contorno que enmarca su proyecto de vida, lo alimenta, lo configura. En un principio será sólo la madre y los espacios confusos de la pieza en que se halla su cuna. Será después todo el hogar y la familia. Se agregará luego la calle, la maestra y la escuela. Después el grupo, las instituciones, la localidad, las personas. Luego el país. (Castillo, 1975) De esta manera, el papel que podrían jugar los dioses o los genes es puesto en un lugar diferente, en tanto las relaciones que el sujeto establece con los otros, desde su nacimiento hasta la adultez, desde los contactos más íntimos al marco global de la nación, pasan a ocupar un rol fundamental en el desarrollo de la vocación. De esta manera, para Castillo "la vocación se encuentra en la conciliación entre las necesidades individuales y las

necesidades de la sociedad, entre un destino que viene de la intimidad y un destino que viene de la realidad histórica.” (Castillo, 1975. Pág. 21). Lamentablemente este autor no profundiza en el modo que esta influencia *externa* determina o configura la vocación, o para decirlo de otra manera: “¿cuál es, históricamente, en el individuos, su modo de surgimiento y de subjetivización?” (Laplanche, 1980. Pág. 21).

En una perspectiva parecida a la de Castillo, se coloca Fernando Etchegaray. Este autor, discípulo de Castillo, va a proponer un concepto de vocación que la divide en 6 vocaciones, que interactuando entre si conformarían el llamado que finalmente determinaría la elección. En este caso, la teoría supone que el ser humano configura su proyecto de vida como una respuesta al llamado de seis dimensiones vocacionales.

- Vocación profesional: es el llamado que hacen, tanto las necesidades de supervivencia, como la necesidad de incorporarse a la sociedad como un ente productivo.
- Vocación sexual: que viene a ser el llamado que hace otro que propone al sujeto compartir un proyecto de vida común. Llama la atención, que en este sentido no aparezca referencia alguna a la necesidad de experimentar placer sexual. Situación que podemos entender a partir de la fuerte inspiración católica del autor quien además considera que este llamado se funda en uno principal que es el de la necesidad de procrear.
- Vocación Paternal o Maternal: que es el llamado que cada ser humano recibe para continuar la especie y trascender en el tiempo a través de los hijos.
- La vocación filial: que está directamente relacionada con la anterior, en tanto todo padre es a su vez hijo de otros, y por lo tanto debe responder a los llamados de la pareja parental. Aspecto muy destacable de esta propuesta, salvo por su perspectiva idealista de la relación y las demandas que la familia suelen hacer a sus hijos, que como nos han demostrado diversos autores, lamentablemente, muchas veces tienen bastante poco de ideales.
- Vocación amical: que viene a ser el llamado que los amigos y el grupo de pares más cercano hace al individuo. La respuesta adecuada a este llamado permitiría vivir ‘sana y alegremente’.
- La vocación política: es el último de los llamados. Y constituye el llamado que la sociedad realiza a cada sujeto para que participe de la construcción y la realización de una constitución que regule los destinos de la nación.

(Etchegaray, 1995).

Esta propuesta está atravesada por una fuerte inspiración católica, que lleva al autor a caer en la perspectiva tradicional que considera el problema vocacional desde un punto de vista ideal,

proponiendo un concepto que especifique lo que *debería ser*, más que la realidad concreta que viven los sujetos. Como podemos ver, los dos autores que acabamos de mencionar incurren en una práctica que desde nuestra perspectiva resulta inadecuada: proponer un contenido metafísico al llamado vocacional, sin tener en cuenta la realidad concreta de los individuos. Por ejemplo, la noción de vocación política pierde completamente de vista la situación de aquellos que hemos vivido bajo la autoridad de regímenes totalitarios como el de Pinochet, donde para nada estaba claro que la sociedad, en su conjunto, nos llamaba a participar de la redacción de una constitución. De todos modos nos parece rescatable la importancia que tanto Castillo como Etchegaray atribuyen a los factores sociales, y a las relaciones parentales, en la constitución del llamado vocacional. Más adelante veremos como el psicoanálisis nos aporta una perspectiva diferente que al develar los mecanismos mediante los cuales se produce la influencia del medio social y familiar, nos permite superar esta perspectiva, y proponer métodos de intervención más adecuados a la realidad de los sujetos.

Una perspectiva distinta es la que Pierre Naville (Naville, 1972) nos ofrece acerca del concepto: vocación. Este autor también destaca el lugar fundamental que juegan las determinaciones sociales, pero desde su perspectiva considera que este concepto resulta inadecuado para abordar el problema, calificando de inverosímil su teoría (Naville, 1972). Perspectiva que seguramente surge como una respuesta a las visiones idealistas de este término. Al mismo tiempo que se constituye como una alternativa a la idea de una determinación genética de las aptitudes. Propuesta con la cual ya anteriormente mostramos nuestro acuerdo.

“Basta con abrir cualquier periódico francés de estos últimos años para darse cuenta de que los redactores no conciben en absoluto la elección de un oficio como algo al margen de una <<vocación>>. Hay que <<susitar las vocaciones>>, repiten constantemente... ¿Y qué vocaciones son éstas? Por regla general se refieren a los oficios nobles o considerados como tales, aureolados de gloria intelectual o de brillantez artesanal. Con menos frecuencia hablan de vocación en el caso de los peones de la industria química, los estibadores, los cargadores de muelle, los criados, los guardias de prisiones, las lavanderas, los poceros, que no producen grandes obras de arte, pero sufren penosamente en su esfuerzo por borrar la suciedad, la fealdad y la degradación.” (Naville, 1972. Pág. 123). Esta perspectiva nos pone de lleno en uno de los problemas más complejos relacionados con el uso del término vocación. Ya destacábamos de que manera, las teorías de Castillo y Etchegaray, postulan una visión idealista del problema. Porque incluso en nuestro país, se suele hablar de vocación en el caso de los médicos, o de los profesores, pero nadie piensa que un llamado interno y

trascendente fue el que llevó a un sujeto a ser operador de maquinaria pesada u obrero de la construcción. Sino que en este caso, solemos pensar que nos encontramos ante un tipo desafortunado, que no pudo desarrollar su vocación. O en los casos más extremos y absurdos, en que pensamos que la llegada a este tipo de ocupaciones es el resultado de la falta de vocación, lo cual implica carecer del motor necesario para superar las adversidades que impone la vida. Pero sigamos la reflexión de Naville.

“Vocación... La palabra, en francés, es de origen eclesiástico... Vocación y profesión de fe son este caso sinónimos, como en los tiempos de los santos patronos de los oficios y de las corporaciones.” (Naville, 1972. Pág. 123-4). Antiguamente, cuando cada ocupación solía tener un santo patrono, era común suponer que era este quien llamaba a participar del trabajo. En el mismo sentido, todo aquel que deseaba entrar a una profesión debía, antes que prepararse técnicamente, encomendarse al patrono para obtener su advenimiento y desarrollar las habilidades que le permitieran ser aceptado por el gremio, en los casos en que esto era posible. Pero la continua secularización del mundo moderno ha transformado esta concepción y continuamente a generado una visión alternativa, que muchas veces subsiste al lado de la concepción religiosa. “En cuanto al empleo <<popular>>, vulgar, de la idea de vocación, no implica forzosamente la concepción de la que acabamos de hablar. Bastantes personas hablan de vocación como podrían hablar de aptitudes, de capacidades, de deseos, de gustos, o de intereses.” (Naville, 1972. Pág. 125). Pero esta perspectiva, genera constantemente una gran confusión, ya que no existe claridad respecto de cual de todos estos términos resulta más adecuado para el trabajo en orientación vocacional. Muchas veces, los autores suelen hacer una diferenciación que no parece tener mayor fundamento. Se habla de ocupaciones que requerirían de una *vocación* para ser llevadas a cabo con éxito, mientras que se establece una serie de oficios para los cuales solamente se requerirían algunas aptitudes. En la gran mayoría de los casos, se supone que los trabajos que implican una relación con los otros, como vimos han plateado algunas teorías psicoanalíticas de la elección, requerirían de vocación (médicos, profesores, asistentes sociales), mientras que aquellas ocupaciones que se desarrollan a partir de la actividad física y en directa relación con materiales o máquinas (operarios, mineros, químicos, etc.) sólo requieren de algunas aptitudes, que al fin y al cabo se pueden aprender. “Es una fácil operación de criba en la que la vocación resulta ser una palabra más para denominar el más vulgar conformismo. También es necesaria la vocación para ser oficial, dicen. ¿Y para ser suboficial? ¿En qué grado comienza la vocación, despunta la aptitud y aparece la coerción? Es una pregunta que podría plantearse.” (Naville, 1972. Pág. 126).

Una propuesta que tradicionalmente se presenta ante la *falta* de vocaciones consiste en promover la idea de que las vocaciones hay que *suscitarlas*. Con lo cual, la relación entre educación y vocación adquiere un matiz bastante complejo. Como nos decía Foladori, la orientación vocacional ha estado asociada a un modelo educativo que por lo general intenta formar, y uniformar, a los sujetos en base a parámetros ideales. Por mucho que la idea de suscitar una vocación, educarla pueda constituir una contradicción en los términos. Pero esta contradicción sólo resulta relevante si se atiende a las palabras y a la idea tradicional de vocación, ya que si ponemos atención a los hechos, veremos que las vocaciones, de hecho son constantemente suscitadas. "Es la vocación la que es ficticia, y la educación la que es real. La filosofía de la vocación es engañosa, mientras que la práctica de la sugestión, de la educación, es verídica y muy poderosa." (Naville, 1972. Pág. 128-9). La exaltación de figuras excepcionales constituye un importante mecanismo de sugestión, para promover una cierta dirección a los intereses individuales, tecnología a la que suelen ser muy susceptibles los adolescentes. No olvidemos que la teoría parsoniana de la orientación recomendaba a los adolescentes la lectura y el estudio de biografías de grandes hombres o de santos (Rodríguez, 1998). En este sentido no puede seguir siendo soslayado el papel fundamental que juega el establecimiento de relaciones significativas y el factor de los iconos sociales en la conformación de una cierta vocación.

De esta manera, Naville concluye que el concepto de vocación resulta completamente inadecuado para el trabajo del orientador, quien desde esta perspectiva desarrolla una práctica paternalista y coercitiva. El resto de su reflexión se desarrolla a partir de la crítica a la noción individualista que suele proponer la teoría genética de las aptitudes. Donde destaca la fuerte participación que tiene el medio tecnológico y productivo en que se inserta el trabajador. Pero debemos establecer, que si bien compartimos algunos aspectos de la teoría de Naville, nos parece que la idea de vocación, si es entendida desde una perspectiva secular, pero alejada de las influencias individualistas y biologizantes, puede constituir un concepto muy adecuado para orientar la práctica del orientador vocacional. De todas formas, tanto la teoría de Naville, como las perspectivas de Castillo y Etchegaray nos obligan a poner mayor atención a este término y a investigar acerca de los mecanismos mediante los cuales se puede llegar a configurar una cierta tendencia que motive a los sujetos a seguir un determinado camino o *elección*. Perspectiva en la que al parecer ocuparía un rol fundamental la familia.

3) Las determinantes de la elección vocacional y la psicologización de los problemas sociales.

En los apartados anteriores hemos podido ver como la visión que habitualmente nos presenta la orientación vocacional, suele dejar de lado una consideración crítica los diversos factores que, finalmente, determinan el proceso mediante el cual un sujeto llega a incorporarse a una modalidad de trabajo determinada, el así llamado proceso de *elección* vocacional. La historia de la división social del trabajo y su influencia en la distribución profesional nos ha mostrado lo inadecuado que resulta la concepción tradicional del problema y la poca validez que tiene el término *elección*. Por su parte, una mirada crítica al concepto de *vocación*, justifica aún más salir de los paradigmas tradicionales, habitualmente cargados de idealismo, y sustituirlos por una perspectiva que permita integrar de manera adecuada los determinantes socioculturales de la *vocación*. Pero esta tarea, al igual que la investigación de una perspectiva que ilumine de manera adecuada el problema de la *elección*, serán abordadas más adelante.

Ahora, intentemos ordenar los distintos aspectos que hemos podido descubrir a partir de la perspectiva sociocultural. Para Dinazar Carreño y M. del Carmen Vázquez, las determinantes de la *elección* vocacional se pueden ordenar en tres grupos: Sociales, Psicológicas y psicosociales (Carreño y Vázquez, 1987). Como las variables psicológicas serán objeto del próximo apartado, en este momento solamente consideraremos los aspectos sociales, según lo que hemos podido revisar hasta ahora. Para esto seguiremos el esquema que H. Foladori nos propone en su trabajo "El descubrimiento vocacional. Mitos y perspectivas" (Foladori, 1981).

3.a) La pertenencia a una clase social: En nuestra sociedad, la pertenencia a una clase social, resulta absolutamente significativa, al momento de pensar en el desarrollo de cada persona. Con los trabajos de Naville pudimos ver la manera en que la organización social, definía explícitamente la forma en que este factor afectaba la *elección* de un trabajo. Pero en nuestra cultura moderna, el problema se toma más complejo. Ya no tenemos una organización en casta o estamentos, que definidos por alguna ley impidan a los individuos ingresar a alguna modalidad productiva. Pero tampoco es posible pensar que esto ha implicado la desaparición de dicho determinante. "La participación en el proceso de producción como familia ha debido dejar profundas huellas –tanto en uno como en otro sentido– donde las relaciones sociales son ya significadas por los llamados jefes de familia y en tal sentido transmitidas al niño en crecimiento." (Foladori, 1981. Pág. 23). Las experiencias que toca vivir a los

padres en su trabajo, van siendo traspasadas a sus hijos. Una mención especial nos corresponderá más adelante el problema de las frustraciones que han vivido los padres en su desarrollo laboral y la manera en que estas pueden influir en la formación de intereses en sus hijos. Pero por ahora, destaquemos que toda familia vive inserta en una determinada clase social y como un todo, padres e hijos, sufre o disfruta de las posibilidades de satisfacción de sus necesidades que le otorga su lugar en la sociedad. Esto ira influyendo en los niños que a medida que van conociendo el medio en que viven, lo van aprehendiendo de acuerdo al sistema de valores que sus padres les transmiten. No verán el mundo de la misma manera el hijo de un obrero y el hijo de un dueño de empresa, tampoco lo harán los niños que han nacido en hogares laicos o cristianos.

Pero la posición social y económica de la familia, también será fundamental en el momento en que sus hijos pretendan continuar con sus estudios, más allá del colegio. Recordemos que en nuestro país, solo la educación escolar es gratuita. En la universidad habrá carreras más caras que otras, o carreras que duran más años que otras. Peor aún, la asignación de créditos o becas suele estar asociada al rendimiento académico. Que puede esperar un adolescente que habiendo estudiado en un colegio público obtiene puntajes de ingreso a la universidad inferiores a los de quienes estudiaron en el sistema privado.

Si bien, no existen restricciones legales para el ingreso a la universidad, no podemos olvidar que las diferencias de calidad entre los sistemas de educación público y privado suele ser tan grande, que es muy difícil que los alumnos de escasos recursos (como un todo, ya que siempre existen las brillantes excepciones) puedan alcanzar los puntajes que les permitan ingresar a la universidad. Como ocurre habitualmente, en el último proceso de admisión universitaria mostró esta preocupante realidad. Los resultados en las pruebas de aptitudes mostraron que “el 62% de los alumnos de colegios municipales no podrán postular al sistema universitario, ya que no obtuvieron el mínimo de 450 puntos.” (Rosso, 2003). 450 puntos es el mínimo que se exige para poder postular, con lo cual podemos suponer que es mucho mayor el porcentaje de alumnos de colegios municipalizados que en términos reales, no tuvo ninguna opción de entrar a las universidades tradicionales, que paradójicamente suelen ser las únicas que podrían pagar. Pero por otra parte, más allá de los puntajes, está el costo de las carreras y los preuniversitarios. Si un alumno obtiene un bajo puntaje en las pruebas de ingreso a la universidad, dispone hoy en día de una gran oferta de universidades privadas donde las exigencias de ingreso son bastante menores. Pero estas universidades son caras y por lo general no poseen un sistema de créditos muy accesible para las personas de escasos recursos. Un estudio realizado durante este año ha mostrado que el “costo de una carrera universitaria aumentó,

en promedio, un 41,7% entre 1996 y 2002, lo que equivale a un alza real anual de casi 6%, muy superior a lo que creció en el mismo período el costo de vida y el ingreso per cápita.” (Rodríguez, 2003). Es decir que más allá de lo caras que en estos días resultan las universidades, el aumento de los precios de las carreras supera el aumento del dinero que recibe una familia chilena. Esta situación se toma aún más preocupante cuando consideramos que si hoy en día “una familia media destina un tercio de sus ingresos a la educación superior, la proyección puede ser alarmante: al 2020 puede llegar a ser dos tercios. Y eso para financiar un solo hijo.” (Rodríguez, 2003) Puesto en otros términos, según el actual ritmo de crecimiento de los aranceles universitarios, una persona que hoy tenga un hijo debería ahorrar \$50.000 mensuales durante 18 años, para que pueda pagar la universidad de uno de este hijo cuando egrese del colegio. No es mucho dirán algunos, pero el ingreso promedio de una familia chile es de \$250.000 al mes, es decir deberá destinar 1/5 de sus ingresos para pagar los estudios universitarios de un solo hijo. Con lo cual, para muchos ni siquiera tendrá sentido pensar en que carrera preferiría estudiar.

Esta es un realidad que el orientador no puede olvidar, “por cuanto las oportunidades estarán reducidas a aquellos que sí pueden hacer uso de ellas. Porque finalmente, y a pesar de los intentos de igualar las posibilidades educativas, no es posible, con la educación, igualar lo que ha sido instituido como desigual.” (Foladori, 1981. Pág. 24).

3.b) La incidencia política: Hasta cierto punto bastaría con referirse a los datos que Naville aporta para comprender los cambios en la distribución de la mano de obra durante la primera mitad del siglo XX, para ver la manera en poder político influye en las, supuestas, elecciones vocacionales. Pero tampoco puede perderse de vista que la política económica de un país constituye, tal vez, uno de los determinantes más fuertes en la distribución de la fuerza de trabajo. Es más generalmente, las políticas educativas suelen responder a las necesidades de desarrollo económico del país. Basta revisar el informe Brunner se acaba de publicar en mayo de este año (Brunner y Elacqua, 2003), y que junto a los anteriores informes Brunner ha servido como marco de referencia para el desarrollo de la reforma educacional chilena. Para los autores del Informe en el sistema educativo “se prepara el futuro del país: la capacidad de asegurar el crecimiento económico de mediano plazo, eliminar la pobreza y crear oportunidades de progreso para toda la población.” (Brunner y Elacqua, 2003. Pág. 6) Del mismo modo concluye que las deficiencias en la educación resultan preocupantes, ya que limitan la competitividad del país. En este sentido, tendrán que preguntarse los orientadores: ¿Qué pasará con aquellas vocaciones que no aporten a la competitividad del país? ¿Cuáles serán las carreras

que según este criterio serán fomentadas por las políticas educativas? Cuestiones que dejan muy por detrás el valor de los intereses y las aptitudes.

Pero en otro ámbito. Los orientadores vocacionales deberán preocuparse, por el lugar concreto que las políticas laborales y educativas le asignarán dentro de la sociedad. Como ya pudimos ver, hasta el momento no existe ninguna política estatal que se preocupe o considere relevante a la orientación vocacional. La reforma educacional ha sacado de los planes curriculares a la orientación vocacional, mientras que la perspectiva de los OFT aún no logra articularse de una manera adecuada para poder sustituir el vacío que ha quedado en los programas de formación integral en los colegios. A diferencia de lo que suele ocurrir en los países desarrollados donde la orientación suele funcionar al servicio de los mercados laborales, en países como el nuestro este problema ni siquiera es considerado por parte del estado. Lo cual complica aún más la situación, porque al final esta tarea termina siendo asumida por cualquiera que se interese por el problema. Y hasta el día de hoy han sido las universidades privadas quienes han tomado la iniciativa en este campo, pero desde una perspectiva publicitaria que les permita captar alumnos para sus carreras.

En términos de política laboral la situación no es distinta. Sin duda que las inversiones y por lo tanto el mercado de trabajo, estarán fuertemente determinados por las políticas de desarrollo que el Estado establezca. Peor aún, ocurre cuando por parte del estado se determina que ciertas carreras o profesiones son inconvenientes y como ocurrió durante la dictadura militar, por decreto, se cierran facultades completas sin tener la más mínima consideración por las vocaciones. "Los planes de desarrollo socio-económico de los países, jerarquizan funciones y necesidades que resultan en urgencia de tecnologías y en prioridades laborales previstas con antelación." (Foladori, 1981. Pág. 25). Respecto de este tema, el último informe Brunner, destaca como una tarea primordial del Estado, promover y desarrollar todas aquellas profesiones que estén asociadas al desarrollo tecnológico.

3.c) Las valoraciones del sistema cultural: "El sistema cultural constituye otra de las determinantes que favorecen o limitan la elección vocacional. Portador de un conjunto de valores, referentes en lo particular al trabajo, genera un complejo aparato de presiones que enmarca las decisiones de manera más rígida que permeable." (Foladori, 1981. Pág. 26). Muy distinta es la situación que vive un varón al momento de escoger una profesión que el que vive una mujer. Sin duda que en nuestra sociedad existen carreras para hombres y carreras para mujeres. Bastará con hacer un recuento de la cantidad de hombres y mujeres que estudian las diversas carreras. Pero aún más, esto se hace evidente si

recordamos la serie de reportajes que se hicieron hace un tiempo en nuestro país y que mostraba *la vida* de un par de hombres que habían decidido estudiar educación de párvulos. Lo mismo ocurre con la valoración que suele darse al trabajo no-manual por sobre el manual. Y proponemos esta diferenciación porque consideramos que la habitualmente usada entre trabajo intelectual y manual, nos puede llevar a una confusión. Basta preguntarle a un científico o un artista si su trabajo suele ser más valorado en Chile que otros, por ejemplo el de un ingeniero.

Por otra parte, la valoración social no sólo afecta al prestigio de las carreras, sino que muchas veces suele estar asociada a personas concretas. Por ejemplo en nuestro país, estudios recientes han mostrado que las mujeres, ganan en promedio 1/3 menos que los hombres, ocupando los mismo cargos profesionales. Mientras que el mismo fenómeno de valoración social suele afectar a miembros de las etnias Mapuche, Aimara, así como a los numerosos Peruanos o Bolivianos que han llegado durante los últimos años a nuestro país. Estas personas suelen ser discriminadas tanto en términos salariales como de selección. Lo cual nos permite pensar que desde cierto punto de vista, no nos encontramos muy lejos de las sociedades premodernas y de su maneras de distribuir profesionalmente a sus individuos, según nos mostraba Naville.

Foladori agrega a esta revisión otros tres determinantes esenciales: d) La institucionalización de instancias sociales. Donde destaca el conflicto generado por la rigidez y fijación de las instituciones sociales, las cuales terminan por someter a los individuos a rigurosos esquemas de desarrollo, sin respetar los procesos psicológicos y emocionales que están a la base del crecimiento de todo individuo. Problemática donde se destaca por sobre todo el problema de la educación. e) Los deseos del grupo familiar. Determinante que destaca el rol fundamental que juega la familia y la ideología con que esta funciona. Lo que resulta decisivo para la canalización de las influencias sociales. Y f) El modo de vida. Donde podemos observar que aquello que solemos entender como un llamado divino o ideal, puede ser mejor comprendido como el deseo de alcanzar una determinada modalidad de vida dentro de la sociedad concreta en que se vive. Pero consideramos que una buena comprensión de estos factores requiere de una profundización en los aspectos psicológicos que entran en juego en el proceso de adaptación al mundo laboral. Problema que pasaremos a revisar a continuación.

B) La perspectiva psicoanalítica y el problema de la *elección vocacional*.

1) Antecedentes.

Como ya hemos destacado anteriormente, el abordaje del problema de la elección vocacional, y de la orientación vocacional misma, que ha hecho la psicología ha estado marcado por teorías que desde diversos puntos de vista, suelen poner el énfasis en factores como la voluntad y la racionalidad en la toma de decisiones. Estas teorías que hemos denominado 'voluntaristas' están profundamente ligadas a una concepción cartesiana del ser humano, donde la conciencia y el yo juegan un rol fundamental en la determinación del comportamiento. Pero desde finales del siglo XIX, estas teorías comenzaron a ser profundamente criticadas por muchos autores que desde campos tan diversos como la filosofía, la antropología, la psiquiatría, la poesía y la naciente ciencia del psicoanálisis demostraron que tanto el yo como la conciencia, estaban determinados por otras fuerzas que por lo general el sujeto desconoce, y que en definitiva son las que determinan su comportamiento. Uno de los ejemplos más conocidos de estas posturas es la teoría freudiana que "limita y condiciona la voluntad a aquellos mandatos del inconsciente que la posibilitan o la obstaculizan". (Foladori, 1981. Pág. 17).

Este cambio de perspectiva nos obliga entonces a revisar con mayor profundidad el problema de la elección vocacional, desde el punto de vista de la psicología. Ya que si nos encontramos con que los postulados que tradicionalmente se utilizan para fundamentar las teorías y la práctica de la orientación, han sido superados, también nos veremos obligados a reformular nuestras teorías de la elección vocacional. Esta intento, requiere un cambio de perspectiva que intente abordar el problema desde una mirada diferente, ya que como hemos podido constatar, un cambio real no sólo depende de la introducción de nuevos conceptos, como ha ocurrido con los aportes de la psicología del yo norteamericana, sino que como propone Rodolfo Bohoslavsky, también será necesario modificar la estrategia con que nos acercamos al problema (Bohoslavsky, 1979). Tarea que de alguna manera hemos abordado desde el punto de vista social, en nuestro apartado anterior, donde a partir de una perspectiva histórica, hemos podido constatar como la tarea del orientador se inserta dentro de un complejo panorama político y económico que nos muestra lo

insuficiente que puede resultar el concepto de 'elección vocacional' al momento de explicar las causas de la distribución profesional.

Desde el punto de vista de la psicología, Bohoslavsky propone diferenciar dos modalidades que para él representan las maneras en que el psicólogo se acerca a los problemas vocacionales. Por una parte, distingue lo que él denomina la Modalidad Actuarial, donde el orientador asume un rol central y directivo en el proceso de orientación. En esta modalidad el psicólogo intenta encontrar, a partir de las aptitudes e intereses del consultante, aquellas oportunidades de trabajo o estudio que más se ajusten a las posibilidades y gustos del sujeto. Para quienes trabajan desde esta perspectiva, "el test es el instrumento fundamental para conocer esas aptitudes e intereses y una vez hecho esto basta formular un consejo que resuma lo que al joven "le conviene hacer". (Bohovslasky, 1979). Descripción que concuerda con definiciones de la orientación vocacional tales como: ¹¹ "<<La orientación profesional comprende, como su nombre lo indica, **el conjunto de procedimientos científicos encaminados a determinar la profesión conveniente a un individuo** joven que se incorpora a la vida social, ayudándole así a resolver uno de los problemas más esenciales de su vida>> (A. Chleusebaire. Citado Rodríguez, 1998. Pág. 20). O la siguiente de A. Gemelli, que también resalta el lugar principal que ocupa el orientador y sus métodos de trabajo: "La orientación profesional se suele definir como el conjunto de conceptos directivos y de métodos que ayudan para **indicar a cada uno su deber de trabajo** para el que posee las aptitudes y capacidades necesarias y en cuyo ejercicio, consiguientemente, tiene la posibilidad de salir con éxito hasta conseguir los mejores resultados para utilidad propia y de la misma sociedad." (Citado en Rodríguez, 1998. Pág. 20).

Para Bohovslasky, los orientadores que trabajan en esta modalidad consideran que el consultante, se encuentra frente a una problemática que le genera tanta ansiedad y conflicto que no se encuentra en condiciones de elegir por sí mismo. Por otra parte poseen una concepción estática de las profesiones y del mundo laboral, lo que sumado a una visión igualmente estática del ser humano los llevaría a intentar, a través del conocimiento de algunas variables, predecir el futuro profesional de un sujeto. Por ejemplo la postura que asume Mira y López, quien considera que la orientación está "destinada a conseguir que cada sujeto se dedique al tipo de trabajo profesional en que con **el menor esfuerzo pueda obtener mayor rendimiento, provecho y satisfacción** para si en la sociedad" (Citado, Rodríguez 1998. Pág. 20). De esta manera tal que el orientador asume la posición central en el proceso de orientación. Él y su batería de tests, que gracias a la *cientificidad* con que están

¹¹ En las citas que siguen, las negritas son nuestras.

construidos permitirán ver más allá de lo que el adolescente, y el mismo psicólogo pueden ver a *simple vista*.

Por otra parte, y en contraposición a esta modalidad actuarial, encontraremos lo que él denomina la modalidad clínica. “Para los psicólogos ubicados en esta posición la elección de una carrera y un trabajo puede ser asistida si el joven puede llegar a tomar en sus manos la situación que enfrenta y, al comprenderla, llegar a una decisión personal responsable.” (Bohoslavsky, 1979. Pág. 15). Esta modalidad intenta propiciar un cambio en los modelos de trabajo. Deja de considerar que el conocimiento de las determinantes de la elección requiera de sofisticadas tecnologías de *extracción* de información. Y aún más, se aparta de las teorías tradicionales en la medida que considera relevante otro tipo de información, por ejemplo los sentimientos y la historia de vida del sujeto. Para los psicólogos que trabajan desde esta perspectiva, lo fundamental del proceso de orientación, no está en acoplar el rendimiento que es capaz de alcanzar cada sujeto a los requerimientos de una determinada profesión. Sino que en este caso, el interés del orientador por el sujeto “pasa de *cuánto* puntaje tiene y *qué elige*” a “*quién es y cómo elige*.” (Bohoslavsky, 1979. Pág. 16).

De esta manera, se propone un cambio muy importante en la forma de concebir el trabajo del orientador vocacional. Desde esta perspectiva el orientador se abstiene de aconsejar y proponer una decisión particular a los orientandos. Inspirado en los principios del psicoanálisis, el orientador entrega la palabra al propio sujeto para que a través de ésta pueda encontrar una salida a la situación en que se encuentra. Debemos destacar que cuando Bohoslavsky habla de una modalidad “clínica” no se está refiriendo necesariamente a un ámbito o modalidad de trabajo específico, por ejemplo los tratamientos de psicoterapia realizados en instituciones hospitalarias o el tratamiento de las enfermedades mentales, sino que en este caso clínica se refiere a una “estrategia de trabajo” en que “reflexión y acción se encuentran sólidamente unidas, de modo que *el mirar, el pensar y el operar o cambiar conforman... una “unidad de operación”*” (Bohovslasky, 1979. Pág. 21). A diferencia de las estrategias experimentales, donde el desarrollo de teorías y modelos explicativos se realiza dentro de los laboratorios, aislando la mayor cantidad de variables que pueden estar influyendo en el fenómeno, esta estrategia intenta conocer la realidad concreta que enfrenta cada sujeto.

Para la modalidad clínica, el conocimiento de las habilidades y expectativas del sujeto, deja de ser el único objetivo del proceso de orientación. Al dejar de considerar a los individuos un objeto de observación, y respetar su condición de sujetos, lo que se pretende es ayudar a los consultantes a obtener este conocimiento por sus propios medios y que estos sean capaces de sacar sus propias

conclusiones en base al saber de sí y del mundo laboral que hayan adquirido y que puedan elaborar. De esta manera la tarea del orientador desborda su ámbito tradicional, para insertarse dentro del marco de la psicoprofilaxis. Según Bohoslavsky, "esta puede entenderse como toda actividad que desde un nivel psicológico y mediante el empleo de recursos y técnicas psicológicas, tienda a promover el desarrollo de las posibilidades del ser humano, su madurez como individuo y, en definitiva, su felicidad." (Bohoslavsky, 1979. Pág. 25). Perspectiva que se justifica en tanto consideramos que cualquier elección, y especialmente la vocacional, no se relaciona únicamente con el objeto preciso que se tiene en mente, sino que se articula con el complejo total de la existencia del sujeto. Como ya lo habían previsto algunos psicólogos tradicionales, toda elección forma parte de una cadena de elecciones que tiene su fundamento en el pasado del sujeto, pero que además determinará sus elecciones futuras. Por lo cual, quienes trabajan en esta modalidad, intentan concebir la práctica de la orientación, desde el inicio, con una perspectiva global del problema de la elección.

Para Bohoslavsky, la persona no es sino lo que busca ser. Y en este sentido, destaca que: "Nunca, y en esto el adolescente es más sagaz que muchos psicólogos, llega a buscar *sólo* el nombre de una carrera; lo que va "a buscar" es *algo* que tiene que ver con la realización personal, la felicidad, la alegría de vivir, etc. Como quiera que esto se entienda." (Bohoslavsky, 1979. Pág. 37). Aunque tendríamos que aclarar, que el sujeto que consulta no siempre lo hace por su propio interés y muchas veces las condiciones de la realidad son tales que ni siquiera les es posible preguntarse por ese otro '*algo*' que se supone es el fundamento de su búsqueda. Problema que nos parece altamente relevante, pero que no quita valor al intento de Bohoslavsky por descentrar a la orientación vocacional del concepto de trabajo asalariado.

Pero además, debemos tener en cuenta que cuando el sujeto se pregunta por su futuro, por lo que le gustaría ser, nunca está pensado de manera abstracta. Cuando alguien dice que quiere ser arquitecto o ingeniero, no tiene en mente una cierta definición de lo que dichas profesiones comportan, sino que siempre piensa a partir de las figuras concretas que ha visto desarrollar ese tipo de profesiones (Bohoslavsky, 1979; Foladori, 1984). Situación que nos plantea la necesidad de considerar las influencias que el medio social ejerce en la subjetividad de quién decide. Para Bohoslavsky uno de los factores más importantes que determinan la entrada de un sujeto a una determinada modalidad productiva estaría en la búsqueda de lo que el denomina 'la identidad ocupacional'. La cual se constituye como una de las áreas que los sujetos deberán ser capaces de integrar para alcanzar la 'identidad personal'. La identidad ocupacional, vendría a ser dentro del

complejo de imágenes que constituyen la personalidad en general, *la percepción que tiene el sujeto de sí mismo en términos de roles ocupacionales*. Entendiéndose por rol: “*una secuencia pactada de acciones aprendidas, ejecutadas por una persona en situación de interacción*” (Bohoslavsky, 1979. Pág. 44). Por lo que aquello que determina la elección vocacional, vendría a ser la imagen que cada sujeto tiene de sí mismo en tanto es capaz de establecer relaciones sociales en el ámbito laboral, es decir asumir un rol dentro de la estructura social. Pero esta asunción de roles puede ser el resultado de procesos tanto conscientes como inconscientes, lo cual supone situaciones psíquicas diversas para ambos casos. “Cuando la asunción del rol es inconsciente, esas acciones, esas acciones adoptadas, que se realizan según una secuencia pautada y en un contexto de interacción social, tienen que ver más con las *identificaciones* que con la *identidad* del ocupante del rol.” (Bohoslavsky, 1979. Pág. 45). Teoría que se sustenta en la idea de que la identidad se constituye en el momento en que los mecanismos que han dado forma a la personalidad, pierden su carácter defensivo y pasan a formar parte de la identidad, es decir la imagen de sí mismo que se encuentra disponible para la conciencia.

Los aportes de Bohoslavsky y de otros psicoanalistas constituyeron en su momento un paso fundamental para superar las antiguas concepciones con que trabajaba el orientador vocacional. Pero la introducción de los conceptos psicoanalíticos requiere de algunas aclaraciones que nos permitan comprender de manera adecuada sus contenidos y no perdemos dentro de un cambio de terminología que pierda de vista los problemas que ya anteriormente hemos destacado desde el punto de vista de lo social. Como ya hemos apuntado anteriormente, la introducción de la perspectiva psicoanalítica no significó, necesariamente un cambio en las modalidades de trabajo que habitualmente imperan en orientación vocacional. Y en este sentido, compartimos la opinión de Foladori cuando afirma que la perspectiva en que se apoya Bohoslavsky, si bien constituye un avance, tiende constantemente a una excesiva psicologización de los problemas vocacionales (Foladori, 1983). Por lo cual consideramos que es necesario volver a revisar las teorías freudianas sobre la elección, para ver en que medida la teoría psicoanalítica supone de por sí una perspectiva psicologizante o si por el contrario, una adecuada comprensión de los conceptos freudianos refuerza aún más la idea de que el abordaje de los problemas que plantea la orientación vocacional requiere de una perspectiva que integre lo psicológico y lo social.

2) Cómo se elige.

El problema de la elección de un objeto, cualquiera que este sea, tal como lo plantea Freud, constituye uno de los capítulos más interesantes de la teoría psicoanalítica. Por lo cual comenzaremos haciendo una presentación más o menos esquemática de sus ideas, para luego ir profundizando, a partir de los problemas concretos que en nuestro trabajo nos plantearon algunos casos, en aquellas que nos parezcan más adecuadas para comprender la elección vocacional.

En este sentido debemos tener en cuenta que cada vez que en psicoanálisis hablamos de elección de un objeto, cualquiera que este se, el concepto de <<elección>>, no debe entenderse en un sentido intelectualista, como lo define el diccionario, donde corresponde a escoger entre diversas posibilidades igualmente presentes, la más adecuada a nuestros objetivos, sino que evoca lo que puede existir de irreversible y determinante en la elección que realiza un sujeto, en un momento decisivo de su historia, de su tipo de objeto, que tiene su paradigma en la elección de objeto amoroso (Laplanche y Pontalis, 1967). En este sentido hablar de elección de un objeto, no corresponde a una acción determinada por el yo o la voluntad, sino que toda elección vendría a estar determinada desde lo inconsciente por la historia de ligazones de objeto a la satisfacción de ciertas necesidades pulsionales. En este caso, el motor del aparato psíquico no sería el yo, como suele ser entendido por las teorías voluntaristas de la elección, sino que la fuerza que mueve y determina las conductas recaería en ese complejo elemento de lo psíquico que Freud vino a denominar: *pulsión*. Revisemos entonces, brevemente, algunos de los contenidos de este concepto antes de introducirlos en el problema de cómo elegimos. Estos nos mostrarán hasta que punto podemos esperar que los objetos y las modalidades de satisfacción varíen en el ser humano, pero también hasta que punto esto que solemos llamar libertad de elección está condicionado por la historia de vida del sujeto.

El concepto de pulsión: El diccionario de psicoanálisis de Laplanche y Pontalis define el término pulsión como: **“Proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Según Freud, una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin.”**

(Laplanche y Pontalis, 1967. Pág. 324). La pulsión, a pesar de ser un elemento que genera la necesidad de una respuesta por parte del organismo, es algo diferente a lo que los psicólogos conductistas suelen describir con el término de estímulo. Para Freud “la <<pulsión>> nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {*Repräsentant*} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1915. Pág. 117). Pero constantemente Freud se preocupó por hacer notar que pulsión no es un sinónimo de estímulo psíquico. En primer lugar, la pulsión actúa como una demanda que proviene del interior del propio organismo. Por ejemplo, una fuerte luz que hiere el ojo, no constituye un estímulo pulsional, mientras que si lo es el sentir sequedad en la mucosa de la garganta o acidez en la mucosa estomacal (Freud, 1915).

Al ser la pulsión una fuerza interna, no es posible liberarse de ella por medio de la huida o alguna acción que aleje al organismo del radio en que ésta opera, como ocurriría con los estímulos medioambientales; el organismo no puede escapar de sí mismo. Por lo cual, ésta se presenta como una fuerza constante que obliga al aparato psíquico a llevar a cabo una acción distinta a la que efectuaría para cancelar la acción de un estímulo externo. Para diferenciar claramente estos conceptos de pulsión y estímulo, Freud nos propone que: “llamemos <<necesidad>> al estímulo pulsional; (en tanto que) lo que cancela esta necesidad es la <<satisfacción>>.” (Freud, 1915. Pág. 114¹²). Esta satisfacción, como lo señala de definición del diccionario, se alcanza por medio de *la supresión del estado de tensión que reina en la fuente pulsional*.

Estos caracteres esenciales de la pulsión están íntimamente relacionados con una idea central dentro del pensamiento freudiano: “El sistema nervioso es un aparato al que le está deparada la función de librarse de los estímulos que le llegan, de rebajarlos al nivel mínimo posible; dicho de otro modo: es un aparato que de ser posible, querría conservarse exento de todo estímulo.” (Freud, 1915. Pág. 115). La pulsión a diferencia del estímulo plantea entonces ‘elevadas exigencias’ al aparato anímico, ya que el sujeto deberá realizar un conjunto de complejas actividades, encadenadas entre sí, que le permitan satisfacer la necesidad pulsional. Lo cual lleva a Freud decir a que “las pulsiones, y no los estímulos exteriores, son los genuinos motores de los progresos que han llevado al sistema nervioso (cuya productividad es infinita) a su actual nivel de desarrollo.” (Freud, 1915. Pág. 116). Idea que resulta sumamente interesante si consideramos la propuesta de un autor como Jerome Bruner que establece que el desarrollo de la mente humana, estuvo ligado a las exigencias que

¹² El paréntesis es nuestro.

imponía al ser humano los complejos modos de vida que fueron desarrollándose a través de la historia. Decimos interesante, porque tenemos en cuenta que habitualmente se suele pensar que la teoría freudiana de las pulsiones tiene una profunda raigambre biologista y que tiende a olvidar por completo el ámbito de lo social. Pero si miramos con un poco más de detención lo que estaría implicado en el concepto de pulsión, por ejemplo el problema del objeto, podremos ver que no existe mayor diferencia en las tesis postuladas por ambos autores, en torno a los motores del desarrollo de la mente humana.

Al concepto de pulsión suelen estar asociados los términos de: esfuerzo, fuente, meta y objeto. A los cuales de alguna manera ya hacíamos referencia con la definición planteada por Laplanche y Pontalis. "Por *esfuerzo* {*Drang*} de una pulsión, se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa." (Freud, 1915. Pág. 117). Como decíamos, la pulsión dado que es interna y constante impone al aparato psíquico la necesidad de realizar un 'trabajo' que permita su satisfacción. Freud mismo plantea que la pulsión puede ser entendida como una medida de la exigencia de trabajo que se impone a lo anímico como consecuencia de trabazón con lo corporal (Freud, 1915). En este punto, al introducir el término *trabajo*, ya podemos comenzar a formarnos una idea de las relaciones que este concepto puede llegar a tener con el problema de la elección vocacional; teniendo en cuenta que por ahora, resulta lejana la relación que podría llegar a establecerse entre este 'trabajo psíquico' y el concepto de trabajo con que se suele abordar la tarea de la orientación vocacional. Comparación que de alguna manera, no nos resultará tan descabellada, si tenemos en cuenta que el trabajo psíquico se constituye como una búsqueda de los medios adecuados que permitan satisfacer las necesidades vitales del ser humano, en un primer momento, según las condiciones que le impone la realidad, y en un segundo momento, también según las condiciones que le impone su propia estructura psíquica.

En segundo lugar tenemos el término fuente. "por *fente* {*Quelle*} de la pulsión se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado {*repräsentiert*} en la vida anímica por la pulsión." (Freud, 1915. Pág. 117). Según una idea de Laplanche, en este caso es posible diferenciar entre fuentes directas que vendrían a ser aquellas a las cuales se aplica propiamente hablando la idea de la modificación somática precisa en un determinado punto del cuerpo. Mientras que por otra parte podemos distinguir otras fuentes indirectas que corresponderían a cualquier "proceso somático, aún cualquier modificación difusa, cualquier acción – incluso psíquica- puede devenir, en segundo tiempo, <<fuente>> de la pulsión" (Laplanche, 1983. Pág. 37-8).

El tercer término que está asociado al concepto de pulsión es: meta. “La *meta* {*Ziel*} de una pulsión es en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión.” (Freud, 1915. Pág. 117). Pero esta definición genérica, debe tener en cuenta que los caminos que llevan a la satisfacción pueden ser muy variados, por lo cual es posible que para una pulsión se presenten una variada cantidad de metas posibles. La meta de una pulsión no debe ser entendida como una cosa, por lo tanto no se expresa por un sustantivo. La meta es una acción y como tal se expresa con un verbo, en el caso específico de la pulsión es el acto por medio del cual se alcanza la satisfacción (Laplanche, 1983). El concepto de meta que acá introducimos resultará capital para nuestro estudio del problema de la elección vocacional, ya que desde un primer momento nos abre la mirada al problema de la relación entre los elementos que determinan el comportamiento humano y las acciones que a partir de ellos se pueden generar como intentos de lograr la satisfacción de sus necesidades. La sublimación y la formación reactiva, dos mecanismos fundamentales para la conformación de la vocación dependen básicamente de esta posibilidad de la pulsión de cambiar su meta.

El objeto de la pulsión, a diferencia de esta acción que es la meta, es entendido por Freud como: “aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta” (Freud, 1915. Pág. 118). Este objeto nos va a decir Freud, es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. En el ser humano objeto y meta, a diferencia de lo que ocurre con los animales, son elementos variables, que no vienen determinados por la estructura de respuestas instintivas que se transmiten genéticamente. Como lo demuestran diversos estudios, el desarrollo de la vida intelectual fue superando, gradualmente la determinación biológica, de las modalidades de satisfacción de las necesidades vitales. Con lo cual, en el caso del ser humano entramos de lleno a los fundamentos del problema de la elección. Dado que podríamos pensar que los seres humanos, a diferencia de los animales, no están determinados biológicamente por sus instintos, y por lo tanto tienen la facultad de determinar su conducta *eligiendo* las modalidades de acción que considere más adecuadas a sus fines. Propuesta que adquiere algo más de sentido si suponemos que un determinado tipo de trabajo es el objeto de la elección vocacional; trabajo que en este caso, está determinado por aquellas pulsiones que se relacionan con la satisfacción de las necesidades asociadas a la supervivencia. Pero no nos adelantemos, ya que todavía nos queda averiguar como es que la satisfacción de una necesidad pulsional se *liga a*, o como dirían los voluntaristas *elige*, un determinado objeto. Ya que como nos dice el mismo Freud, está característica de la pulsión puede verse obstaculizada por un fenómeno que él llama *fijación*, y que

implicaría “el término de la movilidad de la pulsión contrariando con intensidad su desasimiento.” (Freud, 1915. Pág. 118). A partir de la esta idea de fijación, pierde fuerza la idea de que el hombre funciona en base a un determinación libre de sus metas y sus objetos. Del mismo modo nos advierte Laplanche, que “la idea de una contingencia (del objeto) indicaría que el objeto no está determinado ni orgánica ni biológicamente por la pulsión, pero ello no implica que no esté fijado por la historia y que no devenga extremadamente especificado.” (Laplanche, 1983. Pág. 36¹³).

Las modalidades de elección: Lo primero que necesitamos tener en cuenta entonces, es que para Freud, objeto puede ser tanto una persona, como una idea o una cosa, y en términos generales es entendido como aquello en lo cual y mediante lo cual se satisface una pulsión (Freud, 1915). El hecho de que el objeto este ligado a una pulsión, implica que en último término todo objeto siempre es un objeto sexual, lo cual por supuesto también incluye al objeto vocacional.

Las primeras experiencias de satisfacción de las pulsiones se dan en el marco de lo que Freud llama un apuntalamiento de la pulsión sexual en las pulsiones de autoconservación, por ejemplo el hambre o la sed, lo cual con lleva a que producto de la mezcla de ambas pulsiones, no podamos hablar por separado de objetos de carácter sexual y objetos exentos de todo carácter sexual. (Freud, 1905; 1915). En el ser humano, la primera experiencia de satisfacción se da dentro del contexto del amamantamiento. Y si bien, en su origen no podemos decir que la leche no poseía un carácter sexual, desde un principio, luego del primer acto de mamar todo acto de comer estará asociado a la posibilidad de obtener placer, debido a que junto a la supresión del hambre por medio de la alimentación, también se dio la primera experiencia de satisfacción de la pulsión sexual, en marcada en el acto del *chupar* y a la madre, a través del objeto pecho. “El objeto, por tanto, queda desde entonces, señalado como objeto de satisfacción sexual.” (Foladori, 1981. Pág. 20).

Esta primera experiencia dejará una marca indeleble en el aparato anímico del sujeto que posteriormente intentará repetir aquella situación originaria de satisfacción. De modo tal que las elecciones posteriores estarán teñidas por la sombra de aquel momento mítico en que alguna vez se satisfizo a la pulsión. Lo que nos permite decir que en el fenómeno que denominamos elección, lo determinante no vienen a ser los designios de la voluntad, sino que la repetición de un proceso que intenta recuperar, o volver a vivir aquellas tempranas experiencias de satisfacción; determinando de esta forma los objetos y las metas que aspirará alcanzar el sujeto durante el resto de sus vida. Pero

¹³ El paréntesis es nuestro.

este proceso de elecciones deberá transitar un largo camino, a través del desarrollo, con lo cual la búsqueda de satisfacciones deberá pasar por etapas que irán modelando los objetos y las modalidades de satisfacción que posteriormente se podrán apreciar en la vida adulta; las cuales indefectiblemente estarán enmarcadas dentro de los modos en que se produjeron las primeras experiencias de satisfacción. Como nos dice Freud: "Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió sólo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba la satisfacción. Después la pulsión sexual pasa a ser, regularmente, autoerótica, y sólo luego de superado el período de latencia se restablece la relación originaria. No sin buen fundamento el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo. **El hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro.**" (Freud, 1905. Pág. 202-3).

La elección entonces, o para ser más precisos el encuentro del objeto, se daría en dos momentos fundamentales: la elección infantil y la que corresponde al período de la pubertad (Freud, 1905; Foladori, 1981). Entre ambos períodos el complejo de Edipo constituirá el punto nodal en torno al cual se articula el ordenamiento de las pulsiones que determinará toda elección de objeto. Pero este complejo no surge de la nada, sino que se inserta en el desarrollo con posterioridad a la fase del narcisismo primario donde la pulsión ha dejado de estar dirigida hacia objetos externos y toma por objeto al yo del propio sujeto. Estas etapas del narcisismo y aquellas ligadas a las primeras relaciones con quienes estuvieron a cargo del cuidado del niño, donde éste experimentó sus primeras experiencias de satisfacción, darán origen a lo que Freud denominó: las dos modalidades de elección de objeto, elección narcisista y elección anaclítica o por apuntalamiento (Freud, 1914). Donde la segunda tomará como modelo a los objetos que fueron útiles en las primeras experiencias de satisfacción mientras que la narcisista toma como referencia al yo. Para aclarar esto Freud presenta el siguiente esquema de la elección según los dos tipos:

"1. Según el tipo narcisista: (se elige)

- a. A lo que uno mismo es (a sí mismo)
- b. A lo que uno mismo fue,
- c. A lo que uno querría ser, y
- d. A la persona que fue una parte del sí-mismo propio.

2. Según el tipo del apuntalamiento: (se elige)

- a. A la mujer nutricia, y
- b. Al hombre protector

y a las personas sustitutivas que se alinean formando series en cada uno de esos caminos.” (Freud, 1914. Pág. 87¹⁴).

Ambas modalidades se articulan entre sí y determinan la elección de objeto. De manera tal que la elección edípica estará influenciada por las modalidades de elección que se dieron durante el período del narcisismo. Según Foladori, puede deducirse claramente que “el modelo de elección según la madre nutricia, por ejemplo, se apoya en el tipo narcisístico de la clase de “la persona que fue una parte de sí mismo propio” (como una instancia más primitiva que da cuenta de la unidad niño-madre). Y por otro lado, el modelo que toma como imagen aquella del hombre protector, se constituye para el individuo varón en el modelo homosexual, en última instancia, “según lo que uno mismo es.”(Foladori, 1981. Pág.21).

Estas posibilidades nos dan ya alguna luz sobre el problema que intentamos abordar. Por ejemplo si consideramos que la elección vocacional, a pesar de no reducirse a ello, debe tener en cuenta la posibilidad de satisfacer de manera adecuada las necesidades vitales del ser humano a partir de los objetos disponibles en la realidad, en tanto el trabajo entrega los elementos para asegurar la autoconservación. Además, podemos ver como dentro de las modalidades narcisistas de elección se establecen otras en que se fundan importantes mecanismos por medio de los cuales se establecen los modelos que más adelante marcarán aquello a lo cual el yo aspira o lo que desearía ser; problema que para un autor como Bohoslavsky tiene una gran importancia dentro del proceso de la elección vocacional. El narcisismo nos muestra además cómo una buena cantidad (tal vez, más adelante podremos decir que *todas*) de las modalidades de elección están atravesadas por la relación con otros, fundamentalmente con los padres y la familia. Lo que nos lleva a pensar que, desde Freud, una perspectiva adecuada de la elección vocacional requiere ir más allá del individuo concreto con el que trabajamos y tener en cuenta a aquellos con que se ha relacionado el sujeto y la influencia que a través de estos ejerce la sociedad.

Pero si queremos comprender con mayor profundidad el problema, en tanto entendemos que lo vocacional se nos aparece, en un primer momento, como un objeto alejado de lo sexual, habrá que agregar a estas modalidades de elección de objeto, una revisión de los mecanismos, o caminos

¹⁴ Los paréntesis son nuestros.

que recorre la pulsión en la búsqueda de satisfacción de sus deseos. Donde destacan dos modalidades que Freud mismo puso en relación con la elección de una vocación: la identificación (1901) y la sublimación (1910). En tanto el primero constituye la base de la formación del yo y de la identidad (Bohoslavsky, 1969, Foladori, 1984) y el segundo se refiere a la manera en que la pulsión sexual se dirige a objetos que en sí mismos no poseen una significación sexual y que están relacionados con el progreso cultural; y según la opinión de algunos autores con el trabajo en todas sus formas (Laplanche, 1983). Ambos mecanismos nos permitirán comprender la forma en que pueden llegar a constituirse la vocación y el *objeto vocacional*.

Pasemos entonces a revisar algunos de los conceptos que nos permitirán más adelante sustentar la idea de que la elección vocacional, viene a ser, más bien, un descubrimiento del objeto que represente la posibilidad más adecuada de satisfacer un variado cúmulo de necesidades a través de la práctica de alguna ocupación. Debido a que este trabajo intenta abordar el problema de la elección dentro del marco de lo vocacional, y no es propiamente un trabajo de psicoanálisis, creemos más adecuado que la revisión de estos conceptos no se constituya a partir un desarrollo de la teoría psicoanalítica, tarea que seguramente nos desviaría demasiado de nuestro tema. Sino que consideraremos estos conceptos en la medida que para nosotros han adquirido valor en el trabajo concreto con alumnos que están enfrentando el desafío de egresar del colegio y planear lo que harán al terminar su vida escolar. Por lo tanto en un primer momento, nuestra revisión no tendrá un carácter muy sistemático. Pero al final de la presentación de algunos casos, y sus posibles explicaciones a partir de los conceptos de la teoría psicoanalítica, intentaremos resumir los aportes generales que éstos pueden realizar para la formulación de un modelo distinto de abordaje para el problema de la elección vocacional.

3) Consideraciones generales para una teoría de la elección vocacional desde un punto de vista psicoanalítico.

Considerar en profundidad todos los conceptos que teoría psicoanalítica puede aportar para la comprensión del fenómeno de la elección vocacional constituye una tarea enorme, que sin duda nos obligaría a desarrollar todo un trabajo aparte que aborde el problema de la elección en general. Pero así como hemos visto que la consideración de situaciones históricas concretas nos muestra la inconsistencia que presenta el concepto de elección vocacional tradicional. No podemos dejar de considerar en lo psicológico cuanto se ajustan realmente a los casos concretos las teorías tradicionales de la elección vocacional, las cuales suponen que este proceso se constituye fundamentalmente a partir de un acto de la voluntad.

Cuando introdujimos el problema que en esta tesis intentaríamos abordar no referimos a una conversación con un grupo de alumnos quienes prontamente deberán enfrentar la necesidad de decidir la forma en que continuarán sus vidas al egresar del colegio. Como ya dijimos, nos sorprendió la manera en que las determinantes sociales parecían influir en la forma de proyectar sus futuros, situación que nos motivó a trabajar con ellos conformando un grupo, en el cual se ha intentado acompañarlos en su proceso de elección vocacional, ya que muchos de ellos se mostraban bastante angustiados debido a que al comenzar el último año de educación escolar, sentían no tener ninguna claridad respecto de su futura elección. El material que hemos podido recoger de las sesiones de trabajo aporta muchos elementos que nos han llevado cada vez más a dudar de la validez de las viejas ideas y metodologías de trabajo que se suelen utilizar en orientación vocacional. Ya que en la gran mayoría de los casos, todos los datos que los alumnos poseían y que habían sido entregados por el orientador con que antes habían trabajado no les permitían comprender lo que les pasaba. Por el contrario, la introducción de una perspectiva psicoanalítica a ayudado a echar luz sobre algunos casos, al tiempo que ha permitido generar algunas intervenciones que hasta el momento han ayudado a que los muchachos se sientan más preparados para lo que prontamente deberán enfrentar. Es por esto que consideramos muy interesante, para ilustrar los aportes que el psicoanálisis puede hacer a la comprensión de la elección vocacional, presentar algunos aspectos de estos casos junto con las ideas que desde Freud nos han ayudado a entender lo que podía estar ocurriendo a los alumnos.

Pero antes debemos advertir que lo que presentaremos no serán teorías de aplicación general, ni mucho menos acabados análisis de los casos presentados. Sino que más bien, iremos mencionando algunos problemas donde la perspectiva tradicional se nos aparecía como insuficiente y donde la perspectiva del psicoanálisis sí podía iluminar nuestra comprensión. Por lo demás debemos tener en cuenta que el proceso de trabajo aún no ha concluido, por lo cual ninguna de nuestras interpretaciones tiene el carácter de conclusiones. Sino que solamente son presentadas como un intento de fundamentar una crítica a la teoría general de la elección vocacional.

a) La elección vocacional y su relación con la historia de vida de los sujetos.

Habitualmente se suele pensar que la decisión vocacional es un problema que atañe al futuro de un sujeto. Pero si tenemos en cuenta los relatos de quienes se enfrentan al desafío de elegir, podemos ver que para fundamentar su elección muchos de ellos nos hablan de su pasado. Lo cual nos muestra que en gran medida la determinación de las elecciones se funda en experiencias anteriores, y que la búsqueda de un objeto parece corresponder más a un intento por reencontrar los objetos que satisficieron nuestras necesidades en el pasado, que al cálculo de nuestras posibilidades futuras. Ejemplificaremos este punto a partir de dos casos muy interesantes.

J. I. tiene 17 años y es uno de los alumnos más destacados de su curso. Poseyendo muy altas calificaciones, las cuales junto a los puntajes obtenidos en los ensayos de la PSU le permiten pensar que podrá estudiar cualquier carrera que desee. Pero ante esta situación dice mostrarse muy confundido. La primera vez que le tocó referirse a las posibles carreras que estaba considerando estudiar J. I. dijo lo siguiente: "La verdad es que no se, estoy entre derecho,... que es lo que le gustaría a mi papá y de repente algo relacionado con letras, pero no lo tengo muy claro, porque literatura no es una carrera muy tradicional". Al poco rato, luego que algunos de sus compañeros también habían planteado sus preferencias y muchos de ellos mencionaran carreras que tampoco resultaban ser tradicionales, J.I. volvió a tomar la palabra y agregó: "Bueno la verdad es que yo no parezco ser el único loco, pero de verdad verdad lo que a mi más me gustaría es estudiar música..., interpretación de flauta. Pero eso sería como darme un gusto, porque a mi la música es lo que más me llena, aunque no se que diría mi papá". Cuando le preguntamos a J. I. por su gusto por la música, éste se extendió en un muy conmovedor relato, el cual fue escuchado por sus compañeros con mucha atención.

“La verdad es que a mi la música me gusta desde chico, desde muy niño... Yo escuchaba con mi mamá, yo era su regalón... bueno como algunos saben ella murió hace algunos años... Ella tenía un piano y me enseñó a tocar algunas cosas. De ahí me llevo al conservatorio donde aprendí flauta. Estuve varios años y era súper bueno, de hecho me ofrecieron meterme a la formación de interpretes, pero lo dejé porque era mucho tiempo y mi papá decía que tenía que estudiar... No lo se, a mi la música, la de verdad, me llena por completo y me hace sentir realizado. Siempre que estoy mal me encierro con mis audífonos y me pongo a escuchar algo que me ayude, y así siempre logro estar bien.” Uno de sus compañeros le pregunta: “hechas mucho de menos a tu mamá”. Ante lo cual J. I. responde: “sí, pero en general eso ya lo he asumido bastante bien... Bueno, una de las cosas que hago cuando la hecho de menos es escuchar música”. “No se, la verdad es que yo lo he pensado bastante y me daría lo mismo no ganar mucho dinero, porque además yo se que me puedo ir a fuera, tengo algunos contactos, y así no vivir tan mal como los músicos acá... Pero aún no lo se”.

Luego de transcurridas algunas sesiones J. I. llega un día con una cara muy sonriente, pero nervioso y dice que estuvo tocando flauta, cosa que no hacía hace mucho tiempo, y que había ido a hablar con su antiguo profesor y que lo había pasado muy bien. En esa sesión sus compañeros le preguntaron porque se reía tanto a lo cual J. I. responde: “Yo creo que me voy a arriesgar no más, al final, si no me va bien, puedo dejar la flauta y estudiar otra cosa, pero no me quiero arriesgar a dejar de nuevo algo que es lo que a mí más me gusta y que yo se que puedo hacer muy bien.” Dejaremos por ahora este caso hasta acá. Ya que una de las primeras cosas que nos llamó la atención es la fuerza con que sus experiencias pasadas, determinaban su posible elección futura. Experiencias donde obviamente, la feliz relación que sostuvo con su madre, ya muerta, juega un rol fundamental.

El segundo caso que nos llamó mucho la atención fue el de P. Él está por cumplir los 18 años y se ha destacado entre sus compañeros por ser un buen atleta. Sus calificaciones son bastante buenas y cree que el puntaje que puede obtener en la PSU no será un obstáculo para elegir alguna carrera. Al hablar de sus alternativas de estudio P. nos dice: “Bueno, yo estoy entre derecho y... entrenador de fútbol. La verdad es que me gusta mucho más lo del fútbol, pero mis papás me dicen que igual es algo medio incierto, pero no se, porque igual él (el papá) nunca pesca mucho... Pero es que a mi me carga estudiar y leer y la verdad es que todos los logros que he obtenido en mi vida son en el deporte, ahí he aprendido a superarme y no me gustaría salir de tipo de cosas. Pero no se, aún no lo tengo decidido.” P. dice haber tenido algunos problemas académicos durante los años de octavo a segundo básico, los cuales comenzó a superar cuando entró al equipo de atletismo del

colegio, donde ha llegado a ganar importantes medallas en los campeonatos interescolares. “Igual eso ha sido bacán, porque en un principio yo no era muy bueno, pero entrené caleta y al final soy uno de los mejores saltadores de Santiago. Es heavy que te vallan a ver, tus papás, tu amigos, además en el interescolar van ene minas... Para mi el deporte ha sido lo mejor, me ha cambiado la vida. Yo estuve un tiempo súper mal, habían problemas en mi casa y yo votaba toda la rabia corriendo y eso me ayudo ene... ahora siempre lo hago así y he subido mis notas y todo.” A medida que los alumnos habían comenzado a hablar nos fuimos formando la idea que sus experiencias anteriores de satisfacción estaban resultando cruciales en la elección de sus posibles profesiones. Pero el relato de P. nos llevo a preguntarle algo que hace un rato nos llamaba la atención: “¿Entiendo tu gusto por el deporte, pero si eres atleta, porque entrenador de fútbol y no de salto que es tu especialidad?”

Ante esta pregunta P. pareció sorprenderse y dijo no tenerlo muy claro. Pero luego de que otros compañeros hablaron, por ejemplo J. I., P. volvió a pedir la palabra. “La verdad es que no sé, igual puede sonar como medio loco lo que voy a decir, pero de repente igual tiene que ver... Uno de los momentos que yo más recuerdo de chico es la vez que Colo-colo ganó la final de la copa libertadores. Yo estaba ahí en el estadio con mi papá y fue increíble, yo era chico, pero fue la cagá, nunca me he olvidado de eso... además en ese tiempo yo siempre iba con mi papá al estadio. Yo creo que ahí lo pasaba bien, porque eran los momentos en que estábamos juntos y compartíamos, pero después dejamos de ir... No se, de repente lo del fútbol viene por ahí, igual las cosas de cuando es chico a uno lo marcan.”

Cómo entender la forma en que los objetos vocacionales de ambos sujetos habían llegado a constituirse. Porque otro elemento que con el paso de las sesiones pudimos descubrir, fue que la mayoría de los alumnos que asistían al grupo, tenían bastante claro qué era aquello que deseaban estudiar, pero sus dudas solían nacer de la oposición que presentaban sus padres o profesores ante estas preferencias *no tradicionales*. Con la consideración de las historias de vida los sujetos pudimos constatar que sus elecciones estaban determinadas por tempranas experiencias, las cuales como ellos decían los habían hecho sentir ‘muy bien, sentirse llenos’. Pero además no podemos dejar escapar el hecho que en ambos casos estas experiencias están ligadas a importantes relaciones con alguno de sus padres. En el caso de J. I. esta relación se vio interrumpida por la muerte de su madre, mientras que en el caso de P. la pérdida de la buena relación con su padre coincidió con el tiempo en que dejaron de ir al estadio, hecho que resultó ser contemporáneo a problemas conyugales entre sus padres. La fuerza con que en ambos casos parecía imponerse la elección de las profesiones, nos llevó

a pesar que sólo podían explicarse como una forma de seguir relacionándose con los objetos perdidos. En este caso, la vocación se nos aparecía como un llamado, ya no de Dios o de los genes, sino que desde la relación que los sujetos podían establecer con sus padres. Pero resulta esto una irracionalidad, o es posible explicar esta situación.

Si consideramos estos casos desde la perspectiva tradicional, podremos pensar que no tienen sentido y que seguramente la tarea del orientador deberá enfocarse a evitar que estos alumnos realicen elecciones *tan poco racionales*. Pero si tenemos en cuenta los postulados freudianos podremos ver que ambos casos responden a procesos habituales que se dan en todo tipo de elección. En sus "Tres ensayos de teoría sexual", texto en que Freud realiza uno de sus más acabados estudios acerca de la elección de objeto, nos propone que toda elección de objeto se realiza en base a las más tempranas experiencias de satisfacción, las cuales, el sujeto estará constantemente tratando de repetir (Freud, 1905). Del mismo modo los objetos que el sujeto aspire a obtener adquieren su valor a partir de las relaciones que puedan establecer con los antiguos objetos de satisfacción. "El hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro" (Freud, 1905. Pág. 203), nos va a decir Freud, lo cual nos ayuda a sostener la idea que tanto en el caso de J. I. como en el de P. sus objetos vocacionales, de alguna manera constituyen un reencuentro con aquellos objetos parentales perdidos. Pero veamos como puede ocurrir esto.

Según la teoría de Freud, existirían dos momentos capitales en la elección de objeto. Primero "el de la elección de objeto infantil que marca el camino para el segundo, a saber, la elección de objeto puberal." (Foladori, 1981. Pág. 20). Cómo se realiza entonces esta elección infantil que al parecer resulta absolutamente determinante para las elecciones posteriores, y que al parecer no está determinada por otra anterior. Según Freud, el primer tiempo, que corresponde al de la elección de objeto infantil se inicia entre los dos y los cinco años, y se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales y tiene su punto culmine en el complejo de Edipo, a partir del cual se inicia el periodo de latencia que antecede a la pubertad (Freud, 1905). Pero veamos como llega a constituirse este complejo que parece ocupar un lugar fundamental en el problema de la elección.

Desde los primeros momentos de vida, la guagua se encuentra en una situación de dependencia fundamental de aquellos que están encargados de su cuidado. En este caso, es por lo general la madre quien se encarga de proteger al niño y proporcionarle los medios necesarios para satisfacer sus necesidades. Situación generará un complejo problema que más tarde influenciará toda elección de objeto, en tanto constituyó el marco para las primeras ocasiones en que se obtuvo placer y que posteriormente se intentara repetir. Originariamente, la pulsión sexual no posee un objeto definido y

debe apuntarse en aquellos objetos que sirven a la satisfacción de otras necesidades. "Es fácil colegir también las ocasiones que brindan al niño las primeras experiencias de ese placer que ahora aspira a renovar. Su primera actividad, la más importante para su vida, el mamar del pecho materno (o de sus subrogados) no pudo menos que familiarizarlo con ese placer." (Freud, 1905. Pág. 164). De esta manera la madre deviene objeto sexual para el niño en la más temprana infancia, en tanto que el padre, quién de alguna manera también participa del cuidado del niño, devendrá su objeto por medio de una identificación, es decir por medio de la incorporación del objeto, lo que implica la asimilación de las características paternas (más adelante consideraremos este concepto y la importancia que tiene para la comprensión de los fenómenos vocacionales). Estos vínculos, con la madre y el padre, marchan un tiempo uno junto al otro, hasta que más adelante, por el refuerzo de los deseos sexuales hacia la madre, y por la percepción de que el padre es un obstáculo para estos deseos, nace el complejo de Edipo. Debido a que ambas tendencias resultan inconciliables y parecen exponer al niño a graves peligros como la castración, ambas mociones pulsionales deberán resignar sus objetos y caerán bajo el imperio de la represión. Pero dejarán una marca indeleble en el aparato anímico del sujeto (Freud, 1905; 1923; 1924).

"Ni siquiera quien ha evitado felizmente la fijación incestuosa de su libido se sustrae por completo de su influencia" (Freud, 1905. Pág. 208). En la elección de objeto puberal se presenta lo que Freud denomina una segunda oleada de la sexualidad y con ella el joven vuelve a buscar, en objetos, la satisfacción de sus necesidades. No sorprende entonces que por lo general los primeros objetos de amor que suelen escoger los jóvenes correspondan a figuras masculinas o femeninas, según sea el caso, que pueden, en efecto, revivirles la imagen de la madre y el padre (Freud, 1905). Pero esta resignación de los objetos no implica que se cancele la relación con los padres, sino que ésta podrá seguir existiendo en tanto sean reprimidas las mociones correspondientes a la corriente erótica ligada a la moción pulsional (Freud, 1905; 1912). Situación que seguramente es la que observamos en los casos que acabamos de presentar, donde tanto J. I. como P. parecen haber tenido una cercana relación con su madre y su padre, respectivamente, fundada en vínculos de ternura. Del mismo modo, las posteriores elecciones de objeto que realice un sujeto, se insertarán en esta cadena que tiene su origen en las más tempranas experiencias de satisfacción, aunque ellas no estén directamente relacionadas con la satisfacción genital. Con lo cual podemos ver que las elecciones que se presentan en etapas posteriores de la vida, a pesar de lo incomodo que nos resulte esta situación, estarán siempre determinadas por la historia de vida de los sujetos y por el tipo de elecciones que éste

haya establecido, en tanto estas intentarán volver a revivir aquellos momentos *originarios* de satisfacción.

b) *El papel de la identificación en la elección vocacional.*

Ya hemos podido observar de que manera las tempranas experiencias de satisfacción, generalmente ligadas a las relaciones tempranas con los padres, pueden determinar la futura elección vocacional. Veamos ahora de que manera otro mecanismo psíquico participa de la constitución del de la vocación y del objeto vocacional. Ya hemos mencionado algo acerca de este mecanismo cuando dijimos que el niño toma al padre como objeto de deseo por medio de la identificación. Pero veamos el caso de otro alumno que nos puede ayudar a introducir este concepto, para después detengamos a considerar con más detalle este mecanismo, que como veremos juega un rol fundamental en el proceso de elección vocacional.

G. tiene 18 años y dice que su primera opción de carrera es filosofía. "Lo que yo quisiera estudiar es filosofía. Es lo que a mi mas me gusta, pero a veces también creo que una buena opción podría ser ingeniería comercial". Es importante destacar que G. proviene de una familia muy tradicional, donde tanto su padre como sus tíos son importantes economistas reconocidos a nivel nacional e internacional. Pero veamos lo que G. nos dijo cuando intentaba explicar la situación en que se encontraba respecto de su futura elección vocacional. "No se, la verdad es que mi problema es que en mi casa, cuando les digo que quiero filosofía, no me dicen nada, pero yo veo que preferirían que yo estudiara un carrera más tradicional... Y no se,... igual es verdad que a mi me gusta la vida que llevo y para eso igual es necesario hacer algo como mi papá." Por lo general G. dice que para él resulta "muy fuerte la imagen" de su padre y de sus tíos, y que igual no le gustaría perder la relación que tiene con ellos.

En una de las sesiones habíamos acordado como tarea que cada uno de los alumnos buscaría a una persona que trabajara en aquello que a ellos les interesaba estudiar y que la entrevistarían para poder informarse mejor. Cuando fijamos esta tarea G. dijo que el podía hablar con un tío abuelo que era filósofo, y que si bien no lo veía desde pequeño cree que a través de una prima lo podría contactar. "Yo soy sobrino, sobrino-nieto, de X (un renombrado filósofo nacional) y podría hablar con él... bueno la verdad es que yo no lo veo desde hace tiempo, pero puedo hablar con una nieta de él que me puede contactar". Esta referencia a un familiar que practicaba la profesión que G. parecía

querer estudiar, llamó nuestra atención y nos llevó a preguntarle por la relación que tenía con este 'tíoabuelo'. "No se, yo me acuerdo que iba a su casa cuando era chico, como a los ocho años... allá vivía esta prima que es nieta de él y yo me acuerdo que ella me gustaba, aunque ella es mayor que yo. Él no me caía bien, pero en general yo iba porque me gustaba jugar con ella, aunque a ella, como era más grande, siempre le gustaba estar con su abuelo que le contaba cuentos... igual el viejo se sabía un montón de historias y algunas eran entretenidas". En la sesión siguiente G. no asistió al grupo. En la otra sesión, a la cual sí asistió, G. dijo lo siguiente: "La verdad es que no hice la entrevista,... me da un poco (al parecer más que un poco) de vergüenza llamar a mi prima y creo que mejor voy a hablar con el profe de filosofía del colegio, además él es más fácil de ubicar, y tiene súper buena onda conmigo." G. parece ser muy cercano a este profesor, a quien le muestra sus escritos y es una de las pocas personas con que comparte sus ideas. Es interesante el hecho que los alumnos suelen llamar a este profesor: el tío.

Estas últimas referencias nos permitieron comprender algo de los orígenes de este deseo por ser filósofo. El interés que durante el período puberal presentó G. por su prima seguramente debía estar relacionado con su interés actual por la filosofía. Pero ¿cómo? Ella estudia otra carrera que al parecer nada tiene que ver con la filosofía, lo cual complica un poco más la situación ya que nos obliga a relacionar su posible elección con la figura de este filósofo, por el cual dice no haber sentido mayor cariño. Más aún G. nos informa que él se aburría bastante cuando tenía que dejar de jugar con su prima para ir a estar con el abuelo de ella. Lo cual contrasta con el hecho de que en estos días G. parece querer ser como este señor, quien además es muy respetado en la familia. Pero la teoría psicoanalítica nos muestra que nuestras elecciones no sólo están determinadas por aquello que deseáramos tener, sino que también por aquello que deseáramos ser y que nos permitiría tener lo que deseamos. Como dice Bohoslavsky, el adolescente quiere "ser como tal persona real o fantaseada que tiene tales o cuales posibilidades o atributos y que supuestamente los posee en virtud del rol ocupacional que ejerce" (Bohoslavsky, 1979. Pág. 42). Atributos que en este caso, parecían atraer el deseo de esta prima que tanto gustaba de escuchar a su abuelo. En definitiva podemos decir que cuando un sujeto dice que quiere ser filósofo, o alguna otra cosa, nunca es *solamente* 'yo quisiera ser filósofo', sino que 'yo quiero ser como supongo que es Fulano de Tal, quién es filósofo y tiene tales 'poderes' que quisiera que fuesen míos (Bohoslavsky, 1979). Y en este caso, cuando hablamos de que el sujeto adopta o pretende adoptar una forma de ser que otro posee, nos estamos refiriendo, necesariamente al problema de la identificación.

Freud considera que en las fases más primitivas del desarrollo humano, “es imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación” (Freud, 1923. Pág. 31). Con lo cual podemos pensar que hablar de identificación es también una manera de hablar de la elección de un objeto. Como hemos visto, hacia el final de la infancia el niño debe resignar sus objetos primitivos, debido a las aspiraciones eróticas que siente como necesidades hacia ellos. Resignación que tiene su momento más importante en el complejo de Edipo, donde el niño debe renunciar a sus padres como objetos sexuales. Ante esta situación, Freud nos dice que el niño no resigna sus objetos sin que este proceso deje importantes consecuencias en su vida anímica. “Si un tal objeto sexual es resignado, porque parece que debe serlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo... Quizás el yo, mediante esta introyección que es una suerte de regresión al mecanismo de la fase oral, facilite o posibilite la resignación del objeto. Quizás esta identificación sea en general la condición bajo la cual el ello resigna sus objetos. Como quiera que fuese, es este un proceso muy frecuente, sobre todo en fases tempranas del desarrollo, y puede dar lugar a esta concepción: el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de las relaciones de objeto.” (Freud, 1923. Pág. 31).

Es decir que la historia de elecciones de objeto, no sólo puede determinar la elección vocacional en tanto se funda en el tipo de objetos que satisfizo a las pulsiones en etapas anteriores en la vida del sujeto. Sino que el proceso mediante el cual el yo es capaz de resignar los objetos perdidos, va a ir conformando al yo, y a través de esto, lo que Bohoslavsky denomina identidad ocupacional. Un interesante ejemplo de cómo este mecanismo participa de la determinación de la elección vocacional es el que nos presenta Freud en su “Psicopatología de la vida cotidiana” (Freud, 1901). En ese trabajo Freud relata el caso de un médico que solía dejar a la vista un estetoscopio que nunca utilizaba. Cuando se le pregunta por este hecho, el médico recuerda que en sus años de estudio siempre le había llamado la atención el que su jefe en el hospital, a quién admiraba mucho, siempre llevaba a las visitas un estetoscopio que nunca utilizaba. Un segundo recuerdo tenía que ver con situaciones de su temprana infancia en que el médico de su familia, por quién siempre había tenido muchísimo apego, solía portar un estetoscopio que portaba dentro de su sombrero. Junto a fantasías homosexuales con este médico, que tuvo cuando niño, este Doctor recordaba “haber sido examinado por este mismo medico a la edad de seis años, y guardaba nítida memoria de su sensación de voluptuosidad cuando cerca la cabeza del doctor, que le aplicaba el estetoscopio sobre el pecho, así como el movimiento rítmico de su respiración que iba y volvía.” (Freud, 1901. Pág. 192-3). Un

tercer recuerdo le trajo a la memoria que a los ocho años se había enterado por el rumor que era costumbre de este médico acostarse con sus pacientes mujeres. Lo cual relacionó con el hecho que el mismo “había experimentado en diversas oportunidades tentación sexual con relación a sus pacientes femeninas, por dos veces se había enamorado, y al fin se casó con una.” (Freud, 1901. Pág. 1923). De esta manera Freud concluye que de la misma manera como la identificación con este doctor influyó en su elección de pareja, esta también debe haber sido la razón principal que lo llevó a abrazar la profesión de médico. (Freud, 1901).

De la misma manera, podemos pensar que nuestro alumno, G. podría estar escogiendo su profesión en base a una identificación con su ‘tíoabuelo’ (y por asociación con el ‘tío’ de filosofía), en tanto este constituía el objeto deseado por su prima, quién de seguro se ubicaba dentro de la cadena de objetos femeninos ligados a la figura de la madre. Como nos dice Freud: “Con la demolición del complejo de Edipo tiene que ser resignada la investidura de objeto de la madre. Puede tener dos diversos reemplazos: o bien una identificación con la madre, o un refuerzo de la identificación-padre. [En este caso el tíoabuelo]” (Freud, 1923. Pág. 34). De las dos soluciones posibles, Freud nos dice que podemos considerar como la más normal a la segunda, dado que permite retener el vínculo tierno con la madre. De alguna manera podemos pensar que para este alumno, identificarse con el filósofo, le permitía fantasear con que ocupaba el lugar de su ‘tíoabuelo’ en los deseos de su prima. Lo cual, muy probablemente, contribuyó a conformar su identidad, a partir de la idea que ser filósofo y saber contar historias, en el caso de G. una alternativa a posible a filosofía era la carrera de literatura, podría permitirle obtener el interés de las mujeres que deseara. Pero no olvidemos que estas interpretaciones sólo son intentos explicativos que seguramente nunca tendremos la posibilidad de comprobar.

Esta relación entre identificación, elección de objeto y formación de la identidad, suele ser perdida de vista por los orientadores que muchas veces suponen que la organización de conferencias constituye una muy buena ayuda para los alumnos que están indecisos con su elección. Pero teniendo en cuenta esta perspectiva podemos decir que estos orientadores no consideran “que las conferencias organizadas de ese modo lejos de ayudar al adolescente lo encaminan a una elección falsa, arbitraria, donde se trastocan importantes aspectos de la personalidad del adolescente.” (Foladori, 1984. Pág. 44). Ya que por lo general es posible suponer que en estos alumnos indecisos no se ha logrado una buena integración de las distintas identificaciones que constituyen su personalidad (Bohoslavsky, 1979), con lo cual es probable que la solución que encuentre a sus dudas solamente esté fundada en la identificación parcial con algunos aspectos que el expositor suela destacar de la profesión que

ejerce. Situación que se complica aún más si consideramos que el proceso que lleva a la consolidación de la personalidad a partir de las identificaciones, es bastante largo y complejo, y que de no ser bien logrado solamente generará más confusión. En este sentido Freud nos advierte que cuando las identificaciones son muy numerosas y no están integradas, volviéndose inconciliables entre sí, esto amenaza con un resultado patológico como la personalidad múltiple (Freud, 1923). Pero si ser tan extremos, debemos tener en cuenta que en el caso de los adolescentes indecisos es probable que la indefinición vocacional responda a “los conflictos entre las diferentes identificaciones en que el yo se separa” (Freud, 1923. Pág. 32).

Existe otro aspecto en que el mecanismo de la identificación juega un rol primordial en la determinación de la identidad vocacional. Este mecanismo juega un papel fundamental en la constitución del ideal del yo, aspecto de la personalidad que se constituye como un parámetro de lo que el sujeto constantemente intenta alcanzar en su vida. Hemos dejado aparte este problema debido a la profunda relación que tiene con la influencia familiar, la cual pasaremos a revisar a partir de siguiente ejemplo.

c) *El ideal vocacional y su relación con las expectativas de los padres.*

Anteriormente pudimos observar como la pertenencia a una familia determina de manera muy importante las posibilidades acceso al mundo universitario y laboral. Pero durante nuestro trabajo, con adolescentes pertenecientes a familias acomodadas, que por su posición socioeconómica, pueden ofrecer a sus hijos todas las facilidades para estudiar la carrera que quieran, en la universidad que deseen, hemos podido comprobar que las influencias familiares tienen un valor preponderante, más allá del aspecto económico. De hecho, dentro del grupo de trabajo, tuvimos ocasión de encontramos con un caso que resulta ser un ejemplo ‘ejemplar’ de cómo los deseos familiares contribuyen a la formación de las identidad ocupacional y determinan los deseos de las personas.

D. es el hijo mayor en su familia, la cual está compuesta por su padre, que tiene el mismo nombre que su hijo, su madre y dos hermanas. D. no solamente es el hijo mayor en su casa, sino que además es el primer nieto hombre en la familia de su papá. Cuando en la primera sesión D. nos habla de sus intereses vocacionales, nos dice que desde siempre el ha tenido muy claro que va a ser marino, y que ha asistido al grupo porque le parece muy interesante la posibilidad de compartir con sus amigos, a los que ve muy complicados con un tema que para el siempre ha estado claro. “A mí

siempre me a gustado el mar, yo creo que ser marino debe ser una de las cosas más bonitas que hay... viajar y conocer países,... o que te manden a otro continente en misiones, yo una vez cuando vivíamos en el salvador, conocí a un marino japonés, que viajaba por el mundo en misiones de paz... a mi gustaría mucho eso. Además los marineros siempre son mucho mejor mirados que los milicos o los de la FACH.” Por lo general su discurso durante toda esta primera sesión se mueve a través de imágenes ideales, donde destacan, el mar, los viajes y la posibilidad de conocer otros países.

En la segunda sesión habíamos acordado con los alumnos que cada uno de ellos se encargaría de averiguar acerca de las profesiones que habían existido en sus familias, tratando de averiguar por lo menos hasta dos generaciones más atrás. A esta segunda sesión D. llega muy alegre y comunica: “...Ven yo voy a ser como mi abuelo, el era marino e incluso una vez naufrago,... que heavy debe ser super choro, yo no aguantaría estar en una oficina.” D. fue uno de los alumnos que se tomó más tiempo para compartir su historia de la profesiones familiares, la cual si bien era bastante extensa, estuvo fundamentalmente centrada en las vivencias de este abuelo que, por lo demás también se llamaba D. Esta igualdad en los nombres, no era un hecho fortuito (bueno, nunca lo es), sino que fue una decisión de su padre, debido a que al nacer D, su abuelo estaba por morir y su padre que durante su vida, no había tenido un buena relación con el abuelo quería darle a este señor el gusto de que antes de morir pudiera ver a otro D. K. con lo cual no se perdería la tradición. Esta era una de las pocas cosas que D. sabía de su abuelo, ya que por lo general su padre no hablaba mucho de él.

Pero veamos algo de la historia de estos Ds, que nos entregó este alumno. El abuelo de este alumno, era europeo, y llegó había llegado a Chile, en los momentos en que comenzaba la segunda guerra mundial. D. abuelo, siempre había querido ser marino, de hecho cuando tenía 14 años, dos menos que la edad mínima para ingresar al escuela naval de su país, obligo a sus padres a mover algunas influencias hasta que lo aceptaron como marino. “Parece que esos fueron los años más felices de la vida de mi abuelo, mi papá me mostró unas fotos que yo nunca había visto,... y nos parecemos caleta, pero el tenía la nariz chueca porque en la marina era boxeador y se la quebraron...”. Pero estos ‘años felices’ parecen haber tenido un cambio abrupto. Para los comienzos de la segunda guerra mundial el padre de este abuelo había muerto y su madre que no quería volver a pasar las penurias de la primera guerra y dado que tenía unos familiares que habían venido a Chile para trabajar en el salitre decidió traer a todos sus hijos a nuestro país, obligando a D. abuelo a dejar la marina. “Cuando llegaron acá parece que nos les fue nada de bien, ya que el salitre estaba muriendo y los contactos no les sirvieron de mucho. Bueno la cosa es que mi abuelo comenzó a

trabajar en lo que podía y se hizo comerciante,... que heavy nunca había hablado con mis papás de estas cosas,... y al final le fue bien y formó su familia acá”.

“Parece que mi abuelo era un viejo súper tradicional y cuando mi papá salió del colegio le dijo que quería ser marino... Yo no entiendo muy bien como fue la cosa, pero mi abuelo le dijo que no, que él debía ser ingeniero, porque en este país eso era más valorado y además como ingeniero podía trabajar en muchas cosas”. Es interesante destacar que dentro de la marina, el abuelo había obtenido la especialidad de ingeniero en máquinas y se encargaba de los motores de los barcos. Al parecer la carrera profesional del padre de D. ha sido exitosa en términos monetarios, pero D. nos cuenta que su padre se ha cambiado varias veces de trabajo y que él nunca lo ha visto contento con lo que hace. Además que al parecer su abuelo siempre había sido un hombre muy preocupado por el éxito laboral, ya que a él le había costado mucho llegar a tener una buena situación económica. “No se, yo creo que mi abuelo la cagó con no dejar a mi papá estudiar lo que él quería... Tal vez si hubiera estudiado lo que quería, no sería como es, y yo no quiero que me pase lo mismo... Ustedes igual, no pesquen a sus viejos, yo creo que debe ser súper frustrante vivir de algo que no te gusta, aunque tengay' plata.”

La relación de D. con su padre suele ser bastante distante, de hecho nos dice que le gusta mucho la actividad porque le ayudó a acercarse a su papá y conversar con él, cosa que, muy pocas veces hacen. Debemos decir que estos datos no llamaron mucho la atención, porque no llevaron a preguntarnos por lo adecuado de la elección que D. pretende tomar, teniendo en cuenta que en los momentos en que se ofrecía ingresar a la escuela naval, al iniciar tercero medio, D. no se mostró interesado por ese camino, y continuó sus estudios en el colegio. Pero no tenemos aún claridad respecto de este problema, que se contradice con el hecho de que hoy en día D. dice que ‘siempre ha tenido claro lo que quiere ser’. “Igual ahora entiendo, eso de ser marino lo debo llevar en los genes”. De todas maneras lo que nos interesa mostrar en estos momentos es de qué manera las expectativas familiares, y los deseos que los padres depositan en sus hijos pueden determinar la elección vocacional.

En su “Introducción del narcisismo”, Freud afirma que por lo general el niño se transforma en el depositario de los deseos frustrados de sus padres, quienes depositan en sus hijos la expectativa de que estos cumplan aquellos sueños que ellos han debido resignar. El niño: “Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un grande hombre y un héroe en lugar del padre...” (Freud, 1914. Pág. 88). Del mismo modo D. hijo parece haber recibido, en una *herencia* no precisamente genética, este importante deseo de ser marino y viajar por el mundo, como

alguna vez lo hizo el abuelo en honor al cual D. había recibido su nombre; *'para que no se perdiera la tradición'*.

Cuando más arriba hablamos de la identificación, dijimos que por medio de esta un sujeto adquiriría las características de los objetos que debía resignar. Pero esta no es la única modalidad en que se puede presentar dicho mecanismo. Con anterioridad al complejo de Edipo, se produce en el niño lo que Freud denomina 'identificación primera o primaria', la cual juega un rol fundamental en la conformación del ideal del yo (Freud, 1923). Esta identificación no parece ser el resultado de una desinvestidura de objeto sino que al parecer se sitúan en una época donde la pulsión sexual suele tener un carácter autoerótico. Este mecanismo que estaría en la génesis de aquella instancia psíquica que representará los valores y los más altos ideales a los cuales el sujeto aspirará a lo largo de su vida, tiene una característica muy especial. Según Freud es una identificación del individuo con la pareja parental (Freud, 1923).

El estudio de fenómenos como el narcisismo y la melancolía, llevó a Freud a descubrir una tercera instancia en el aparato anímico, que parecía ser una diferenciación dentro del yo, donde estaban contenidos aquellos elementos que solemos concebir como conciencia moral. Esta instancia, viene a ser el representante psíquico de las figuras parentales. Las cuales, al ser introyectadas, pasan a ejercer su influencia sobre el individuo desde el interior. Esta instancia viene a ser en el hombre la entidad más alta, el lugar donde se conservan los valores éticos y estéticos que guían la vida de los sujetos. Lo cual nos permite entender porque muchas veces nos encontramos con individuos tan disímiles en el manejo de sus deseos y aspiraciones. Cada uno de ellos 'posee dentro de sí' un ideal por el cual se mide en la actualidad y mide el valor de las posibilidades de desarrollo futuro que se le presentan (Freud, 1923).

Los procesos implicados en la génesis del ideal del yo o superyó, son en alto grado complejos y desbordan los intereses del ámbito de la orientación vocacional, pero cabe destacar que la identificación primaria con los padres va a adquirir un refuerzo significativo con el sepultamiento del complejo de Edipo. Lo cual agrega un carácter muy interesante al rol que esta instancia juega en la constitución de los deseos vocacionales. Por lo general solemos escuchar en los discursos de muchos de los adolescentes con que hemos podido trabajar la siguiente frase: "la verdad es que a mi me gustaría mucho estudiar algo así (refiriéndose a carreras como arte o filosofía), pero mis papás no me van a dejar, ... además yo mismo sé que eso no estaría bien". Las razones de por qué no estaría bien generalmente están ligadas a la función de padres que más tarde se supone deberán cumplir y al deber de proveer a sus hijos las mejores condiciones de vida, dejando 'los placeres' para otro

momento, ya sea como hobbies o para la jubilación. A partir de lo cual podemos ver como esta instancia no solamente comporta aquello que es deseable esperar, sino que también aquello que no puede ser esperado, aquello que *no se debe* desear. “Discerniendo en los progenitores, en particular en el padre, el obstáculo para la realización de sus deseos del Edipo, el yo infantil se fortaleció para esa operación represiva erigiendo dentro de sí ese mismo obstáculo.”

Uno de los aspectos más relevantes para el trabajo del orientador, consiste en averiguar, y ayudar a los alumnos a revisar, la noción ideal que estos poseen acerca del trabajo. De la misma manera en que las distintas profesiones son consideradas en su valor relacionándolas con experiencias pasadas, proceso que en gran medida ocurre en el ámbito de lo inconsciente, la noción que las personas posee acerca del trabajo, como concepto general, contiene en sí misma una serie de expectativas e idealizaciones que resulta crucial contrastar con las condiciones concretas en que es posible trabajar, de manera tal que puedan generarse otras más adecuadas.. En el caso de los alumnos del grupo con que trabajamos, tratar este tema ha resultado muy interesante. En tercero medio, todos estos jóvenes asistieron a una actividad llamada “Trabajos de fábrica”, donde durante una semana trabajaron como obreros en distintas fábricas de la ciudad y vivieron en la casa de alguno de los obreros. Experiencia que les permitió conocer una cara del trabajo absolutamente distinta a la que siempre habían podido observar. P.: “Mi papá es el dueño y siempre se va a tomar desayuno con mi mamá después de venir a dejarnos, total el puede llegar más tarde al trabajo. En cambio acá... diez para las ocho empezaban a funcionar las máquinas (P. trabajó en una línea de ensamblaje de muebles de cocina), y ahí tenía que estar uno, sino te descontaban horas del sueldo... Igual me dio un poco de lata el lunes cuando mi papá nos trajo, porque allá yo rabiaba porque el jefe llegaba en su *Honda prelude* (al parecer un auto deportivo muy caro), como a las nueve y media, y uno... había partido como a las siete en la micro porque antes de las ocho tenía que trabajar.” Reflexiones como esta se dieron en casi todos los miembros del grupo, las cuales nos mostraron que desde esa época muchos de ellos parecen haber comenzado un interesante cuestionamiento de la visión del trabajo y del trabajador que habían podido formarse a través de sus padres. Nos llamó la atención el que en la mayoría de los casos el trabajo parecía haber perdido todo carácter ideal, transformándose en algo así como *un mal necesario*. J. I.: “Al final todo es un problema porque si eres obrero lo pasas pésimo, yo me acuerdo que salíamos de la casa a más tardar a las siete,... la micro se pegaba la media vuelta,... y llegábamos de vuelta del trabajo, chatos, como a las ocho y media nueve. O sea chao hijos y chao vida familiar,... yo no creo que incluso al Juan (obrero con el que vivía), le halla dado el cuero pa’ pasarlo bien con su señora (risas de todos). D.: nooo, pero si es cierto, imagínate lo latero que debe

ser llegar a donde tu mina y que estis tan cansado que no te pase na',... eso es super común" J. I. bueno, y por el lado del jefe igual era lata, al final nadie lo pescaba y yo creo que por eso era tan pesado. Demás que si yo salgo de mi casa a las ocho (J. I. vive en La Dehesa), no llego ni ca' antes de las nueve y media... En el fondo como hay que producir no más, todo se transforma en una lata y siempre lo pasar' mal."

La conversación fue muy apasionada, ya por lo visto la experiencia de "Trabajos de fábrica", les había removido muchas ideas. Lo cual nos llevó a pensar, por una parte que estos alumnos no habían tenido el apoyo suficiente para elaborar lo que allí habían vivido, mientras que por otra pudimos ver como era posible que a partir de una breve experiencia dentro de una fábrica, fuera posible cuestionar los antiguos esquemas abriendo la posibilidad de crear otros que les permitían establecer ciertas diferencias con la ideología familiar. Situación que en un principio nos preocupó, ya que para algunos el trabajo productivo parecía haber quedado marcado como un ámbito sucio e imposible de humanizar, podía estar llevándolos a excluir de antemano algunas opciones de carrera, en especial de carreras tradicionales. Mientras que para otros, los efectos de la experiencia los había llevado a desarrollar una importante reflexión sobre su lugar privilegiado en la sociedad. Proceso que llevo a algunos a formular una especie de mandato ideal, donde el ingreso a algunas profesiones debía estar ligado a un compromiso de reforma social; situación que no deja de ser interesante, pero que por lo general parecía estar fuertemente marcada por la ideología religiosa del colegio, la cual se asentaba principalmente en la figura del Padre Hurtado, exalumno de la institución, lo cual nos mostraba que desde distintos puntos de vista sus ideas podían estar moviéndose, preferentemente, en un plano ideal. Pero también debemos tener en cuenta que el proceso que viven los adolescentes no constituye un proceso estático, sino que es más bien un trabajo de construcción de significados e imágenes que sin duda irán modificándose a lo largo de su vida.

Idea de trabajo, no es lo mismo que ideal, y este aspecto llega a resultar crucial al momento de comprender las determinantes de la elección vocacional. Problemática altamente compleja dentro de nuestro sistema educacional, donde "cada vez se desarrolla más el método económico de instruir a los jóvenes basándose fundamentalmente en la *transmisión oral* fuera de contexto, en lugar de la *demonstración* dentro del contexto... Esta misma extirpación convierte al aprendizaje en un acto por sí mismo, liberado de los fines inmediatos de la acción." (Bruner, 1987. Pág. 26). Por lo general nuestros jóvenes sólo pueden formarse representaciones ideales de lo que significa el trabajo y las diferentes posiciones que en el se puede ocupar. Representaciones que por lo general solamente tienen como referencia a los padres, la familia ampliada, y en algunos casos al profesor de asignatura.

Lo que genera un complejo problema a la labor del orientador para quien puede resultar muy difícil trabajar este aspecto, tan determinante, de los fundamentos de la elección vocacional. En algunos alumnos, llegamos a pensar que, dado que estas imágenes estaban tan enraizadas en la cultura familiar, sus preferencias de carrera podían estar fuertemente influidas por la necesidad de mostrar un límite entre ellos y la *ley* familiar. Situación que en principio no nos parece una aberración, como suelen pensar muchos profesores y orientadores, pero que debe ser tomada en cuenta como parte de un proceso mayor, que a medida que avance tendrá que confirmar o desconfirmar este tipo de elección. Como nos dice Foladori, la búsqueda vocacional no puede responder a verdades establecidas con antelación, sino que el mismo proceso, que de ninguna manera acaba con el término de la relación con el orientador, irá demarcando los puntos de encuentro con los modelos personales y sociales, en base a los cuales se podrá reflexionar y elaborar las representaciones que guiarán el actuar de los sujetos (Foladori, 1991).

Hasta el momento hemos podido observar la manera en que la historia de vida de un sujeto determina su posterior elección vocacional. Elección que a diferencia de lo que se suelen pensar los teóricos tradicionales de la elección vocacional, parece tener sus fundamentos en las experiencias pasadas donde el sujeto pudo satisfacer sus deseos. Con lo cual podemos afirmar que más que aquello que denominamos elección de un objeto, es más bien un 'encuentro' o un 'reencuentro' de los objetos que pueden dar lugar a satisfacciones parecidas a las que alguna vez se obtuvieron. Satisfacciones que por lo general están ligadas a las relaciones que se establecieron con las figuras parentales, o con aquellos que en algún momento resultaron equivalentes. Ahora bien, al considerar el problema de la identificación, pudimos ver como aquello que solemos llamar *nuestros* deseos van a estar determinados de manera radical por los deseos y aspiraciones de otros. En este sentido, el caso de D. nos mostraba como esa cadena de elecciones y deseos frustrados son depositados en los hijos, con lo cual los deseos de éste pueden llegar a tener raíces más allá de lo que solemos esperar y de lo que un test puede llegar a detectar. La instancia del superyó, heredera de la relación establecida con las figuras parentales recoge estas tradiciones al punto que muchos de sus valores y mandatos desbordan el ámbito familiar, constituyéndose en el representante de un patrimonio común a toda la humanidad (Freud, 1914; 1923). La ley, en el contenido establecerá para el sujeto aquello que le es posible desear y los modos en que es posible satisfacer esos deseos; "*dejaré la pintura para los ratos libre, sólo como un hobbie*", solemos escuchara muchos que al parecer sólo se permiten escoger un objeto pero teniendo en cuenta determinadas restricciones, del mismo modo como el niño puede mantener su

vínculo con la madre mientras este dominado por la corriente tierna de la pulsión sexual. Pero además contendrá la imagen ideal de sí, de lo que alguna vez se fue (tanto en el sentido de haber sido como en el sentido de lo que se perdió), y esta representación, que está radicalmente influenciada por la manera en que nuestros padres nos vieron, funcionará como una meta a alcanzar, el rasero con el cual medimos nuestro ser actual.

Pero estos procesos no siempre se desarrollan de forma ideal y muchas veces la constitución de nuestra identidad y de nuestros deseos puede resultar defectuosa o inacabada. Como podemos ver, la identificación suele cumplir un papel defensivo, en el funcionamiento del aparato psíquico, y al igual que toda defensa puede fallar e impedir la posibilidad de acceder a una identidad ocupacional. O del mismo modo, los mandatos superyoicos pueden resultar absolutamente inconciliables con los deseos del sujeto, no pudiendo lograrse formaciones de compromiso adecuadas que permitan al yo responder a las demandas que debe afrontar (Freud, 1923). Este tipo de situaciones suelen darse dentro del período de la adolescencia, que muchas veces suele coincidir con el ingreso de los sujetos al mundo laboral o a la universidad. Por lo cual no es extraño observar que muchos adolescentes, quienes aún no han logrado alcanzar una identidad bien integrada, se sientan desbordados por las demandas que recibe desde sus padres, el colegio, y desde sí mismos, y terminen invadidos por la angustia no siendo capaces de decidir (Foladori, 1987; Bohoslavsky, 1979; Kalniker de Kesselman, 1977).

d) *Elección vocacional y crisis de identidad.*

El caso que hemos escogido para introducir este problema, es uno que ya hemos considerado anteriormente y que ha resultado ser uno de los más interesantes que hemos podido conocer. No sólo por la manera como está implicado en el la situación de crisis de identidad, sino que este nos permitió ver como la introducción de una modalidad de trabajo distinta, solamente es aceptada en las instituciones en tanto no cuestione o complique el conjunto de valores o reglas que regulan el que hacer institucional. Pero veamos el caso de C., joven con el que lamentablemente no pudimos seguir trabajando, ya que de un momento a otro se nos *recomendó* por parte del antiguo orientador del colegio, dejar el caso en manos de otro profesional.

C. fue miembro del grupo durante las tres primeras sesiones. Después pudimos tener, a petición de él dos sesiones individuales, hasta el momento en que intervino el *orientador*. Este alumno

no tenía muchos amigos en el colegio, y mantenía una relación distante, con los demás miembros del grupo; relación donde resaltaba una gran desconfianza a hablar de sí mismo ante sus compañeros, junto a un trato marcadamente formal con el coordinador. Por lo general, la relación con los demás siempre ha sido tensa, debido a la extrañeza y a la burla que causa en sus compañeros unos marcados rasgos afeminados que C. presenta. Debemos aclarar que nuestro trabajo se realiza dentro de un colegio de hombres, *es decir no mixto*. En la primera sesión, C. manifiesta que no tiene ninguna claridad acerca de que estudiar. “no lo sé, he estado pensando y tal podría ser algo como antropología o enfermería tal vez. Pero la verdad es que no tengo nada claro... a veces pienso que debería estudiar derecho como mi papá, yo creo que al menos eso haría más fácil las cosas, aunque no quiero estudiar algo que no me guste.” C. dice pertenecer a una familia muy tradicional, donde el padre aparece como una figura especialmente severa, que “no aguataría tonteras como estudiar cualquier cosa”. En muchas ocasiones llamó a todo el grupo el hecho que C. repetía constantemente que es muy probable que si él escogía alguna de las carreras que tenía en mente su papá diría que su elección es una *aberración*.

Al hablar de su vida, C. se siempre se muestra reticente a revelar muchos hechos, pero por sobre todo destaca una infancia muy feliz, marca por una relación muy cercana con su mamá. C. es el menor de tres hermanos, y viene a ser lo que en Chile se suele denominar ‘el concho de la familia’. Este período parece haberse interrumpido en el momento en que su padre dejó de viajar constantemente, producto del trabajo que tenía en ese entonces, y volvió a vivir regularmente con su familia. “No se,... yo me acuerdo que cuando mi papá se cambió de trabajo era una lata. El estaba todo el día retándome y me decía que era un guagualón y que tenía que cambiar.”

Cuando en la tercera sesión le correspondió a C. hablar de las razones por las que estaba interesado en las carreras que había nombrado le resulta bastante difícil clarificar sus dichos. “No se, me tinca la antropología desde que leí unos artículos de una señora que escribe en el mercurio... Algo Mey creo que se llama. Son súper buenos, hablan del hombre y como entenderlo y yo creo que ella sabe mucho. A mi me gustaría eso, saber sobre los hombres, como viven. Y así poder explicarse muchas cosas.” “D.: pero entonces es como si quisieras saber lo mismo que ella,... pero ¿y si no fuera antropóloga?” Ante esta pregunta C. se queda callado, y el grupo no volvió a preguntar. Al salir de la sesión C. se nos acerca y pregunta si es posible tener alguna sesión sin lo compañeros, porque hay muchos de ellos que no le caen bien y esto le impide hablar con calma. “Yo creo que hablar de estas cosas es bueno, igual me ha ayudado a pensar harto, pero creo que me podría servir más si no

fuera en grupo.” Ante esta petición, se le ofrece tener una sesión individual donde se conversaría con calma la situación.

Durante las dos sesiones individuales que siguieron, C. Se mostró un poco más confiado, y pudo explayarse con mayor facilidad. “Es que para mí así es más fácil, en el grupo hay gente con la que no me llevo bien y prefiero no hablar mucho... yo siento que ellos no se toman en serio las cosas, como que todo les da lo mismo.” Visión que no concuerda con la imagen que hemos podido formarnos de los integrantes del grupo, lo cual se lo hacemos saber a C. Ante lo cual contesta que “lo que pasa es que yo soy distinto a ellos, yo soy más serio... yo a veces no me siento parte de mi curso, y en el colegio como que me siento más cerca de algunos profesores que de los alumnos... no se igual yo soy súper enrollado.” Al parecer, C. No ha logrado establecer un grupo de amigos estable, y tampoco tiene un grupo con el cual se identifique. Cuando habla de sí a partir de un grupo de referencia, dice ser considerado parte de ‘los pernos de la generación.’ Grupo en que, según nos dice C, los alumnos ubican a los compañeros que no salen a fiestas, no se juntan con mujeres o son tímidos con ellas, que son ordenados y fomes. Características que él dice ‘posiblemente tener’, pero que en ningún caso lo hacen sentir parte del grupo. “Es que de verdad no es un grupo, ni siquiera somos amigos entre nosotros,... no tenemos cosas en común, intereses,... no se, pero tampoco son mis amigos.” Finalmente podemos concluir que C., carece de un grupo de amigos que pueda contener sus ansiedades y acompañarlo en sus problemas, así como también parece carecer de un grupo de referencia que lo ayude a definir su identidad.

Hacia el final de la primera sesión individual, C. Comienza a hablar con mayor soltura de sus intereses de estudio, los cuales relaciona con complicadas experiencia tempranas vividas en su familia. “A mí me gustaría conocer más como son las personas, entender sus sentimientos y porque hacen las cosas que hacen... Saber como son los hombres, eso es algo que siempre me ha interesado.” Durante su infancia C. recuerda que si bien tenía una relación muy cercana con su mamá, siempre le había costado entender que esperaba ella de él. “Yo nunca podía saber lo que ella quería, un día se levantaba bien y todo bien, pero otras veces yo no se que le pasaba y me retaba por todo... y se puso peor cuando volvió mi papá... Yo no se pero siempre trataba de entender lo que les pasaba, y después leía algunos libros de psicología y cosas así. Yo creo que de ahí viene mi interés.” En la última sesión C. continúa explayándose acerca de sus intereses vocacionales y sus dichos nos llevaron a preguntarle por qué tenía en mente antropología, ya que por lo que decía su interés estaba más ligado a problemas psicológicos que antropológicos. Ante lo cual nos contesta: “No se, yo creo que porque los artículos de esta señora, la antropóloga de que le hablé el otro día, se acuerda,... yo creo

que lo que ella dice de las personas me interesa y me hace caleta de sentido.” Luego C. se queda callado por un buen momento y continúa: “Si lo sé, pero es que yo siempre soy así, si yo tengo claro lo que quiero estudiar, a mi siempre me a gustado la psicología,... desde que empezamos a leer a Lola Hoffman con Fermín (profesor de filosofía), con lo de los sueños y todo eso. Pero a mi siempre me cuesta decirle a mi papá lo que quiero y,... al final siempre digo que quiero otra cosa.” C. se muestra muy angustiado ante esta situación, donde parece tener que estar constantemente renunciando a dar a conocer sus deseos e intereses, lo cual constante mente lo lleva a dudar de lo que quiere y de sí mismo. “No se,... mi papá siempre a sido súper conservador y cada vez que yo quiero algo me dice que son puras burradas,... yo sé que soy distinto a la mayoría de la gente, pero yo creo que eso no está mal.”

A estas alturas, C. ha llegado a hablar con más confianza de lo que le ocurre, y por lo visto sus dudas vocacionales, parecen tener un lugar bastante secundario tras una serie de problemas relacionados con su identidad y la posibilidad de definirla en la relación que establece con otros. De alguna manera C. nos da a entender que en la base de sus indefiniciones hay una importante confusión en torno a su identidad sexual, lo cual nos lleva a pensar en una probable homosexualidad, al menos latente. Más tarde nos enteramos que C., hace un año, había confesado a sus padres un interés sexual por los hombres, lo cual había provocado gran conflicto en la familia, y había decidido a su padre a llevarlo a un psicólogo para que ‘lo arreglara’. De todas formas, consideramos que no tiene mucho sentido hablar de homosexualidad en medio de una importante crisis de identidad. Pero, más aún nos pareció que no tenía ningún sentido pensar en una adecuada elección vocacional en los momentos en que C. a penas sabía quién podía ser, opinión que su profesora jefe compartía plenamente. Antes que se realizara otra sesión, C. estuvo conversando con el orientador que en años anteriores había trabajado con él, quién le propuso continuar su trabajo con el psicólogo con que venía trabajando desde aquella vez en que su padre lo llevó a consultar. Decisión que posteriormente nos informó el orientador, en una reunión donde nos reveló las confesiones que C. había hecho a sus padres. No nos parece que concentrar el trabajo en un profesional haya sido una mala idea, pero la manera en que se dieron los hechos nos llevo a reflexionar acerca del lugar que nuestra práctica podía tener dentro de la institución. Pero más adelante, al referimos a la formulación de programas de orientación comentaremos más de este problema.

Por ahora lo que nos interesa ejemplificar es como la elección vocacional, necesita de un desarrollo adecuado de la identidad. Aunque este término pueda ser discutido por algunos

psicoanalistas, creemos que para los orientadores puede ser útil para llegar a entender los problemas que presentan sus ayudados. Como hemos visto anteriormente, la constitución del objeto vocacional se funda en la posibilidad de integrar una serie de aspectos que en un principio, pueden ser contradictorios. El hecho de que nuestros deseos se constituyan a partir de los otros y que nuestro yo se construya a partir de la imagen de aquellos con que hemos establecido relaciones significativas, implica que la integración de estos aspectos sea un problema de difícil solución. Más aún cuando no es posible establecer relaciones cercanas con el grupo de pares que permitan definirse (Bohoslavsky, 1979). Según Bohoslavsky, el grupo de pares tiene una gran importancia, en tanto se constituye como un marco de referencia, siempre positivo, que permite que muchas veces los adolescentes logren articular aspectos de sí mismo que no han logrado integrarse a partir de las identificaciones con el grupo familiar (Bohoslavsky, 1979). Situación que en el caso de C. no ocurre, ya que por lo visto se encuentra con parecidas resistencias a sus intereses sexuales, que las que encuentra en su grupo familiar. A pesar que ninguno de los alumnos a sabido de su interés por los hombres, C. suele ser víctima de constantes burlas por parte de sus compañeros, las cuales se alternan con importantes períodos de aislamiento. Situación que para un adolescente resulta extremadamente compleja.

La gran mayoría de los autores que hemos consultado, insiste que uno de los grandes obstáculos con que se encuentra el adolescente al momento de elegir una profesión, es la crisis de identidad que muchos de ellos viven. La adolescencia es un período de cambios, donde una buena cantidad de las ideas y representaciones que el sujeto posee de sí mismo y del mundo, comienzan a entrar en conflicto y necesitan ser redefinidas. Para Foladori, el núcleo central de la conflictiva adolescente en nuestra sociedad atañe al problema de la identidad (Foladori, 1987); problemática que sin duda se funda de manera importante en la definición de la identidad sexual. Como hemos visto, el objeto vocacional, no es uno aislado, que solamente intente satisfacer necesidades intelectuales o profesionales, sino que en último término siempre está teñido de un carácter sexual. Problemática que es muy interesante observar a partir del caso de C. donde podemos preguntarnos: ¿cuál es el deseo que este alumno no puede confesar sus papás? ¿Cuál de sus gustos podría constituir una *aberración*? Seguramente si se tratara solo de carreras o profesiones el problema sería mucho más simple, pero no debemos olvidar que, además de la imposibilidad de acceder a una integrada imagen de sí y a una conciliación de sus deseos, C. debe enfrentarse al hecho que en el imaginario social suele relacionarse a las profesiones con el rol sexual. Incluso podríamos decir que desde cierto punto de vista, existen profesiones asociadas a un sexo específico. Las parvularias son mujeres, en tanto los hombres son ingenieros o abogados; aún más si pensamos en un caso extremo como el de los

mineros, quienes han llegado a crear toda una mitología que sustenta la idea que las mujeres no pueden practicar dicha ocupación: para explicar derrumbes en los pueblos de minas se suele decir que los *accidentes, ocurren cuando entran mujeres a la mina. Ya que si eso pasa la mina se pone celosa y se enoja.*

Elegir una profesión, es elegir una modalidad de vida, y por lo tanto, junto a la satisfacción de ciertas necesidades, una manera de desarrollar la imagen ideal que cada uno tiene de sí. En este sentido, podemos pensar que para C. querer estudiar enfermería, o psicología, por ser carreras que habitualmente suelen ser relacionadas con lo femenino, bastará ver la proporción de hombre y mujeres que se inscriben en dichas carreras, podría estar poniendo en evidencia una cierta tendencia sexual distinta a la que poseen sus compañeros y a la que esperan que tenga sus papás. Pero, si entendemos que la identidad está constituida por distintos aspectos, tenemos que decir que el adolescente no sólo debe enfrentar la crisis de la identidad sexual. Durante este período su personalidad entera suele entrar en crisis, o por lo menos se transforma en objeto de importantes cuestionamientos. Problema que se ve aumentado por la poca colaboración que a estos sujetos suele prestarle la sociedad, que por ejemplo lo obliga a elegir que será en el futuro en aquellos momentos en que el adolescente a dejado de saber quien a llegado a ser en el presente. "Para el adolescente las instituciones son promotoras de nuevas angustias, no se sabe por qué pero hay que cumplir con normas que no se sabe por quién fueron dictadas y menos aún bajo qué criterios." (Foladori, 1987. Pág. 8). La forma en que las instituciones suelen abordar el problema resulta ser tan compleja y contradictoria que en muchos casos, resulta más adecuado pensar que antes de extrañarnos porque un adolescente no pueda elegir una profesión, deberíamos extrañarnos de que alguien se muestre completamente seguro de lo que *va a ser*. Más aún si no se sabe, con que parámetros serán medidos para aceptarlos en las distintos espacios que ofrece la sociedad. En este sentido no nos resultó extraño escuchar en repetidas ocasiones durante las sesiones del grupo, decir a los jóvenes que no entendían nada de lo que se esperaba de ellos, ni en el colegio, ni en sus casas. Situación que éste año se ha visto agravada por la introducción de una nueva prueba de ingreso a la universidad que ha estado plagada de críticas e indefiniciones por parte de las autoridades.

Debemos aclarar que si bien compartimos la opinión acerca del papel que juega la crisis de identidad en las problemáticas vocacionales, creemos que esta no solamente debe ser abordada como un momento del período de la adolescencia. Adolescencia es más bien un constructo teórico que intenta explicar un período de cambio y ajuste de la persona, pero no puede ser especificada para una edad concreta y generalizada a todos sin tener en cuenta el marco social y cultural en que se vive. Como lo muestran una buena cantidad de estudios antropológicos, hay culturas donde el paso a la

vida adulta, se realiza a través de ritos, los cuales poseen una duración definida y que terminan con el reconocimiento, por parte de todo el grupo, del sujeto como un adulto (Foladori, 1987). En nuestra sociedad, este proceso suele ser bastante más extenso e indefinido, y parece ser más adecuado hablar de la adolescencia a partir del nivel de estructuración de la identidad, más que hablar de crisis de identidad a partir de la adolescencia. Por lo demás no es extraño encontrarse con adultos que luego de muchos años de una exitosa carrera profesional, por alguna u otra razón, sienten que su vida a cambiado y dejan sus trabajos para abrazar ocupaciones distintas a las que hasta ese momento han desarrollado. Con lo cual podemos suponer que la identidad ocupacional, y seguramente la identidad en general, puede estar sujeta a cambios o readecuaciones a lo largo de toda la vida.

e) *Vocación y reparación.*

A pesar que en nuestra práctica hemos preferido tener como referencia la teoría psicoanalítica de Freud, en algunos momentos se nos ha hecho necesario considerar un concepto que psicoanalistas kleinianos han aportado a la comprensión de los fenómenos vocacionales: la reparación (Bohoslavky, 1979; Wender, 1965). Paradojálmente, es en el caso de un miembro del grupo que parece tener la *necesidad* de estudiar medicina, la cual se articula alrededor de la idea de *curar*, donde se nos ha hecho presente la utilidad que puede tener este concepto. En su trabajo "Psicoanálisis de la vocación", Leonardo Wender plante que ésta puede ser entendida como: "el impulso o la expresión coherente y adecuada de los requerimientos reparatorios, surgidos como respuesta a la percepción de un objeto interno dañado." (Wender, 1965. Pág. 29). Aunque nos parece que esta perspectiva, puede resultar un tanto reduccionista, en tanto pone el acento en un conflicto interno entre las percepciones internalizadas de los objetos, dejando a un lado las importancia de las determinantes sociales y e interpersonales de la elección vocacional. Aunque esto, no implica que en algunos casos esta perspectiva resulte muy adecuada para aproximarse al problema vocacional. Por ejemplo, todos los fanáticos del fútbol, conocerán la vieja historia de Pelé, quien suele narran la siguiente historia cuando se le pregunta por las razones por las que llegó a ser futbolista: "La verdad es que para mi todo comenzó para el mundial que se jugo en mi país. En ese tiempo yo era un niño pequeño y el día de la final con Uruguay todo el país estaba convulsionado, tenía como 9 años... Yo recuerdo que ese día mi padre se había reunido con unos amigos a escuchar el partido... El era un hombre muy rudo y distante, y yo nunca lo había visto mostrar sus sentimientos, pero ese día... cuando había terminado el partido yo me acerque a este grupo de hombres, porque no sabía que les

pasaba y por primera vez en mi vida vi a mi papá llorar. Yo no entendía nada y recuerdo que le dije papá que pasa y el me dijo que habíamos perdido la final... Yo no recuerdo muy bien que sentí, pero me impactó mucho verlo llorar. Si me acuerdo que le dije que no se preocupara y que no llorara más, que yo ganaría una copa del mundo para él.”¹⁵ Ocho años después Pelé ganaba su primera, de tres copas mundiales, en el mundial realizado en Suecia.

Pero veamos un caso más cercano, donde las exigencias reparatorias no parecen augurar un final tan exitoso. N. Es uno de los alumnos más destacados de su generación en el área humanista. Es reconocido por sus compañeros como un gran pensador y suele ser apodado ‘el filósofo’, por sus amigos más cercanos. Pero sus intereses vocacionales parecen estar ligados a la carrera de medicina que se le impone como una *ineludible obligación*. “Yo quiero estudiar medicina, porque creo que ese es un campo donde hay mucho que hacer... Hay que reformar la medicina y acercarla más a la gente y yo creo que con mi mirada humanista puedo aportar a cambiar eso.” N. Se encuentra bastante complicado por el hecho sus buenas notas en el área humanista contrastan con los bajos resultados que suele obtener en ramos como biología o química; situación que lo tiene muy angustiado ya que probablemente no alcance el puntaje requerido para estudiar medicina. “Y entrar a una privada no vale, eso no es universidad.” Cuando N. habla del origen de su interés por la medicina narra lo siguiente: “No lo se muy bien, el año pasado yo estaba en el plan humanista y como al final de año sentí que eso no me llenaba, que aprendía harto pero que no servía pa’ na’... Y no se muy bien por qué pero me cambié al biólogo. Después me he ido dando cuenta que me interesa el cuerpo humano y eso de *curar*, lo que yo quiero es ayudar a la gente, ayudar a curar.”

En la sesión donde los alumnos hablaron de la historia de las profesiones familiares, N. nos cuenta que su padre, era profesor, pero que casi no lo había conocido porque había muerto cuando él era pequeño, *producto de una enfermedad que los doctores no pudieron detectar a tiempo*. Ante lo cual J. I. le propone: “Pero, entonces lo que te pasa igual puede tener que ver con tu papá.” (Sin duda que es sorprendente lo que se puede obtener al dejar hablar a un grupo de adolescentes cuando han ganado algo de confianza entre sí). Propuesta que llamó bastante la atención del grupo que dedico bastante tiempo a reflexionar sobre el tema, lo cual fue muy bien recogido por N. aunque al final dijo no estar muy convencido de cuan importante podría ser. Pero para la mayoría parecía evidente que esta necesidad de curar y su crítica a la medicina estaban ligadas a la muerte de su padre y a una supuesta negligencia médica producto de la lejanía que parece haber existido entre médico y paciente.

¹⁵ Relato tomado de la entrevista que Quique Wolf realizara a Pelé en el programa ‘Simplemente fútbol’ transmitido el día 15 de Mayo de 2003.

En el niño, junto a las tendencias de vida, la pulsión de muerte se dirige a los objetos de deseo, fundamentalmente en tanto estos no están presentes y no permiten la satisfacción de los deseos de la guagua. Pero este proceso es un proceso que tiene lugar en la fantasía del sujeto y que a pesar de que en el caso de N. tenemos una muerte y una ausencia real, no debe derivarse necesariamente de este tipo de sucesos, la agresión contra los objetos. Es más debe suponerse como una tendencia general del funcionamiento psíquico infantil. "Cuando se habla de un objeto *bueno* destruido debe aclararse que si el objeto bueno es objeto de destrucción eso se debe a que además de ser amado es odiado." (Bohoslavsky, 1979. Pág. 65) Esta ambivalencia sería el resultado de la integración de las imágenes *buenas y malas* que la guagua se representa de sus padres en los primeros años de vida. En el momento que producto del desarrollo psíquico el niño es capaz de integrar ambas imágenes en una sola, se le presenta la necesidad de reparar los daños infligidos en la fantasía, al objeto. Cuando este proceso es logrado con éxito da pie al desarrollo de importantes capacidades creativas y sublimatorias en el niño. De no ser así, se generan fuertes angustias e intentos maniacos de reparación (Klein, 1937). En este caso, podemos pensar que la vocación de N. se constituye a partir de una fuerte demanda inconsciente de reparar aquel objeto paterno que seguramente se ha incorporado como un objeto fuertemente dañado. Fenómeno que no sólo podemos observar en el interés por carreras como la medicina, sino que en otros casos donde por ejemplo la arquitectura aparece como un medio de reparar el cuerpo materno dañado. Este último aspecto parece cobrar bastante relevancia en el caso de N. quien nos a contado en otras sesiones que desde pequeño ha visto a su madre sufrir extrañas enfermedades corporales, como parálisis y calambres, que los médicos no saben explicar; probablemente una histeria con sintomatología clásica. En todo caso, sin desconocer el valor determinante de las tendencias reparatorias en la constitución de la vocación, creemos que es necesario ir más allá de los intentos reparatorios para comprender este caso, ya que un complejo interés investigativo, generado por este enigmático cuerpo materno parece dar mejor razón de su cambio de plan de estudios, y un marcado interés por la investigación médica que presenta la alternativa de estudiar biología como un consuelo a la carrera de medicina; ambos elementos han comenzado a aparecer en el discurso de N. durante las últimas sesiones.

f) *Algunas consideraciones en torno al problema de la sublimación.*

Hemos dejado para el final este concepto, ya que consideramos que su valor para la comprensión de los problemas vocacional puede ser tan grande como la dificultad que presenta este concepto para ser utilizado en el diseño de programas de orientación. Que queremos decir con esto: si bien es cierto que con este concepto Freud intentó dar cuenta de la manera en que la pulsión sexual puede cambiar sus metas para dirigirse a actividades desexualizadas y valoradas culturalmente, no es menos cierto que la sublimación suele ser un mecanismo oscuro que aún no ha podido ser comprendido en profundidad por los psicoanalistas, al punto que algunos de ellos lo desechan o proponen sustituirlo por otras ideas menos complejas (Laplanche, 1983).

Pero no por esto podemos eludir este concepto, e intentaremos aclarar algunos elementos que nos permitan diferenciar nuestra postura del uso que habitualmente se le suele dar en orientación vocacional. Consideremos primero la definición que para sublimación, nos ofrece el diccionario de Laplanche y Pontalis: "Proceso postulado por Freud para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad pero que hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual. Freud describió como actividades de resorte principalmente a la actividad artística y la investigación intelectual.

Se dice que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin, no sexual, y apunta hacia objetos socialmente valorados." (Laplanche y Pontalis, 1967. Pág. 415). Esta perspectiva parece haber llevado a muchos teóricos de la orientación vocacional, a suponer que este mecanismo constituiría la base de la elección vocacional (Crittes, 1974). Pero como ya hemos mencionado, consideramos que esta perspectiva, generalmente ligada a la psicología norteamericana del yo, supone que dicho mecanismo esta asociado a lo que han denominado funciones autónomas del yo, lo cual puede mover a confusión.

No toda vez que observamos trabajar a un sujeto podemos suponer que esta actividad se desarrolla a partir de la sublimación de tendencias libidinales. Es muy probable, y podemos decir así lo demuestra el *malestar en la cultura* (Freud, 1930), que en la gran mayoría de los casos la desviación de la energía sexual sea el resultado de algún mecanismo fundado en un acto represivo, que no es posible asimilar al mecanismo de la sublimación; por ejemplo una formación reactiva. No queremos decir que estemos de acuerdo en pensar que sólo el trabajo artístico o científico permita sublimar, sino que consideramos que extender indiscriminadamente este concepto puede constituir una falacia represiva más que aporte la teoría vocacional al servicio de la dominación social. Porque si seguimos

la teoría de Freud el mecanismo de la sublimación suele estar ligado a actividades socialmente valoradas (Freud, 1910; 1930); y en nuestra sociedad bastante lejos estamos de poder asignar valor a una buena cantidad de las ocupaciones laborales. Sólo una perspectiva ingenua podría suponer que todos lo que trabajan obtienen placer en su labor, en tanto que el estrés y la constante insatisfacción social parecen suficiente prueba de que la gran mayoría no trabaja a partir de una sublimación de sus deseos libidinales.

Pero un segundo punto, nos lleva a pensar que este concepto, si bien es fundamental, resulta útil en un ámbito explicativo más que en el plano de la intervención. Por lo general, la sublimación parece estar asociada, aunque no de manera excluyente, a la desviación de la libido ligada a las pulsiones parciales que tan importante rol juegan en la determinación de la elección de objeto. Estas pulsiones que se muestran independientes de las zonas erógenas desde el comienzo están dirigidas a otro al que toman en calidad de objetos sexuales (Freud, 1905). La tendencia del niño a ver y exhibirse, así como el deseo de manipular y apoderarse de los objetos, están desde un principio ligados a una satisfacción sexual, pero a medida que se instaura la represión deberán abandonar sus expectativas originarias y desplazarse hacia otras metas y objetos. Dentro de este problema, destaca el papel que la pulsión de saber o de investigar desarrolla en la sexualidad infantil, y en la posterior conformación de la vocación de investigador.

A partir de ella, Freud intenta explicar el origen de la energía que lleva a un hombre como Leonardo a desarrollar una importante actividad investigadora. Pero en este mismo estudio Freud nos advierte que no toda desviación de los intereses del niño respecto a su saber de lo sexual desemboca en una sublimación, sino que más frecuentemente tenemos como resultado, producto de la represión y el relegamiento a lo inconsciente de estas aspiraciones, una inhibición del pensar o incluso una inadecuada represión de los impulsos que deriva en la compulsión neurótica del pensamiento característica de la obsesión. En este mecanismo de la sublimación, "más raro y perfecto,... también interviene la represión de lo sexual, pero no consigue arrojar a lo inconsciente una pulsión parcial del placer sexual, sino que la libido escapa al destino de la represión sublimándose desde el comienzo mismo en un apetito de saber y sumándose como vigoroso refuerzo a la pulsión de investigar." (Freud, 1910. Pág. 74-5). Pero que quiere decir *desde el principio*, según Laplanche esta modalidad de satisfacción, por lo general se instituye a partir de una propiedad de la pulsión y no como una capacidad del yo, como una acción del yo; por lo cual, su participación sólo puede ser esperada en el proceso de análisis, pero no motivada o dirigida por el trabajo de la cura (Laplanche, 1983). Situación que sin duda resultará más extrema en el ámbito de trabajo del orientador

vocacional. Donde por lo general puede resultar prácticamente imposible trabajar con los estratos inconscientes del alma.

Un último punto que nos gustaría destacar respecto de las dificultades que presenta este concepto es lo difícil que puede resultar detectarlo, salvo que se haga una generalización indiscriminada en su uso. Porque cómo sabemos cuando un deseo vocacional es el resultado de una sublimación. Al parecer el único parámetro general que podemos tener es la ausencia de angustia, de compulsiones o de actividades perversas en el desarrollo de alguna ocupación; ante la ausencia de estos signos podríamos afirmar que el sujeto está sublimando (Laplanche, 1983). Pero esto nos lleva a un plano psicopatológico que por lo general no suele ser bien manejado por los orientadores. Pero además, como definimos lo que pueda ser digno de valoración cultural. Porque no solemos decir que el escribir o el investigar es de por sí una sublimación, cuando nos encontramos con una mala novela o una mala tesis. Más bien parece que el valor cultural proviene de la calidad del objeto producido, lo que nos lleva a un plano donde los parámetros de definición pueden llegar a ser tan absurdos y cambiantes, que no pueden ser utilizados por el orientador.

En definitiva, pensamos que el concepto de sublimación debe ser considerado por la teoría de la elección, en tanto permite comprender diversos aspectos del fenómeno vocacional, que sino no tendrían explicación. Por ejemplo la manera en que se constituye la demanda vocacional. Pero que debe ser considerado con todas las precauciones que requiere el manejo de conceptos tan complejos y que hasta el día de hoy no poseen una teoría explicativa completamente satisfactoria. Porque nuestra experiencia, por muy corta que sea, nos ha mostrado que este concepto puede ser usado, desconociendo la situación vital que concretamente viven los sujetos en su trabajo, para ocultar complejas situaciones de represión social. Ya que como nos dice Freud, el caso de la sublimación así como puede ser el más perfecto, también es el 'más raro' y 'escaso' (Freud, 1930), y probablemente cuando decimos que los hombres subliman a través de su trabajo, sólo nos estamos refiriendo a un reducido grupo de afortunados que a diferencia de la gran masa suelen disfrutar con su trabajo.

4) En resumen...

De la misma manera en que al realizar una breve revisión histórica de hechos que han determinado la distribución profesional hemos podido constatar lo inadecuada que resulta la noción tradicional de elección vocacional, la cual supone que la distribución profesional tiene su origen en las elecciones que hacen los individuos; el entregar la palabra aun grupo de adolescentes quienes están enfrentando el desafío de egresar de la escolaridad nos ha mostrado que este concepto no aborda de manera adecuada la *realidad* del problema vocacional. La consideración de sus dichos, y sus angustias, desde un perspectiva psicoanalítica, ha puesto en evidencia, para nosotros, que las determinantes que llevan a un sujeto a decir: *yo quiero estudiar tal carrera*, lejos están de tener su fundamento en la conciencia y en un pensamiento racional alejado de toda emoción.

A la constitución misma de los deseos y las representaciones que determinan, lo que suele llamarse la elección, subyacen principalmente sentimientos y afectos ligados a necesidades muy profundas y vitales para el ser humano. Suponer que los alumnos eligen en base a una reflexión racional, que debe estar basada en la información acerca de sus intereses y sus habilidades, es desconocer la experiencia real que viven los sujetos al definir su futuro laboral, del mismo modo, en que al soslayar el rol que le cabe a la estructura socioeconómica en la determinación de la distribución profesional ocultamos al sujeto la realidad de su existencia. Al considerar solamente la reflexión consciente, dejando a un lado la consideración de los factores inconscientes y *la historia de la constitución de los deseos vocacionales*, haciendo creer a la conciencia y a la voluntad que tienen el comando del proceso, se oculta, y se niega, ese otro ámbito del ser que a pesar de ser llamado interno, se nos aparece profundamente determinado por el otro. La elección vocacional no constituye un acto del yo que sincrónicamente determina sus aspiraciones laborales a partir de la consideración racional de las posibilidades que ofrece la realidad. Por el contrario, constituye un proceso diacrónico, donde a partir de las experiencias de satisfacción ligadas a las más diversas necesidades pulsionales, se constituye un llamado (vocación) a re-producir esas experiencias y a desarrollar la imagen ideal de sí que se ha formado en el sujeto, de acuerdo a las ocupaciones o carreras profesionales que estén *disponibles para la persona* y que parezcan tener la aptitud para satisfacer la vocación (objeto vocacional). Llamado que como pudimos ver, no sólo se va descubriendo en la historia, sino que también se construye partir de las experiencias que ponen en cuestión las significaciones adquiridas.

Como habíamos mencionado antes, sustituir el concepto de vocación, por el de trabajo u ocupación, puede resultar inadecuado, ya que permite perder de vista ese ámbito de determinaciones tan fundamental que constituyen los deseos, muchos de ellos inconscientes, que mueven al sujeto en su actuar, y que constantemente se nos aparece como un *más allá* de los estrictamente laboral. Por el contrario, resulta interesante mantener esta idea de llamado como un concepto que da cuenta de que en la elección de una profesión, participa un elemento que impulsa al sujeto y lo condiciona en sus intereses. Elemento que sólo parcialmente es conocido, que ha venido a constituirse en la biografía, a partir de la relación con los otros y de la construcción de significaciones a las que ha sido posible acceder. Es decir que no depende de la libertad, ni de la individualidad de la persona, sino que se funda en la estructura psíquica que se ha conformado a partir de la estructura de relaciones familiares.

En los primeros años de vida se producen una serie de procesos que dan como resultado la estructuración del aparato anímico del sujeto; procesos están ligados a las posibilidades de satisfacción que fueron encontrando las pulsiones a través de la historia vital. Entre ellos, la identificación, constituye el mecanismo que da origen al yo, el cual se construye a partir de las relaciones de objeto que ha establecido el ser humano desde los más tempranos instantes de su vida. Como nos dice Freud: "el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto." (Freud, 1923. Pág. 31). Del mismo modo, se constituye una representación ideal de sí, la cual contiene además las expectativas reales e ideales que los padres han depositado en el niño; la cual va a formar parte de la instancia psíquica que denominamos superyó. Esta instancia que habitualmente se nos presenta como conciencia moral, contiene los parámetros en base a los cuales se establece aquello que es posible hacer e incluso desear, mandatos que se instituyen como una exigencia al funcionamiento del yo. Por lo cual, podemos discernir en este superyó una de las determinantes fundamentales del llamado vocacional, en tanto proscribía aquello que el sujeto no le está permitido desear, como prescribe aquello a lo cual debe aspirar. Estableciendo así los límites en base a los cuales podrá constituirse la 'identidad ocupacional'. En este sentido resulta fundamental, la posibilidad de integrar de manera adecuada las distintas representaciones que constituyen la identidad, debido a que el proceso de identificación, no siempre se realiza logrando una adecuada integración de las representaciones. Inconsistencia del proceso, que muchas veces queda en evidencia cuando nos encontramos con las denominadas crisis de identidad; momento de remoción, tectónica, de las diversas placas que conforman la personalidad, y que por lo general suele presentarse en algún período de la adolescencia; obviamente sin ser excluir

su aparición en otras etapas de la vida. Lo cual permite entender repentinos cambios en los intereses ocupacionales, que muchas veces suelen ser la evidencia de una crisis de identidad (Domínguez, 2001). Este proceso de integración, resulta ser uno de los momentos fundamentales ya que abre la posibilidad de construir una modalidad particular de llamado, ya que si bien éste está constituido por las experiencias pasadas, se configurará de acuerdo al modo en que el sujeto sea capaz de elaborar el material del que dispone en el presente.

De la misma manera como a través de las identificaciones se conforma la identidad a partir de las relaciones con otros, las modalidades de satisfacción pulsional van siendo modeladas por la autoridad parental y por aquellos encargados de la educación del sujeto. En un plano más radical, podemos pensar que el deseo mismo se estructura en esta relación con los otros, a partir del apuntalamiento de la pulsión sexual en las pulsiones de autoconservación, proceso a partir del cual fue encontrando sus objetos. En el ser humano los instintos juegan un papel muy secundario y suele ser la madre quién asegura la subsistencia de la guagua (Bruner, 1987; Laplanche, 1983). De esta manera, aquella función que denominamos autoconservación debe ser ubicada en la relación simbiótica que se da entre cría y madre, en vez de en el individuo aislado que es el recién nacido. Con lo cual, viene a ser la madre quién aporta los primeros objetos y las primeras modalidades de satisfacción pulsional; aporte que sin duda conlleva toda la carga sexual y cultural que la madre posee. Desde un inicio nuestros deseos no son nuestros sino que se constituyen a partir de otros que nos cuidan y nos educan (Foladori, 1981), idea que desplaza aún más a la conciencia y al yo del lugar central en que suelen ubicarlo las teorías tradicionales de la elección vocacional. En este sentido existe una serie de mecanismos que permiten a la pulsión alcanzar satisfacciones en los casos en que la censura impida la satisfacción de los deseos; deseos que desde un comienzo están provistos de una carga libidinal. Dentro de los cuales destaca la sublimación, como un mecanismo que permite desviar, directamente, la energía libidinal, sustituyendo la meta de la pulsión originariamente sexual, por otra de carácter sexual, que suele ser valorada por la cultura. Pero, este mecanismo no es el único, ya que diversos mecanismos de defensa pueden dar origen a modos de satisfacción que se nos aparecen alejados de lo sexual; por ejemplo la formación reactiva o el desplazamiento. De esta manera, desde el ello, el llamado recibe un refuerzo que contribuye a configurar el carácter de la vocación. El yo debe hacerse cargo de conciliar estas demandas, articulándolas con las posibilidades concretas que ofrece la realidad. Postulado que derivamos de la teoría freudiana que propone concebir al yo como un vasallo que sirve a tres señores: el ello, el superyó y la realidad (Freud, 1923).

En este sentido, el papel que le cabe al yo no debe ser entendido como un ente rector que dirige el proceso de elección vocacional. Sino que tenemos derecho a concebir a este yo (y a su voluntad) "como una pobre cosa sometida a tres servidumbres" (Freud, 1923. Pág. 56), en su intento por satisfacer las demandas que lo impulsan en la búsqueda del *objeto vocacional*. Con lo cual este proceso, debe ser entendido como una construcción en base a una dialéctica que toma como materiales algo de lo que ya determinado por el pasado y las posibilidades presentes de integrar ese pasado con los desafíos que proponen el futuro y la realidad. En este sentido, podemos afirmar que así como este objeto se busca, la vocación se construye, en el intento por conocerse y por descubrir aquello que determina las características del objeto vocacional. Construcción que, producto del carácter inconcluso del ser humano, nunca es posible llevar hasta el final, quedando siempre (para la desdicha narcisista muchos) un amplio margen de desconocimiento de las razones que determinan el acto mediante el cual un sujeto liga a una profesión la posibilidad de satisfacer sus necesidades en el futuro. Al mismo tiempo que esta brecha abre un importante espacio para la creatividad y el desarrollo de sí mismo.

Porque, debemos tener en cuenta que el término descubrimiento, que a primera vista constituye una alternativa interesante a la idea de elección, resulta ser bastante complejo y requiere de algunas precisiones que hacen necesario sustituirlo por otro más adecuado como el de construcción. En este sentido, hacia el final de su vida, Freud produjo un par de artículos que resultan fundamentales para abordar el trabajo vocacional. Tanto en "Construcciones en el análisis" (Freud, 1937), como en su trabajo acerca de la figura histórica de Moisés (Freud, 1939) Freud intenta comprender hasta que punto el recordar, constituye un acto pasivo donde el sujeto solamente debe ir descubriendo aquello que aconteció en su pasado y que hoy determina su actuar. En ambos trabajos es posible constatar que el trabajo del recordar, nunca constituye una acción pasiva, receptiva, donde el sujeto se encuentra con un pasado ya acontecido, sino que más bien los recuerdos vienen a ser *construcciones*, que teniendo un fundamento biográfico, también responden a un proceso dialéctico entre el pasado y lo actual. Perspectiva que podemos ver anticipada cuando al abordar el problema del sueño, Freud establecía que no tenía sentido discutir sobre la veracidad del relato con que los pacientes presentan sus sueños, ya que el sueño mismo constituía una producción del aparato anímico elaborada a partir del 'trabajo del sueño' (Freud, 1900). Con lo cual, tenemos que dejar a un lado el supuesto de que el trabajo de descubrimiento de los factores que motivan a un sujeto a integrarse a una determinada profesión, consiste en algo así como una excavación en lo profundo, que sería capaz de reflotar los tesoros del pasado (como suelen esperar los buscadores de joyas con

los antiguos galeones piratas; no pocos hablan del tesoro de la vocación). Por el contrario, el trabajo de búsqueda vocacional, se asemeja más a un trabajo de construcción, parecido al que podemos encontrar en la arqueología contemporánea, o en la investigación sobre los dinosaurios. En ambos casos, a diferencia de los que el positivismo solía suponer, el investigador trabaja en base a algunos datos o pistas que le entregan los restos fósiles, pero que son organizados en base a los conocimientos que actualmente poseen las ciencias naturales y la historia (Alimen y Steve, 1997). Del mismo modo, si queremos hablar de descubrimiento de la vocación debemos tener en cuenta que aquello que consideramos descubierto, es más bien una producción, es decir el resultado de un trabajo de elaboración donde intervienen diversos factores.

De la misma forma como en el análisis el paciente va construyendo su biografía, podemos pensar que la vocación es un producto que se elabora a partir del trabajo que el sujeto realiza. Muchos de los casos revisados nos muestran, por ejemplo, como el trabajo de duelo y la elaboración de las pérdidas constituye un factor fundamental en la constitución de las demandas vocacionales y de que manera el encuentro con nuevas experiencias es capaz de aportar a la construcción de significaciones. En este sentido no puede extrañarnos el valor que adquirió y los conflictos que provocó en los alumnos la experiencia de Trabajos de Fábrica, a partir de la cual varios alumnos llegaron a cuestionar, incluso, la imagen que tenían de su padre. Como pudimos constatar, el hecho de haber trabajado en una fábrica y haber compartido con una familia pobre, llevo a los alumnos, no a todos por supuesto, a generar una reflexión, un trabajo de pensamiento, que se ha extendido tanto consciente como inconscientemente por más de un año y que de alguna manera a modificado las nociones ideales que tenían acerca del trabajo y de los trabajadores, abriendo en ellos la posibilidad de desarrollarse en base a otros elementos que no les estaban disponibles. Sin duda que las ideas y significados sobre el mundo adulto y el mundo del trabajo que poseen estos adolescentes, habrían presentado un cariz muy distinto antes de que estos jóvenes vivieran dicha experiencia. Y aún más, el que hayan podido acceder a través del diálogo en el grupo, a una elaboración de esas vivencias que parece haber modificado, de alguna manera, su llamado vocacional, nos permite pensar que en el futuro, cuando puedan vivir concretamente la realidad del mundo universitario y laboral, las nociones que hoy poseen volverán a modificarse (esperamos, que en un sentido que los ayude a ser más felices). Este factor nos permite poner, aún más, en duda la utilidad que puede tener la aplicación de test que intentan descubrir algo que subyacería en el interior del sujeto. Del mismo modo que nos muestra que la tarea del orientador no logra liberarse de sus prejuicios metafísicos cuando intenta sustituir a los test por la palabra. Para ir más allá, es necesario tener en cuenta que lo buscado no es

un elemento estático y acabado, sino que más bien, la vocación viene a ser el producto de un trabajo continuo y cotidiano que por lo demás, no realiza el sujeto aislado de quienes trabajan y viven con él. Problema que obliga al orientador a estar revisando constantemente su trabajo, ya que, al igual como le ocurre al analista, no podrá soslayar la responsabilidad que le cabe en el proceso de construcción de la vocación de aquellos con quienes trabaja. Situación que se ve complicada por el hecho que al estar inserto en una relación humana, y al ser el orientador mismo un ser humano, éste también tendrá oportunidad de ver cuestionadas sus 'elecciones vocacionales' (Foladori, 1991).

No es este el lugar para debatir una noción tan compleja y fundamental para la teoría freudiana como la de 'trabajo psíquico' o de 'trabajo de elaboración', pero si consideramos necesario establecer el carácter productivo que tiene el proceso vocacional. Aspecto que por lo general solemos olvidar en nuestro trabajo, a pesar de tenerlo ante nuestras narices. En este sentido concordamos con Foladori cuando nos dice que para ir más allá de las concepciones tradicionales, es necesario concebir el proceso de búsqueda de la vocación como un proceso de producción en el cual el sujeto va construyendo aquello que suele denominarse la vocación, al mismo tiempo que se construye a sí mismo (Foladori, 1991). De manera tal que si bien no postulamos que los sujetos puedan elegir libremente, esta perspectiva nos permite pensar que junto a las determinantes del pasado, se abre la posibilidad de trabajar la historia de manera tal que sea posible superar la repetición constante de los patrones familiares. Del mismo modo, como las representaciones sociales pueden llegar a ser modificadas en la interacción humana, por medio de los procesos de negociación de significados (Bruner, 1991), el sujeto puede lograr en su relación con los otros y con la realidad concreta del trabajo construir su vocación.

Tercera parte

A) La construcción de la vocación.

En nuestro apartado metodológico, habíamos definido dos objetivos para nuestro trabajo. 1) Revisar la validez del concepto tradicional de elección vocacional, y 2) Proponer un concepto alternativo que resulte más adecuado para el abordaje de los conflictos vocacionales que presentan los sujetos. Respecto de nuestro primer objetivo, podemos decir que a partir de los trabajos de Felix Naville acerca de la historia de la distribución profesional, hemos podido constatar que este concepto no resulta adecuado para explicar las causas de dicha distribución. Por el contrario, desde un punto de vista social e histórico, la distribución profesional resulta ser la expresión de una superestructura políticoeconómica que desde tiempos ancestrales ha determinado la existencia de los seres humanos, dividiéndolos en grupos, o clases, que determinan las posibilidades de acceso al mundo laboral.

Desde otro lugar, al analizar desde una perspectiva freudiana, los discursos de adolescentes que se encuentran en pleno proceso de finalización de su educación escolar y que por lo tanto se ven en la necesidad de definir el modo en que continuarán su vida al egresar de IV medio, nos hemos encontrado con muchas inconsistencias en el modelo tradicional. Al escucharlos hablar acerca de los motivos por los cuales se interesan por una u otra carrera universitaria y los conflictos que presentan al momento de escoger entre ellas, hemos podido constatar que en ningún caso (de los que pudimos observar, al menos) su *elección* resulta determinada por un razonamiento sistemático en base a la información que disponen sobre sí mismos, a partir de la batería de test con que fueron evaluados hace un tiempo, y sobre el mundo laboral y universitario, que suele estar disponible a través de las campañas publicitarias realizadas por las universidades.

Por el contrario, la gran mayoría de ellos parecía fundar su decisión, por una parte, en la imagen, muchas veces ideal, que a través de su vida han podido formarse de las distintas profesiones, de los profesionales y del mundo laboral. Destacando por sobre todo, la idea acerca de *la manera en que a ellos les gustaría vivir*. Mientras que por otra, muchos de ellos decían sentir, “*a pesar de sonar medio loco*”, y sin comprender muy bien cómo, que su interés estaba determinado por las experiencias que

vivieron, generalmente junto a sus padres, durante la infancia o más específicamente la pubertad, las cuales servían de modelo para lo que ellos esperaban del futuro. Un análisis más profundo nos mostró que ambas determinantes se presentaban en todos los casos, y que su consideración dependía más bien de los conflictos que los sujetos presentaban con cada uno de estos elementos y de la manera en que eran capaces de elaborar representaciones que integraran dichas experiencias. De esta forma, nos dimos cuenta que, así como ya lo habían planteado otros autores como Bohoslavsky y el grupo de trabajo que desarrolló el Modelo Morelos de Orientación Vocacional, la noción tradicional de elección vocacional, y el modo de abordaje que en ella se funda, no logran dar cuenta de los *verdaderos* factores que determinan el ingreso de un sujeto a una determinada carrera universitaria o a una determinada actividad laboral.

Ante esta inconsistencia del concepto tradicional elección vocacional, hemos podido ver como desde otras perspectivas, alternativas, es posible generar un modelo comprensivo que parece ser más adecuado para el abordaje de los problemas. En este sentido, hemos podido constatar que resulta fundamental, ir más allá de los prejuicios cartesianos y religiosos, con que habitualmente trabajan las teorías vocacionales, intentando rescatar aspectos del ser humano que por lo general suelen ser excluidos en las teorías que explican la distribución profesional. De esta manera consideramos que resulta más adecuado acercarse a los problemas vocacionales, sustituyendo el concepto tradicional de elección vocacional por el de construcción de la vocación, ya que éste responde de forma más precisa a la concreción del fenómeno. Propuesta que, de todas formas, sólo adquiere sentido si nuestro trabajo es capaz de abandonar una perspectiva paternalista de la función del orientador, siendo capaces de considerar críticamente las condiciones institucionales en que se trabaja (aunque no se emprendan directamente programas de cambio institucional), lo cual parece ser un resultado necesario a partir de entregar la palabra y devolver a los alumnos el lugar de sujetos que les corresponde en el proceso de ingreso al mundo laboral o universitario.

Pasemos entonces a agrupar las ideas ya presentadas, de manera tal que su ordenamiento nos permita describir con mayor claridad nuestra propuesta conceptual. Y a partir de esto formular algunas 'consideraciones generales' respecto de las consecuencias prácticas que se pueden desprender del concepto de descubrimiento vocacional.

1) Las insuficiencias del concepto tradicional de elección. Resumen.

a) La falta de perspectiva histórica y el ocultamiento de la influencia de la división social del trabajo en la distribución profesional.

La gran mayoría de las teorías que intentan explicar las causas de la distribución profesional, suele considerar que estas radican en el individuo y en su libertad de elección. Estas teorías trabajan en base a lo que Foladori ha denominado una concepción voluntarista de la elección (Foladori, 1981). Por lo general estos autores suponen que los sujetos escogen libremente el tipo de ocupación profesional que desean desarrollar en sus vidas, y suelen hacer de acuerdo a la consideración racional de sus intereses y la adecuación de sus habilidades a los requerimientos que presenta una determinada profesión. En este mismo sentido, hay autores que suelen plantear que la elección se produce a partir de la búsqueda que hace todo sujeto de alcanzar un pleno desarrollo de su *ser*, partiendo de la satisfacción de sus necesidades más básicas hasta aquellas relacionadas con lo que Masllow denomina la autorrealización (Crites, 1974). Estas teorías a pesar de proponer una mirada distinta, incluyendo factores emocionales, tampoco salen de la esfera individual, considerando que a pesar que el desarrollo del ser humano se da dentro de la sociedad en que vive, es el yo del sujeto quién determina su forma de ser en el mundo. Por lo general ninguna de estas teorías considera el peso que históricamente ha tenido las determinantes socioeconómicas y culturales en la distribución de la mano de obra. Haciendo creer a los sujetos que todos, si se esfuerzan, tiene la posibilidad de alcanzar aquello que desean en la vida.

Frente a estas teorías se ubican las que Crites ha denominado teorías no psicológicas de la elección vocacional, las que intentan explicar la distribución profesional a partir de las determinantes sociales que influyen en la decisión. Estas teorías muestran que la pertenencia a una clase social determina de manera radical las posibilidades de ingreso a una actividad laboral, quedando fuera del sujeto los factores que explican su ingreso a un determinado campo ocupacional. En este sentido las posibilidades de acceso a la educación, y a la formación profesional juegan un rol fundamental. Para otros autores, el peso de las variables externas a los sujetos, si bien es determinante, no puede ser conocido de antemano, suponiendo que la causa de la llegada de un sujeto a una determinada

ocupación está fundada en el azar (Crites, 1974). Ambas perspectivas tiene en valor de dejar aun lado la visión individualista que caracteriza al pensamiento tradicional de los psicólogos vocacionales, pero suelen presentarse como el resultado de circunstancias particulares, perdiendo de vista la continuidad histórica que hay entre los distintos modelos sociales. Ya que muchas de ellas insisten en que si bien las diferencias sociales influyen en la distribución profesional, nuestras sociedades *democráticas*, permiten que a través de la educación se pueda formar sujetos capaces de aprovechar las ventajas de la movilidad social. De esta manera ocultan un complejo sistema de división social, que nunca es tan abierto y que por lo general limita de forma radical la cantidad de opciones profesionales de que dispone un sujeto.

Frente a estas teorías, una perspectiva inspirada en el materialismo histórico, ha mostrado que la influencia de los factores sociales va mucho más allá, dado que las políticas de económicas que definen los estados suelen establecer planes de desarrollo social que definen de antemano el destino laboral de muchas personas; el caso más extremo de estos es el que se nos presenta en tiempo de guerra donde por decreto, grandes masa de población son introducidas en la industria militar o ejército (Naville, 1962). Nuestra sociedad actual posee mecanismos más sofisticados de dominación, que los que podíamos observar en las sociedades antiguas, pero no por ello resulta menos eficaz en la mantención de las divisiones de clase. Si bien, por lo general, no existen leyes que impidan el acceso de un determinado sujeta a una ocupación, la manera en que los estados definen, por ejemplo, sus políticas educativas marca de tal forma el desarrollo de los sujetos, al punto que por lo general resulta muy difícil que hijos de familias de escasos recursos puedan tener la posibilidad de ingresar a la universidad. Porque los créditos y becas, no son capaces de suplir el déficit con que la gran mayoría de los alumnos de escuelas públicas llega a rendir los exámenes de admisión a la educación superior. Del mismo modo, al dejar que el costo de las carreras adquiera su valor en base a las leyes de oferta y demanda, desemboca en que muchas de ellas tengan elevados precios quedando fuera del alcance de aquellos que no poseen los recursos para pagar, y que tendrían que acceder a créditos sin saber si serán capaces de pagar las deudas que han contraído con el Estado.

Pero el discurso oficial insiste en que paulatinamente se incrementarán los fondos para créditos y becas de modo tal que *todos* los que cumplan con los requisitos puedan ingresar a la educación superior a estudiar lo que deseen. El punto está en que las condiciones del mercado laboral no suelen coincidir con el tipo de profesionales que egresan de los centros de educación superior. Problema que lleva muchas veces a que sujetos que eligieron un profesión, no puedan

desarrollarla al egresar de la universidad debido a la falta de empleo y terminen trabajando en ocupaciones que nada tienen que ver con su elección. Hecho que muestra que con estas medidas solamente se logra aplazar el encuentro de los sujetos con su real posibilidad de elegir, ya que finalmente suele ser la necesidad del mercado y la oferta de trabajo las que determinan la distribución profesional. Ejemplo de cómo la estructura social determina la distribución profesional hay muchos, pero hemos escogido estos porque suelen estar más presentes en la realidad que cotidianamente encontramos en la práctica de la orientación profesional en Chile.

Como podemos ver es necesario introducir una perspectiva distinta a las que tradicionalmente sostiene el concepto de elección vocacional, para superar el prejuicio narcisista de que la distribución profesional se explica por las elecciones que realizan *libre y racionalmente* los sujetos. Perspectiva que nos lleva a pensar que los sujetos disponen de una cantidad de opciones de trabajo y estudio, mucho más reducida que lo que habitualmente solemos pensar. Por lo tanto, de haber elección, esta nunca es libre y esta fuertemente determinada por la pertenencia a un determinado grupo social.

b) *El descuido de las determinantes inconscientes y afectivas en la determinación de los intereses vocacionales.*

Durante el desarrollo de esta investigación, tuvimos la oportunidad de contrastar nuestras ideas con una colega que ha trabajado, también, con un grupo de alumnos de IV medio, pero provenientes de familias de escasos recursos. Esta psicóloga, si bien compartía las ideas que acabamos de mencionar respecto del peso de la división social, solía sostener que de todos modos es necesario mostrarles a los alumnos que dentro de un limitado rango de posibilidades, son ellos los que eligen y determinan el camino que seguirán en el futuro; opinión que parece estar muy extendida en otros orientadores que aceptan los aportes de la perspectiva social, pero que por alguna u otra razón no están dispuestos a renunciar al concepto voluntarista de elección.

Pero, el desarrollo de teorías científicas no puede fundarse en aspiraciones ideales y debe adecuarse a los datos que aportan los casos concretos con que se trabaja. Hace ya más de cien años que la idea de libertad, basada en los designios de la conciencia, ha quedado superada, en tanto ha sido posible demostrar que la conducta humana está determinada por estructuras psíquicas

inconscientes que además determinan a la conciencia; y que estas estructuras inconscientes, a su vez, están determinadas por la estructura familiar y cultural. Por lo tanto, no es posible seguir sosteniendo que las elecciones vocacionales son el resultado de un acto consciente y racionalmente dirigido, sino que es necesario buscar en otros factores, distintos a la voluntad, las determinantes de la elección vocacional. En este sentido nuestra experiencia de trabajo nos ha mostrado que los afectos y las representaciones de sí y del mundo, elaboradas a partir de experiencias pasadas, resultan ser determinantes fundamentales de la elección vocacional.

La noción tradicional de elección vocacional, con que trabajan la gran mayoría de los orientadores, suele desconocer el valor que tienen estos factores en el proceso de elección, intentando dirigir el proceso de acuerdo a una cierta racionalidad que excluye la participación de componentes afectivos en el pensar. De esta manera son excluidos sentimientos como la angustia, la que muchas veces se busca aplacar en vez de poner atención a lo que este sentimiento nos dice sobre la situación del sujeto. En estos casos los orientadores suelen insistir en la aplicación de tests y la entrega de información, lo cual termina por aumentar la confusión, generando aún más angustia, que muchas veces es solucionada a través de un *consejo* que dice al sujeto lo que *debería* hacer. En otros casos, no se considera debidamente las razones de los rechazos que un sujeto puede presentar ante algunas profesiones. Solemos escuchar: "A mi no me gusta trabajar con otra gente, por lo que prefiero algo como ingeniería donde se trabaje con números", o "Me cargan los números, así que estudiaré algo relacionado con Humanidades". Pero este tipo de pensamientos, suelen responder a representaciones parciales de las profesiones, suponiendo que es posible excluir elementos tan básicos como el razonamiento matemático, e incluso la relación con las personas, del desarrollo concreto de una profesión. Fantasía que el tiempo se ocupará de desarticular, generando nuevas angustias. De esta manera al considerar a los afectos como un *invitado de piedra*, o al no prestarles mayor atención, se pierde la capacidad de escucha y la posibilidad de responder adecuadamente a las necesidades de quién intentamos ayudar.

Muchas veces los adolescentes sólo disponen de un sentir que les indica la dirección de sus preferencias, pero por lo general este tipo de información es considerada irrelevante, descuidando la potencia que tienen los afectos en la determinación del comportamiento humano. En este sentido, lo incomprensible que resultan muchas dudas o decisiones vocacionales si sólo se tiene en cuenta los elementos disponibles a la conciencia del sujeto, permite considerar a los afectos como variables mediacionales que deben ser evitadas. Con lo cual, la exclusión que hace la teoría tradicional de lo

inconsciente e irracional en el proceso de orientación, y que en muchos casos puede aportar la comprensión necesaria de los casos, desemboca en un impedimento para el desarrollo de la función del orientador. Incluso, hemos podido notar que esta postura asumida por el orientador, o por los padres y profesores, lleva a que los mismos sujetos, tiendan a excluir lo que pueda sonar “*medio loco*”, pero que íntimamente sienten que es el motivo fundamental de su elección.

Una teoría adecuada de la elección vocacional no puede desconocer la unidad fundamental entre estímulo y afecto (Foladori, 1981) y debe intentar encontrar los métodos de trabajo que le permitan explorar el mundo afectivo de los sujetos sin disociar su pensamiento. De otra manera estará constantemente perdiendo de vista las determinantes fundamentales de toda elección vocacional.

c) *Libertad y determinismo en el problema de la elección vocacional. La vocación y el objeto vocacional.*

El concepto de vocación, ya sea que se lo conciba desde una perspectiva metafísica o desde la teoría genética, suele postular que la elección vocacional está determinada por un llamado al cual el sujeto no tiene opción de renunciar. Fulano está destinado a ser ingeniero, o Fulano lleva la música en los genes,... solemos escuchar. De esta manera, se supone que las aptitudes que presenta un sujeto son el mejor indicador del tipo de profesión que está destinado a desarrollar. Y aquel que intente desmarcarse de dicho camino, se nos aparece como un desorientado que está desaprovechando las cualidades que la naturaleza, o Dios, le han entregado y que de ser cultivadas le permitirán ser feliz.

Desde otra perspectiva, otros plantean que no existe algo así como el destino, o la vocación, y que los sujetos poseen la libertad para escoger lo que deseen ser al momento de ingresar al mundo laboral. Sus habilidades son un factor que los sujetos deberán tener en cuenta, pero no deben primar por sobre los intereses, ya que estas siempre pueden ser desarrolladas. Del mismo modo, esta perspectiva lleva a pensar que es posible hacer un quiebre con la historia de vida (tal vez del mismo modo en que se supone es posible olvidar el desarrollo histórico de la división social del trabajo) y que un sujeto sólo debe tener cuenta las opciones de futuro que se le presentan. De hecho, la mayoría de los programas de orientación, incluso aquellos que asumen una perspectiva evolutiva

(Rodríguez, 1998), suelen trabajar en base al futuro, olvidando la importancia que puede tener revisar el pasado. Por lo general la perspectiva evolutiva suele funcionar a partir de la detección del estadio de desarrollo en que se encuentra un sujeto, y pesar que tiene en cuenta los aspectos en que está atrasado, descuida la manera en que éste ha llegado a ese momento de su evolución. De esta forma se supone que el sujeto puede elegir con libertad y en tanto escoja sopesando racionalmente las opciones de futuro, no tiene necesidad de considerar otros factores que su voluntad.

Libertad y determinismo funcionan de esta forma como dos polos opuestos, perdiendo de vista el modo en que la historia de vida determina las elecciones. Lo que produce una compleja situación que puede llevar a discusiones bizantinas y a un camino sin salida. Por una parte tenemos a los genetistas enclaustrados en sus laboratorios, mientras los curas insisten en el valor de los retiros espirituales y la oración, y los idealistas impulsan a los adolescentes a escoger libremente en base a una supuesta voluntad que ya hemos visto cuan determinada está por otros factores. Y entre esta disputa *académica*, el sujeto que no logra ser escuchado y termina ocultando los problemas que realmente complican su decisión.

Pero el psicoanálisis, bueno no sólo el psicoanálisis, nos ha mostrado que la determinación de nuestras elecciones es resultado de un proceso histórico que en base a las distintas modalidades de satisfacción pulsional, puede tener alguna variabilidad. El objeto de la pulsión es lo más variable de ella, nos dice Freud, pero al mismo tiempo nos advierte que las pulsiones se resisten fuertemente a abandonar sus antiguos objetos y modalidades de satisfacción. De manera tal que si bien, no existen elecciones predeterminadas biológicamente, las primeras experiencias de satisfacción determinarán de forma radical las futuras elecciones. El objeto y las metas, como nos lo muestra el estudio de la sexualidad infantil y del complejo de Edipo, necesariamente deben ser resignados, tanto para la conciencia como en la realización de conductas concretas, pero se mantiene anudado a la pulsión en el ámbito de lo inconsciente, desde donde ejerce su influencia y determina la búsqueda de nuevos objetos de satisfacción; objetos que sustituyen al objeto originario. De esta manera, se genera un encadenamiento histórico que condiciona la elección de futuros objetos y de las modalidades de satisfacción. Lo cual nos muestra que no es posible hablar de libertad de la voluntad, sino que más bien de un determinismo fundado en la biografía que varía de acuerdo a las condiciones que impone la actualidad. Según lo cual, no es extraño que un sujeto tenga interés por más de una profesión y ellas nos parezcan disímiles, ya que éstas adquieren su valor en tanto son capaces de satisfacer las pulsiones, y no de acuerdo a características que les sean propias. Lo que no quiere decir que

perdamos de vista los conflictos que pueden estar anudados a la indecisión, sino que justamente nos obliga a investigar, sin descartar opciones de antemano, en los determinantes de los intereses vocacionales del sujeto.

Tradicionalmente, el momento de elegir suele ser visto como un punto de no retorno. Habitualmente escuchamos decir a padres, profesores y orientadores a quienes están por egresar de la escolaridad que la elección vocacional es muy importante y marcará el camino que deberán recorrer el resto de sus vidas. De esta manera se suele cerrar la posibilidad de explorar de los sujetos y se les niega la posibilidad de cambiar de carreras o más adelante de profesión. De la misma forma como en nuestro país la gente, aún, debe casarse para *toda* la vida, se suele pensar que un adolescente que intenta cambiar su elección, está pasando por un proceso anormal, negando la posibilidad de error. Pero nosotros podemos afirmar que de la misma manera como muchas parejas pueden afirmar que 'no se imaginaron como sería estar casados y que el su pareja nunca fue el mismo desde la noche de bodas', aquel que escoge un trabajo desconoce las condiciones concretas en que se desarrollará la profesión que en un momento intentaron abrazar, y tiene todo el derecho de volver buscar un trabajo o una carrera que responda a sus necesidades. Más aún, como precisamos anteriormente, resulta necesario tener en cuenta que la constitución de la vocación es el resultado de un proceso de construcción que realiza el sujeto a medida que le es posible ahondar en el conocimiento de sí mismo y reelaborar los recuerdos de sus experiencias pasadas al integrarlos con su presente y sus perspectivas de futuro. De manera tal que si bien existe un amplio espectro de determinaciones, la vocación nunca es un elemento acabado, sino que debe irse construyendo cotidianamente a partir de las experiencias concretas que al sujeto le toca vivir. Aunque nos resulte incomodo, el proceso vocacional, posee tiempos que escapan a las normas institucionales y a los deseos del orientador, en tanto la vocación es el resultado de un trabajo de construcción de un llamado que se funda en el pasado, pero que requiere de estar constantemente articulándose con las situaciones y experiencias que actualmente vive el sujeto.

A diferencia de los problemas que genera la concepción tradicional, en base sus dicotomías conceptuales, consideramos que esta perspectiva permite abordar de mejor manera los problemas vocacionales. En tanto comprende que la determinación de nuestras elecciones, por parte del llamado vocacional, no se funda en un mandato divino ni en la constitución genética, sino que es "efecto de nuestra propia historia, condensación de nuestros vínculos familiares que, consciente e inconscientemente, nos conduce por un camino único." (Foladori, 1981. Pág. 15). Camino que antes

que no tener retorno, no es sino un constante intento por retornar, por reencontrar aquel objeto perdido de la infancia; pero esta vez bajo la forma que ha ido adquiriendo a través de nuestras experiencias con otros objetos y de los significados que a partir de estas a sido posible construir. De modo tal que la teoría de la elección vocacional y el que hacer del orientador no puede clausurar de antemano la posibilidad de explorar, menos aún si nuestros sistemas educativos excluyen del aprendizaje el encuentro con las condiciones concretas del mundo del trabajo.

d) *La visión paternalista del rol del orientador y la enajenación de los sujetos.*

Por último, podemos retomar uno de los aspectos que inicialmente habíamos considerado. Las teorías tradicionales de la orientación vocacional, están profundamente ligadas al desarrollo de una práctica que junto con no responder a las necesidades de los sujetos, los enajena ubicándolos en una posición receptiva, en la que se les impone una cierta racionalidad que desconoce las condiciones concretas del sujeto que elige. Por su parte el orientador, se transforma en una figura *especial*, a la que se le supone un saber capaz de predecir el futuro y a la que, a la manera de un oráculo, se debe obedecer. Situación que reproduce la historia de la figura del orientador, la que tiene su origen en chamanes y brujos. Del mismo modo, los tests vienen a reemplazar a los antiguos instrumentos sagrados que serían capaces de descubrir aquello que el sujeto desconoce de sí y de su historia.

Es difícil determinar la dirección de causalidad entre esta metodología paternalista y la teoría de la elección vocacional. En algunos momentos podemos decir, que la metodología de trabajo no permite descubrir nuevas perspectivas: Mientras que en otros podemos pensar que los conceptos teóricos no ayudan a desarrollar programas alternativos. Pero consideramos que esta discusión puede llegar a ser bizantina, ya que si bien es necesario devolver la palabra a los sujetos para explorar de manera adecuada el fenómeno, la manera en que este cambio se lleva a cabo necesita de algunas referencias teóricas que guíen el trabajo. En este sentido estamos de acuerdo con aquellos que plantean que ambos aspectos se fundan en la determinación que ejerce la estructura social capitalista y la ideología que se ha construido para sostenerla. Ideología que a partir de nociones como la de voluntad y libertad, esconde la determinación estructural de las diferencias. Y que en el caso de los

problemas vocacionales, hace pensar a los sujetos que son ellos quienes libremente eligen el tipo de trabajo que desarrollan en sus vidas.

Pero esta perspectiva no es necesariamente la única que puede desarrollarse. Como hemos podido ver, al entregar la palabra a los sujetos y poner atención a sus afectos, al desarrollo que han tenido sus intereses vocacionales, yendo más allá de lo que a primera vista nos presenta la conciencia y el yo, y considerarlos dentro del marco histórico e institucional (familiar, escolar) es posible acceder a una teoría distinta. Teoría que por lo demás se nos impone, en tanto la tradicional no es capaz de dar cuenta de los fenómenos y no permite diseñar adecuadas metodologías de intervención.

En este sentido, consideramos que el trabajo del orientador no puede dejar de considerar la forma en que la relación concreta que establece con quienes trabaja determina su forma de operar. Por un lado, los límites que le impone la institución, suelen no estar de acuerdo con las necesidades de los sujetos y dentro de este marco es necesario prever los momentos en que el trabajo del orientador puede poner en vilo la economía de la dinámica institucional. Que una institución escolar diga estar de acuerdo con que se deje hablar a los alumnos, no quiere decir que podrán hablar de todos sus problemas, que serán escuchados o que no se pondrán límites a la posibilidad de seguir trabajando. Una cosa es hablar de las dudas vocacionales, pero otra muy distinta es hablar de la manera en que un grupo es capaz de asumir la posible homosexualidad de uno de sus miembros, aunque esto determine una crisis vocacional.

Por otra parte, es muy probable que la interacción con los sujetos permita una revisión de los propios intereses vocacionales del orientador, lo que puede afectar de manera radical el desarrollo de sus tareas. Pero consideramos que el cuestionamiento vocacional que la dinámica grupal puede generar en el orientador, no es un efecto indeseable, sino que debe ser tenido en cuenta como un elemento más dentro del análisis de la dinámica. Esta situación pone a la figura del orientador en una perspectiva distinta, que ya no permite sostener su posición paternalista. En tanto el va encontrando nuevas determinantes para su elección, ocupa un lugar distinto, pero no alejado de aquel en que se encuentran los demás. Porque más adelante en el tiempo, no quiere decir más arriba ni más abajo, sino que solamente que el orientador ya ha recorrido un trayecto, que en ningún caso conoce a cabalidad y que tampoco debe ser el mismo que recorran los demás.

2) El concepto de construcción de la vocación.

Teniendo en cuenta lo ya dicho, consideramos que nuestro segundo objetivo se alcanza a través de la sustitución del concepto de elección vocacional, por el de *construcción de la vocación*; el que si bien ya hemos introducido requiere ser especificado. Para ello, arbitrariamente, dividiremos este concepto en dos términos: *vocación* y *construcción*. De manera tal que podamos especificar aquello que determina la llegada de un sujeto a una determinada ocupación y la forma en que el sujeto puede relacionarse con ello.

a) *La vocación.*

Cuando decimos que los problemas vocacionales van más allá de la elección de un trabajo o una carrera profesional, estamos haciendo referencia a un elemento que se ha venido desarrollando a través de la biografía y que es el resultado de complejos procesos que configuran un llamado, una demanda, a alcanzar una determinado modo de ser.

A medida que el sujeto se desarrolla, la influencia del medio familiar va configurando una cierta manera de satisfacer sus necesidades, al mismo tiempo que a partir de sus primeras relaciones de objeto, se va instaurando en el aparato psíquico una instancia que contiene la imagen ideal que el sujeto intentará alcanzar. De esta manera, la vocación se va constituyendo como una demanda exigida al yo, que en un caso ideal articula ambos aspectos con la realidad por medio del trabajo de elaboración. El hecho de que esta demanda no provenga del yo, implica que en gran medida este llamado es inconsciente, por lo cual debemos precisar que la vocación no abarca todo el espectro de motivaciones, sino que solamente aquellas que son *escuchadas* por el yo, en tanto es posible articularlas en integrarlas en la construcción del llamado vocacional. De manera tal que siempre debemos tener en cuenta el desconocimiento radical de sus motivaciones fundamentales en que vive el sujeto, las cuales se insertan dentro de un proceso histórico que tiene su origen en la primera infancia. "El momento de la orientación vocacional es un momento de corte de este proceso natural, donde lo

importante es que el adolescente pueda tomar conciencia de ese proyecto ya encaminado y comprender las proyecciones futuras que el mismo le propone.” (Foladori, 1981. Pág. 31). Utilizando la teoría freudiana, podemos decir que la vocación se constituye como un llamado que recibe el yo, para satisfacer las necesidades del ello, así como las demandas del superyó; las cuales intentará articular, teniendo en cuenta las posibilidades que estén disponibles en la realidad.

El objeto vocacional, término que consideramos necesario diferenciar del de vocación, se constituye en el interjuego entre estas demandas y la realidad. Porque no avanzamos mucho con sólo afirmar que la decisión del sujeto está condicionada por factores internos que su conciencia desconoce, ya que debemos tener en cuenta que la realidad también condiciona las posibilidades de satisfacer las demandas internas. De forma tal, que la vocación, debiera estar íntimamente ligada a lo que Freud denomina principio de realidad (Freud, 1911). Aunque vaya contra nuestras más profundas aspiraciones, debemos tener en cuenta que el medio sociocultural determina el ingreso al mundo laboral, limitando las posibilidades de desarrollo y el campo ocupacional al que pueden aspirar lo sujetos. Y que el objeto vocacional solamente podrá encontrarse entre aquellos que la realidad ofrece, del mismo modo como en un principio es la madre quien determina si el niño satisface su hambre mamando de su pecho, del de una nodriza o de una mamadera. Al menos hasta que el sujeto sean capaz de generar las condiciones para alcanzar lo que desea; condiciones que nunca están disponibles gratuitamente.

De esta manera, podemos entender a la vocación como el llamado que mueve al yo a alcanzar la satisfacción de sus necesidades a través de una determinada modalidad de vida, la cual puede ser posibilitada por una determinada actividad profesional. Mientras que el objeto vocacional viene a ser aquella carrera, profesión u ocupación, disponibles en la realidad (aunque su percepción no se ajuste a ella) que parece ofrecer al sujeto la posibilidad de satisfacer las demandas que constituyen la vocación.

b) *La construcción.*

A diferencia de las visiones tradicionales, que utilizan el término elección, consideramos que es más adecuado hablar de una construcción de la vocación. Como hemos podido constatar, la

elección está determinada por estructuras inconscientes y culturales, por lo que insistir en una supuesta voluntad racional que determina el ingreso al mundo laboral no tiene sentido. Por el contrario, las determinaciones históricas y el proceso de elaboración que permite conformar el llamado vocacional hacen necesario sustituir el viejo concepto de elección por el de construcción.

La vocación se encuentra en tanto es posible escuchar las demandas que desde el ello y el superyó mueven al sujeto, lo que no implica que todas sus acciones estén dirigidas por la vocación. Pero esta escucha no constituye un acto pasivo, sino que es el resultado de un trabajo de elaboración donde el sujeto va construyendo su vocación a medida que se conoce y se construye a sí mismo. Como ya hemos dicho, las demandas que constituyen la vocación provienen del ámbito inconsciente del alma, incluso de aquello reprimido, por lo cual no están inmediatamente disponibles a la conciencia; algunas, tal vez las más importantes, nunca lo estarán.

En este sentido, estamos de acuerdo con Foladori cuando dice que: "La vocación no es más, por tanto, que un mayor conocimiento; autoconocimiento de los resortes que mueven al individuo." (Foladori, 1981. Pág. 31). De manera tal que ésta no se elige, sino que se construye a medida que es posible ampliar el campo de la conciencia y de relaciones con el mundo. Del mismo modo, cuando decimos que el encuentro con el objeto vocacional, es un reencuentro, debemos tener en cuenta que este reencuentro estará mediatizado por un proceso de búsqueda que constituye un constante recorrer, donde por medio de la relación con otros objetos y la construcción de significados a partir de la elaboración de las nuevas relaciones, este objeto originario puede ir adquiriendo nuevos sentidos. De manera tal que la vocación tampoco es algo estático, sino que puede ir variando de acuerdo al grado de articulación que logren alcanzar las demandas y la posibilidad que tiene el sujeto de admitirlas en su conciencia y de satisfacerlas en la realidad. Del mismo modo como el objeto vocacional no tiene porque ser una única profesión, sino que podrá ir variando a través de la vida.

De esta manera, la orientación no puede constituirse sino como un periodo de acompañamiento a quien siente que no es capaz de asociar sus deseos a una determinada forma de integrarse al mundo laboral. No teniendo otra meta que ayudar a que los sujetos puedan conocer mejor las determinaciones que lo han conducido en su vida, permitiéndole así integrar su identidad, y consecuentemente tomar mejores decisiones, las que nunca serán perfectas, sino que siempre representarán la mejor opción que en ese momento fue posible escoger.

B) Algunas consideraciones generales sobre la formulación de programas de orientación vocacional.

Al finalizar, nos gustaría destacar algunos aspectos que consideramos necesarios de tener en cuenta en la formulación de programas de orientación, a partir de la perspectiva que hemos querido desarrollar. Como una manera de evitar repetir lo ya dicho, solamente consideraremos tres aspectos, que nuestro parecer resultan fundamentales.

1. La construcción de cursos o programas generales.

Mientras realizábamos nuestro trabajo de recolección de bibliografía para esta tesis, nos encontramos con una importante tendencia, sobre todo en países como España, a desarrollar desde las universidades o centros de investigación, incluso editoriales, manuales que contenían el desarrollo de programas de orientación que se suponía podían ser aplicados en cualquier institución. Estas publicaciones ofrecen a profesores y orientadores un completo programa, con unidades, actividades y material de trabajo, que de ser realizado permitiría llevar a cabo el trabajo de orientación.

Como hemos podido constatar, los problemas vocacionales suelen responder a complejas constelaciones de factores, que se constituyen a partir de las relaciones concretas que establece un sujeto con el medio en que vive y en el que ha podido crecer. Por lo que nos parece, y así lo hemos podido constatar en nuestra propia experiencia, que el desarrollo de programas o cursos de orientación vocacional debe quedar en manos de los miembros de las mismas instituciones que intenten abordar estos temas. Los estudios y las experiencias de otros profesionales, pueden resultar un valioso aporte para quienes trabajan en orientación. Pero nada asegura que las condiciones en que se dieron estas experiencias, serán las mismas en que trabajaran todos los orientadores; es más nos atrevemos a afirmar que nunca serán las mismas. No todos los colegios, por ejemplo comparten la misma ideología, ni las mismas formas de desarrollar sus proyectos educativos y estas diferencias darán pie para que los alumnos desarrollen concepciones acerca del trabajo, o de la realidad social muy diversas, que en no pueden ser trabajadas todas de la misma manera.

Por otra parte consideramos muy importante que aquellos que dicen requerir de ayuda para planificar su ingreso al mundo laboral, puedan participar del diseño de los programas. Las actividades y las tareas en base a las que se puede trabajar necesitan estar acordes con las posibilidades de trabajo que tienen los alumnos. Tal vez hay grupos o individuos que nunca han podido entrar en contacto con el mundo del trabajo, así como pueden existir otros que han podido vivir enriquecedoras experiencias y, requieran de ayuda para elaborar lo que han vivido. En fin, los ejemplos pueden ser muchos. Pero creemos que lo que es importante rescatar es que de la misma manera en que hablamos de *descubrimiento* vocacional, consideramos que la forma en que el orientador se aproxima al desarrollo de su tarea debe tener un carácter abierto y estar constantemente adecuándose a las características de aquellos con quienes va a trabajar.

Del mismo modo, resulta fundamental tener en cuenta el marco institucional. Por lo general los manuales y programas suelen ser concebidos dentro de contextos ideales, los que es muy difícil encontrar en la mayoría de las instituciones educativas. Pero, una perspectiva que no define de antemano cuales son las variables concretas que influyen el problema vocacional, debe estar abierta a la emergencia de problemas que pueden encontrar límites con la ideología institucional. Y este es un problema que nos posible prever por parte de quienes, desde las universidades o los ministerios, desarrollan programas o cursos. No es lo mismo dictar líneas de trabajo generales, y ofrecer apoyo teórico y técnico a quienes trabajan en orientación, que imponer modos de llevar a cabo las tareas, que muchas veces no se ajustarán a las necesidades concretas de los sujetos. Por lo cual consideramos que este trabajo de planificación debe realizarse a partir del conocimiento de los casos particulares con que se trabaja, y los orientadores estar dispuestos a modificar sus programas cuando la situación lo requiera.

2. La consideración de los factores afectivos y la historia de vida.

Como ya hemos destacado, consideramos que todo programa de orientación, deberá tener en cuenta desde un principio la participación de los factores afectivos y la manera en que a través de la historia de vida de sujetos se han ido definiendo ciertas preferencias. Por lo general suele ocurrir que la forma en que los programas estructuran el trabajo se constituye en un marco de referencia para los aspectos que los alumnos considerarán adecuado tener en cuenta. No pocas veces nos encontramos

en nuestra práctica con un temor a considerar aquellos determinantes que a primera vista, o para el sentido común, aparecen como irracionales.

Consideramos que establecer desde un primer momento una modalidad de trabajo abierta a factores afectivos e históricos permite que los sujetos se atrevan a explorar con más confianza en muchos aspectos que suelen ser dejados de lado por las teorías tradicionales y que como hemos podido observar tienen un valor fundamental a la hora de abordar el problema vocacional. En este sentido, consideramos que el trabajo grupal permite que los sujetos se sientan más en confianza. Al aparecer relatos que logran liberarse de las normas tradicionales de lo razonable, es posible que los miembros del grupo puedan desplegar sus pensamientos y sus sentimientos, en tanto los sujetos ya no se sienten como extraños o 'locos' al referir sus intereses a los afectos y experiencias ligadas a su pasado y a las personas a las que han querido.

Del mismo modo, en nuestra experiencia, el trabajo grupal nos ha permitido que la figura del orientador pueda ser considerada desde distintas perspectivas, en tanto son tenidas en cuenta las opiniones e interpretaciones que otros integrantes del grupo pueden realizar, y que muchas veces parecen tener más eco en los adolescentes. Este aspecto constituye un importante desafío para el orientador, quien no puede dejar de considerar el lugar en que es puesto en distintos momentos por el grupo y los sentimientos que al él le surge a partir de estas dinámicas. En nuestro caso hemos podido ver que en este sentido resulta muy interesante observar de que manera, el orientador pasa a representar una defensa contra la institución, mientras que en otras parece transformarse en un instrumento más de control institucional.

Considerar los sentimientos y la historia, también incluye tener en cuenta, sobre todo cuando se trabaja en colegios, los sentimientos que surgen en los sujetos respecto de la institución, en el caso de los alumnos de cuarto medio, aquellos que tiene que ver con la pérdida que significa dejar el colegio. Del mismo modo, es necesario considerar la historia que han vivido los sujetos dentro de la institución y la manera en que a través de esta han ido estableciendo posibilidades de acción dentro de un marco distinto al de la familia.

3. Sobre las metas que pueden plantearse a un programa de orientación.

Finalmente nos gustaría destacar un aspecto que desde nuestra perspectiva resulta fundamental. Si planteamos que la vocación es algo que se descubre y que lo mismo ocurre con el objeto vocacional, no podemos esperar que los sujetos lleguen a conclusiones definitivas luego de haber recibido nuestra ayuda. Incluso, consideramos que es completamente legítimo que algunos sujetos prefieran aplazar el tiempo en que tomarán su decisión. A medida que el trabajo avanza es posible que algunos sujetos se encuentren con problemáticas que requieran de otro tipo de ayuda, y esto no tiene porque significar un fracaso para el trabajo del orientador. Sino que es parte de un proceso que no tiene por qué desarrollarse, solamente, dentro de los marcos de un programa de orientación.

En nuestra experiencia, nos hemos encontrado con casos en que el tipo de problemáticas que estaba detrás de las dudas vocacionales, afectaba a aspectos de su personalidad que mientras no estuvieran resueltos, no tendría ningún sentido esperar que tomarán una decisión vocacional. Más aún, haberlo hecho en esos momentos como lo esperaban sus padres o algunos profesores seguramente hubiera un grave error. Cuando consideramos que nos es posible seguir suponiendo que la voluntad y el yo son quienes comandan el actuar de los sujetos, debemos tener en cuenta que esto también vale para quienes diseñan programas y los objetivos que se plantean.

Como lo han mostrado diversos autores psicoanalíticos, el interés del terapeuta, en este caso del orientador, nunca es neutral, y debe ser tenido en cuenta cuando se fijan los objetivos de la tarea y el tipo de intervenciones que se realizaran. En este sentido, consideramos necesario que el orientador este dispuesto a renunciar a la expectativa de que los alumnos escojan una carrera o una ocupación al terminar el programa o el tipo de intervención que se realice. Y que ponga más atención a la manera en que los sujetos van asumiendo el desafío de conocerse a sí mismos y a las determinantes de sus intereses vocacionales. El orientador no puede dejar de considerar lo abierto del futuro y de la transitoriedad de las elecciones, abriendo así, desde el lugar que este ocupa la posibilidad de que los sujetos se equivoquen y de que puedan reiniciar su búsqueda cuando sea necesario, recreando así su vocación.

BIBLIOGRAFÍA

1. Abramo, L.; Montero, C. y Reinecke, G. (1997): "Cambio tecnológico, encadenamientos productivos y calificaciones en Chile: un balance." Disponible en: <http://www.ilo.org/public/spanish/region/cinterfor/publ/novick/pdf/noumonte.pdf>
2. Alimen, M y Steve, M (1997): "Técnicas e historia de la arqueología." En Alimen, M y Steve, M (1997): "Historia universal siglo XXI, Prehistoria". México. Editorial Siglo XXI.
3. Anuario de Educación (2003): "La educación superior en cifras". En: http://www.anuariodeeducacion.cl/pags/educacion_superior/cont2_cifras.html
4. Berman, M. (1988): "Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad." Madrid. España. Siglo veintiuno de España Editores.
5. Bohoslavsky, R. (1979): "Orientación vocacional. La estrategia clínica." Buenos Aires. Argentina. Editorial Nueva Visión, sexta edición.
6. Bruner, J. (1987): "La importancia de la educación." Barcelona. España. Editorial Paidós.
7. Bruner, J. (1991): "Actos de Significado: Más allá de la Revolución Cognitiva". Barcelona. Editorial Paidós.
8. Brunner, J. J. y Elacqua, G. (2003): "Informe: Capital Humano en Chile". Disponible en: http://www.uai.cl/p4_home/site/asocfile/ASOCFILE120030528134519.pdf
9. Castillo, G. (1975): "Vocación y orientación." Bogota. Colombia. Editorial Asociación de Publicaciones Educativas.

10. Carreño, D. y Vázquez, M. (1984): "Diseño de programas de orientación vocacional para las preparatorias." En: Foladori, H (compilador) (1987): "Contribuciones al análisis vocacional grupal." Serie Ciencias Sociales e Historia. Morelos. México.
11. Centro de Ética Universidad Padre Hurtado (2003). "Informe Ethos N° 26". Santiago. Chile.
12. Crites, J. (1974): "Psicología vocacional". Buenos Aires. Argentina. Editorial Paidós.
13. Domínguez, C. (2001): "Los registros del deseo. Del afecto, el amor y otras pasiones". Madrid. España. Editorial desclée.
14. Etchegaray, F (1995): "La vocación: un concepto y un modelo." Material de trabajo Departamento de Orientación Vocacional Colegios San Ignacio El Bosque. Santiago. Chile.
15. Ferrater Mora, J (1971): "Diccionario de filosofía." Buenos Aires. Argentina. Editorial Sudamericana, quinta edición, segunda reimpresión.
16. Foladori, H. (1981): "El descubrimiento vocacional: Mitos y perspectivas." En: Foladori, (1985): "Análisis vocacional y grupos". Serie ciencias sociales e historia. Universidad autónoma del estado de Morelos. México.
17. Foladori, H. (1983). "Encargos institucionales a la orientación vocacional." En Foladori, H (1985): "Análisis vocacional y grupos". Serie ciencias sociales e historia. Universidad autónoma del estado de Morelos. México.
18. Foladori, H. (1983). "La orientación vocacional: estrategia social." En Foladori, H (1985): "Análisis vocacional y grupos". Serie ciencias sociales e historia. Universidad autónoma del estado de Morelos. México.
19. Foladori, H. (1984): "El adolescente y la vocación." En: Foladori, H (compilador) (1987): "Contribuciones al análisis vocacional grupal." Serie Ciencias Sociales e Historia. Morelos. México.

20. Foladori, H. (1984): "Elección vocacional e identificación.". En: Foladori, H (compilador) (1987): "Contribuciones al análisis vocacional grupal." Serie Ciencias Sociales e Historia. Morelos. México.
21. Foladori, H. (1985). "Análisis vocacional y grupos". Serie ciencias sociales e historia. Universidad autónoma del estado de Morelos, México
22. Foladori, H (1991): "Reflexiones acerca de las bases teóricas de la orientación educativa." En H. Foladori (compilador) (1991): "Desarrollos en orientación vocacional dinámica". Cuernavaca. México.
23. Foladori, H (1991): "La investigación en el Análisis Vocacional." En H. Foladori (compilador) (1991): "Desarrollos en orientación vocacional dinámica". Cuernavaca. México.
24. Freud, S. (1901): "Psicopatología de la vida cotidiana". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 6. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
25. Freud, S. (1905): "Tres ensayos de teoría sexual". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 7. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
26. Freud, S. (1910): "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci" Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 11. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
27. Freud, S. (1911): "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 12. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
28. Freud, S. (1912): "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. (Contribuciones a la psicología del amor, II)". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 11. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.

29. Freud, S. (1914): "Introducción del narcisismo". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 14. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
30. Freud, S. (1915): "Pulsiones y destinos de pulsión". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 14. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
31. Freud, S. (1916): "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 14. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
32. Freud, S. (1921): "Psicología de las masas y análisis del yo". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 18. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
33. Freud, S. (1923): "El yo y el ello". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 19. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
34. Freud, S. (1924): "El sepultamiento del complejo de Edipo". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 19. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
35. Freud, S. (1930): "El malestar en la cultura". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 21. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
36. Freud, S. (1937): "Construcciones en el análisis." En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 23. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
37. Freud, S. (1939): "Moisés y la religión monoteísta". En Sigmund Freud Obras Completas, Vol. 23. Buenos Aires. Argentina. Amorrortu Editores, quinta reimpresión, 1998.
38. Gaete, A (1962): "El sistema maduro de Ortega." Buenos Aires. Argentina. Compañía Fabril Editora.

39. Gemines (2003): "El Mercado Educativo en Chile. Diagnóstico y Perspectivas. Resumen Ejecutivo". En <http://www.gemines.cl/Productos/MercadoEducativo.asp>
40. Hegel, G. W. F. (1833): "Lecciones sobre la historia de la filosofía." México, 1995. Editorial Fondo de cultura económica.
41. Jaeger, W (1923): "Aristóteles, bases para la historia de su desarrollo intelectual". Ciudad de México. México. Editorial fondo de cultura económica, tercera reimpresión en español, 1993.
42. Kalniker de Kesselman, S (1977): "Enfoque dinámico de la orientación vocacional." En H. Foladori (compilador) (1991): "Desarrollos en orientación vocacional dinámica". Cuernavaca. México.
43. Kandel, E. (1998): "A new Intellectual Framework for Psychiatry" En "American Journal of Psychiatry" 155:457-569, Abril 1998. Estados Unidos.
44. Klein, M. (1937): "Amor, culpa y reparación." En <http://psicoanalisis.org/klein/icon-dcdirectory.gif>
45. Laplanche, J. (1983): "Castración, Simbolizaciones. Problemáticas II" Buenos Aires. Argentina. Amorrortu editores.
46. Laplanche, J. (1983): "La sublimación. Problemáticas III" Buenos Aires. Argentina. Amorrortu editores.
47. Laplanche, J. y Pontalis, (1967): "Diccionario de psicoanálisis". Buenos Aires Argentina. Editorial Paidós.
48. Mejía, A. (2002): "Alianzas entre formación y competencia". Disponible en: <http://www.ilo.org/spanish/region/ampro/cinterfor/pub/artes/agudelo/pdf/segunda.pdf>

49. MINEDUC, Comisión de transversalidad (2001): "Criterios para una política de Transversalidad." Disponible en: <http://www.mineduc.cl/transversales/transversal.pdf>
50. Melossi, D. y Pavarini, M. (1987): "Cárcel y Fábrica. Los orígenes del sistema penitenciario (siglos XVI-XIX)". México. Editorial Siglo Veintiuno.
51. Mora, Francisco y Vázquez, M. (1987): "Algunas reflexiones sobre el rol del orientador." En: Foladori, H (compilador) (1987): "Contribuciones al análisis vocacional grupal." Serie Ciencias Sociales e Historia. Morelos. México.
52. Moscovici, Serge (1985): "La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas." México. Editorial Fondo de Cultura Económica.
53. Naville, Pierre (1972): "Teoría de la orientación profesional". Madrid. España. Alianza editorial S. A. Madrid.
54. Real Academia Española, (2001): "Diccionario de la lengua española". Vigésima segunda edición. España. Editorial Espasa Calpe.
55. Rodríguez, M (2002): "Aranceles universitarios crecen más que el costo de la vida." Artículo publicado en Diario La Tercera el 29-12-2002. En <http://www.cide.cl/Titulares/2002/Diciembre/Prensa%20301202/aranceles.htm>
56. Rodríguez, M. L (1998): "La orientación profesional. I. Teoría". Barcelona. España. Editorial Ariel Educación.
57. Rosso, P (2003): "Entrevista realizada en Diario La Segunda el 31-08-2003." En <http://www.lasegunda.com/edicionimpresa/include/detalle/index.asp?idnoticia=02060120>
58. Schwarzböck, S. (1998): "La moralidad dentro de los límites de la mera razón" En Kant, I "Fundamentación del Metafísica de las costumbres". Buenos Aires. Argentina. Editorial Eudeba.

59. Wender, L. (1965): "Psicoanálisis de la vocación." En H. Foladori (compilador) (1991): "Desarrollos en orientación vocacional dinámica". Cuernavaca. México.